

**ANTOLOGÍA CRIATURAS MÁGICAS**  
**“DOS ISLAS, DOS MARES...”**  
**TOMO I**  
**CUENTO**



**COMPILACIÓN**  
**MARIÉ ROJAS TAMAYO**  
**BARTOLOMÉ ADROVER GUERRERO**

## TORMENTAS Y FLORES

El viaje en autobús me dejó agotado, sucio de polvo y tiempo. Las arrugas se aferraron como lianas a mi traje gris, el pensamiento ahogado en el derrumbe del viento, anuncio de tormenta, volvió la maleta un ancla. Todo carecía de orden y aún así el pueblo parecía dormitar en esa mañana casi difunta.

La casa estaba ahí, con su cabello de tejas rojizas cayendo desigual sobre los ojos de vidrio, la boca metálica mordida por la cascada de jazmines y la cabeza de un tritón a la espera de mi mano extenuada. Unos golpecitos débiles resonaron en los corredores, el sonido azul de sus pasos y los collares rotos derramados en su cuello acompañándola mientras abría la puerta con dificultad. Fue entonces cuando la vi por primera vez.

No tuve que decir mucho. Ella me esperaba hacía algunos días. Había intentado avisarle de mi tardanza pero después de la última llamada para confirmar el empleo, su teléfono llamaba y llamaba sin respuesta. La seguí envuelto en su aroma de magnolias recién cortadas, me acompañó hasta la habitación desde la cual escribo estas líneas y se evaporó con el silencio que produce la flor al deshojarse.

Ahora sé que tengo miedo, pero la recesión económica del país y el fracaso de mi última exposición me dejaron sin trabajo. Estela no pudo seguir viviendo así y su abandono cuando más la necesitaba arruinó mi esperanza de formar la familia feliz que tanto se ve en las revistas. Entonces encontré el anuncio en la internet. El lugar estaba lo suficientemente alejado de la ciudad y la paga no era mala. ¿Qué otra cosa puede hacer un hombre que todo lo que desea es escapar de sí mismo?

Desde la ventana puedo ver el mar. La playa está tan sola como esta habitación escondida, tan sola como los últimos meses que pasé en el departamento sin la ropa de Estela, sin el cabello de Estela, sin la sombra de Estela. No hay sol, las nubes parecen derrumbarse en el horizonte, y las olas salvajes azotan los cascos de los veleros anclados en los muelles. Desempaco las pocas cosas que me atreví a traer y abro la ventana para que la tormenta que se acerca cicatrice mi rostro adolorido y me arranque el recuerdo de Estela de una vez por todas.

*¿Sabes abuela? Fernando Flores parece ser un buen hombre. Tiene los vientos en los ojos y ese olor a día nublado del que tanto me has hablado. No he podido ver bien sus manos pero estoy segura de que con ellas revivirá la colección. Le di la habitación del abuelo para que pueda ver el mar. Abuela, tienes que ayudarme, yo nunca he tenido a un hombre tan cerca, no he sabido qué decirle y sé que me está esperando. Lo escucho. Lo siento.*

*Anoche soñé con el barco del abuelo. Fue cuando supe de su llegada, lo vi encallar en el lugar de siempre, pero esta vez no estabas tú. El agua se hizo más verde con los gritos de los hombres, vi el cuerpo ahogado del abuelo*

*amarrado al mástil y las cabezas sordas de los peces devorándole los ojos. Y después el sueño se apagó y desperté, delirante, agotada, navegada.*

*He pasado el día ordenando la colección y matando a los insectos. Ahora la galería tiene un olor a muerte acumulado entre las figuras. Tuve que abrir las cortinas y dejar que un poco de mar tocara sus rostros. No te enojas, Fernando cuidará de ellos y te los devolverá brillantes, erguidos, revelados en la suntuosidad que alguna vez tuvieron.*

Ella vino por la tarde. Parecía cansada. Con su voz de almendras habló de la colección y derramó un perfume azucarado sobre los muebles que ahora me acompaña mientras escribo. Hubiera querido abrazarla, sostener esa piel de espuma transparentemente desnuda. Cenamos en silencio. Ella comía en un rito tan nuevo para mí que me impidió interrumpirla. Su vestido de invierno, la corona de flores urdida en el cabello rojizo, el camafeo fijo sobre el pecho, y la mirada escondida entre la blancura del mantel deshilado. Mañana comienzo a restaurar la colección. He estado limpiando las herramientas, ordenándolas en un afán de matar el tiempo que me separa de esta nueva vida. La noche me abraza consoladora, reconozco el sillón sumergido bajo mi peso y la lámpara goteando luz sobre las líneas en las que me encuentro.

¡Nunca he visto algo semejante! La colección es inmensa. Las figuras parecen vivir dentro de los cuadros, es como si el pintor las hubiera enterrado vivas en ese amasijo de tela, óleo, cabellos y aguarrás. Revisando uno por uno perdí la noción del tiempo. Ahora estoy aterrorizado. Regresé delirante a la habitación, seguido por la multitud de ojos, por las manos verdosas, por los rostros repetidos una y otra vez. Su rostro multiplicado, su rostro embalsamado, su rostro espejo. Mi rostro.

No tuve el valor de bajar a cenar. La escuché llamando mi nombre en susurros, estuvo mucho rato tras la puerta y después el sonido de su vestido alejándose me hizo llorar. Y aquí estoy, llorando como un niño sobre este diario que probablemente jamás nadie leerá, porque soy prisionero de la colección, porque jamás podré encontrar el valor para abandonarla con esas figuras que soy yo mismo, yo desierto, en el que me sumerjo mientras la mano izquierda de la oscuridad seca mis lágrimas y lava mis herramientas para comenzar a trabajar mañana a primera hora.

*Abuela ahora sé que tenías razón. Fernando es uno de los nuestros. Lo he oído llorar como lloré yo el día en que me lo dijiste. La limpieza de nuestros muertos será la liberación final. Desde que Fernando llegó no he vuelto a soñar con el abuelo, ahora las migraciones de pelícanos blancos inundan mis noches. Los he seguido alimentando como me lo pediste aunque me lastimen con sus picos y arranquen las plumas que comienzan a crecer en mi espalda.*

*No ha vuelto a pensar en Estela, lo sé porque desde ayer puedo escuchar sus pensamientos. Tiene miedo. Voy a salir a la playa a encender las hogueras para abrirle el camino. La tormenta que se anuncia está detenida sobre el mar, las sirenas cabalgan las crestas blanquísimas de las olas, pero Fernando no*

*puede verlas. Mis pies también comienzan a transformarse. Hoy pisé un nido en la playa y los cascarones rotos me hicieron sangrar. Abuela, ¿será mi sangre igual a la de él?*

*La noche gime en sus ojos. Sueña con vírgenes embalsamadas en otros cuerpos que no son el mío, lo he visto subir al barco del abuelo buscando los ojos perdidos entre los cardúmenes y al no encontrarlos lo oigo gritarle enfurecido a los glaciares, a la soledad, a la blancura del vacío. Pero lo que no sabe es que los ojos están en la colección. Esa es su tarea, encontrarlos para que todos podamos volar, para siempre, volar.*

Desamparado en esta casa impalpable, trabajo sin descanso. En la capa oscura adherida a la colección encontré un círculo ciego. Creo que es uno de los ojos con los que sueño continuamente. Su interior estaba lleno de agua y nubes. El viento que salió de él enfrió la galería, pero extrañamente no tuve miedo. Tomé el círculo, lo hice girar y vi al tiempo despeñarse en una avalancha de minutos y horas y días y lluvia.

Y entonces lo supe. Corrí desesperado hasta su habitación, arrojé los ojos del abuelo a sus pies y de un jalón le arranqué el vestido. Encguecido por una pasión sin piedad me abracé a ella y su cuerpo fue una isla, una pila de agua bendita, una sombra y una cruz.

No la pude amar. Ella lo sabía antes que yo. Las alas que crecían en su espalda, los tatuajes de sal en sus piernas de escamas, y la brillante claridad de la luna despeñada en su sexo me detuvieron.

La tormenta arreció hoy. Escribo rápidamente porque desde ayer puedo ver a las sirenas cabalgando las cicatrices blancas del mar, ella practica sus vuelos en la galería, dice que cuando acabe de limpiar la colección me llevará con ella. Por eso estoy apurado. Quisiera escribirle una carta a Estela pero no sabría a dónde mandarla. Los cristales del foco dejan caer un poco de sangre entre las líneas y yo la bebo, esperando la noche en que la tormenta amaine y podamos entonces, volar.

***Alejandra Camposeco***

***México***

***[a\\_camposeco@yahoo.com](mailto:a_camposeco@yahoo.com)***

## **Mitos y realidades...**

La inquisidora mirada de los soldados se desvaneció ante esos ojos. Con los párpados entreabiertos y casi sin aliento, esbozaron una última plegaria antes de ser ejecutados. Entonces los impactos se sucedieron hasta que sus brazos dejaron de moverse entre las sombras.

Al amanecer, un aire nuevo fluía por las costas impregnadas de sangres, donde la victoria había sido sólo de los otros...

El niño contrajo sus hombros en un gesto de vano desconcierto, mientras continuaba leyendo en voz alta aquel libro ilustrado con cadáveres y mutilaciones pendiendo de los troncos. Luego preguntó si aquellos monstruos mitológicos aún habitaban la tierra. En el aula sólo se obtuvo un lúgubre silencio como respuesta. Quizás ellos tampoco podían comprender aquella lamentable historia de canibalismo humano...

*Ana Cecilia del Río.*

*Argentina*

[anaopera@hotmail.com](mailto:anaopera@hotmail.com)

## LA LUZ MALA

Ya estaba todo listo, los largos tablones alineados de manera irregular a través del inmenso jardín vestidos de blanco con papel barato, las decenas de tablas redondas de madera que oficiaban de platos, los cubiertos de plata abarrotados de años e historias, vasos de todos los tamaños, algunos ya llenos de vino tinto o con restos de él, los costillares estacados formando círculos perfectos alrededor de cada porción de brasas sobre cantidades enormes de achuras ruidosas de listas y el aire oloroso a asado en el que reinaba el chamamé, aquella música que ya era parte componente homogénea de la estancia *Villa Margarita*. El motivo de aquel agasajo no podía ser otro que un nuevo cumpleaños de don Augusto Ramírez, amo y señor de la hacienda.

En el medio del gentío que significaban aquellas casi cien almas que se habían reunido se encontraba José Manuel Ramírez, hermano del agasajado, hombre de ciencia, estudiante incansable de las leyes físicas que rigen el universo.

Su presencia en aquel lugar obedecía simplemente a un formalismo, debía estar porque su hermano cumplía cincuenta años, a pesar de que su relación con éste no había sido nunca muy buena. Cuestión de piel le gustaba repetir a José Manuel a modo de justificación. La realidad era que el docto joven odiaba el campo y todo lo relacionado con él, detestaba estar lejos de la gran ciudad, de su querida Buenos Aires, ruidosa y salvaje, siempre sorprendente e indomable. Aborrecía de igual manera y con símiles energías aquella rara costumbre que tenían estos campesinos de explicar todas las cosas que se encontraban totalmente fuera del alcance de su reducida capacidad de razonamiento. No podía tolerar escucharlos decir que como el gallo no fue puntual en su canto aquella madrugada la tierra estaba enfadada y seguramente daría malas cosechas o que la causa de la muerte del ganado el año pasado fue que un pájaro de mal agüero anidó en la cerca frente a ellos o que si los niños estudiaban de más se volvían locos o cualquier otra patraña que se asemejara. Su mente de científico rechazaba de plano todo aquel comadreo y no sólo lo rechazaba sino que además lo ponía de mal humor.

- ¡Salen las achuras! – gritó un hombre.

¿No puede simplemente servir sin tener que gritar como un guerrillero? pensó José Manuel justo antes de probar la deliciosa molleja que le habían servido. Eso sí, si por alguna razón le gustaban aquellas visitas a su hermano era por el asado, nunca habría logrado encontrar en ningún lugar un asado como los que comía en la estancia, ni siquiera en los mejores restaurantes de Recoleta.

- ¡Un aplauso para el asador! – vociferó un hombre a su lado y la multitud estalló en alarido ensordecedor y sostuvo el aplauso por casi un minuto entero. Evidentemente soy un sapo de otro pozo se dijo para sus adentros, al momento que degustaba el más delicioso riñón que había probado en su vida, pero esta comida lo compensa todo, mientras no empiecen a hablar de aparecidos...

Cualquier otra persona que no fuera José Manuel Ramírez habría pensado que le leyeron el pensamiento cuando sólo un instante después un joven gaucho de unos veinte años se dirigió a los que estaban cerca:

- ¿Se enteraron que al Rengo lo pescó la Luz Mala? – preguntó el joven paisano con tono afligido.

- ¡Ahijuna! ¿Al Rengo? ¿Y cómo quedó? – reaccionó uno de los presentes.

- Tuito tarado, opa total, se babea todo el día y es incapaz de moverse – respondió el joven.

- ¿Y cómo jué que se descuidó el Rengo? ¿Qué carajo andaba husmeando por el arrozal a la noche? – preguntó furioso el más viejo de los gauchos que escuchaba la conversación.

- Y... me parece que se le huyó la Pachita... la perrita que tienen ¿vio?... para el lado del arrozal, y salió a buscarla y... – se interrumpió de golpe y pudo percibirse en el aire el miedo que contenía su silencio.

- Y bue... creo que ya lo único que podemos hacer es brindar por el alma del Rengo: ¡Salud! – dijo otro muchacho levantado su vaso.

- ¡Salud! ¡Por el Rengo! - gritó la multitud.

Tonterías pensó José Manuel y siguió comiendo sin prestar atención al brindis.

- ¿Y usted doctor? ¿No brinda por el Rengo? – espetó el joven al notar aquella actitud al momento que le lanzaba una mirada acusadora.

- No brindo por absurdos, creo que todo esto de la Luz Mala son disparates y espero sepa disculpar lo que voy a decir, pero creo también que fantochadas de este tipo sólo tienen cabida en mentes ignorantes – respondió con firmeza José Manuel.

Un murmullo recorrió el aire y un silencio sepulcral se adueñó del ambiente aún oloroso a asado donde hasta el chamamé quedó de pronto suspendido en aquel instante infinito que giró alrededor de aquellas dos personas. El joven campesino lo miró con los ojos llenos de furia, herido en su amor propio y en su tradición. Las palabras que acababa de escuchar significaban la ofensa más grande que jamás haya recibido y de ninguna manera estaba dispuesto a dejarlo así.

- Ustedes los doctores de la ciudad se creen que lo saben tuito ¿no? – dijo el joven con la voz casi quebrada por el llanto y el orgullo.

- No todo, mi amigo, pero al menos no nos creemos boberías. Y soy físico, no doctor – respondió secamente José Manuel.

- Si creen que son boberías, lo desafío a que esta noche se meta en el arrozal, si usted gana y vuelve vivito y coleando ió admito ante todo el mundo aquí presente que lo hablao aquí hoy no es más que pura cháchara, pero si estoy en lo cierto mi querido físico doctor, entonces que Tata Dios lo salve.

Alguien había apagado el chamamé y nadie, absolutamente nadie, se atrevía a emitir sonido. Y en aquella atmósfera densa hasta el límite lo único que se esperaba era la respuesta a aquel reto.

- No lo hagas José – intervino por fin Augusto – no lo hagas hermano.  
- ¿Tu también con esto hermano? No me digas que también te has encontrado a la Luz Mala – respondió con ironía y una sonrisa burlona en la cara.

- No, no la he visto, pero si he visto a cada uno de los hombres que se la han encontrado y te aseguro que no es lo quiero para ti – dijo Augusto con una gran tristeza contenida en la voz.

- No te preocupes por mí hermanito, sé cuidarme solo – respondió y miró con expresión radiante a su rival.

- Trato hecho. Esta misma noche cuando todos estén durmiendo me internaré en el arrozal y me quedaré allí una hora completa. A la mañana siguiente vendré y les demostraré a ti y a todos que no hay tal cosa como la Luz Mala o lo que sea que crean que hay allí. ¿De acuerdo?

- Trato hecho – repuso el joven con expresión de victoria en su rostro y agregó – Que Dios lo bendiga.

La fiesta continuó a puro chamamé pero ya el aire no era el mismo, no había alegría de fiesta sino que flotaba un miedo a lo que sucedería, a las consecuencias que podía traer desafiar de la manera que lo habían hecho al terrible poder de la Luz Mala.

Pasadas las dos de la madrugada los gauchos, que con el canto del gallo debían comenzar en pocas horas su día de trabajo normal, comenzaron a retirarse a dormir mientras que el personal de limpieza de la estancia comenzaba a acomodar todo.

- Hermano, ¿qué ganas tú con esto? – preguntó Augusto

- Te veo preocupado desde la apuesta, no hay nada de qué preocuparse, esto es sólo un juego de niños, no existe tal cosa como la Luz Mala y eso es precisamente lo que voy a demostrar. Debo hacerlo, es mi deber como hombre de ciencia – se justificó José Manuel

- Mira José Manuel, llevo más de diez años viviendo aquí en el campo y he visto y aprendido muchas cosas. Estos tipos miran las hormigas y dicen mañana va a llover y mañana llueve, detectan las enfermedades en los niños y adultos por el color de la orina y no necesitan hacer ecografías a sus embarazadas para saber el sexo del bebé. Ellos saben por la actitud del ganado el pronóstico meteorológico de toda una semana y nunca le erran, por cierto tienen una efectividad increíblemente superior a los pronósticos oficiales que son basadas en la ciencia que tanto defiendes...

- Bah... patrañas – interrumpió José Manuel

- Y saben, por otra parte que en aquel arrozal hay un no sé qué al que llaman Luz Mala que deja tarado a todo el que se la encuentra de noche – terminó diciendo Augusto

- Mañana será un gran día hermano, desayunaremos juntos ¿no?, debo partir para Buenos Aires bien temprano – repuso José Manuel con una gran sonrisa en su cara



- Si Dios quiere así será hermano. Cuidate y tratá de pensarlo una vez más. Buenas noches

- Buenas noches

José Manuel se dirigió a sus habitaciones, buscó un suéter para protegerse del frío en pleno campo y decididamente partió rumbo al arrozal. En media hora se encontraba allí parado frente a aquella parcela de ochenta hectáreas sembradas de arroz que los campesinos llamaban el arrozal maldito. Respiró profundamente y se internó con decisión, mirando cuidadosamente hacia todas las direcciones, tratando de no dejar espacio sin observar. Lentamente comenzó a internarse más y más en aquel lugar y comenzó a sentir un poco más de frío. La luna estaba casi llena e inundaba el campo por completo de una luz clara, el silencio era casi absoluto con excepción de algunas aves nocturnas que andaban por ahí. Frío, más frío. A lo mejor lo que los deja tarados es el frío pensó y dejó escapar una sonrisa. Instantáneamente, quedó congelado y sabía que no era por el frío y aquella sonrisa desapareció por completo de su rostro. Ocurrió que parado donde se encontraba sintió un calor que provenía de sus espaldas y por el rabillo del ojo percibió claridad y sabía que no era la luz argentina de la Luna, era como si detrás suyo hubiera en ese momento una pequeña fuente de calor incandescente: una Luz. Pensó en huir sin mirar hacia atrás y hasta tuvo la voluntad de hacerlo pero no pudo y supo que ya no podría, debía enfrentarse a lo que tenía detrás, debía darse vuelta y acabar con el asunto. Todo en este mundo tiene su explicación y esta Luz no sería la excepción. Tomó valor, nuevamente respiró profundamente y giró sobre sus talones.

Vio la Luz, qué bella es pensó. Realmente existía tal cosa, pero qué podría hacerme. Notó algo, una figura que quería emerger de ella, era como si esa Luz quisiera mostrarle alguna cosa. Su corazón comenzó a latir con fuerza. Otra figura. Y otra. Y miles de figuras más. Millones. Instantáneamente pasaron frente a sus ojos. No podía comprenderlas hasta que de repente, luego de un tiempo que bien podría haber sido un segundo o mil años la Luz adquirió un brillo infinitamente más intenso y fue ahí cuando José Manuel Ramírez, el científico, lo comprendió todo. Y lo vio todo. Vio la creación del hombre en cuerpo y alma, vio y comprendió de qué se compone tal cosa como el alma, y el amor, vio de qué se trata el amor y cuál es su mecánica, vio el resto de los sentimientos y comprendió que todos derivan del amor, que son distintas manifestaciones de Él, que es el sentimiento supremo, vio el Universo en su totalidad y lo comprendió, vio lo insignificante que somos los hombres en semejante cosmos y vio a otros hombres, lejos, muy lejos, haciéndose las mismas preguntas que nos hacemos, otros no tan lejos, otros sin hacerse las preguntas, otros con las preguntas ya respondidas y millones de civilizaciones más. Vio y comprendió todas aquellas cosas que su ciencia se preguntó por años y otras la ciencia jamás se imaginó. Las respuestas están todas ahí al alcance de la mano de cualquiera pensó, pero no, nunca podrán. Fue en ese momento que la Luz cesó y él cayó en la tierra húmeda, exhausto. Ahora lo sé todo pensó, la Luz

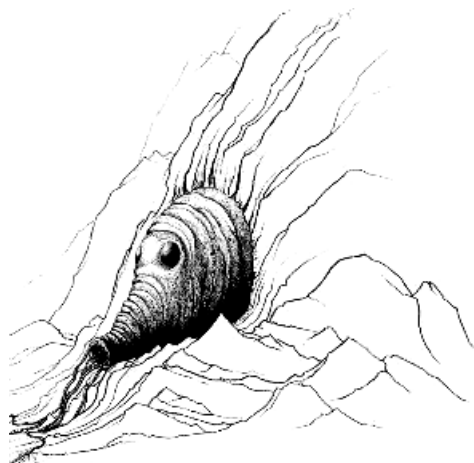
me lo mostró todo, voy a escribirlo todo y me darán el Premio Nobel. Intentó incorporarse pero no pudo, una vez más y fue incapaz del menor movimiento. Su cuerpo yacía tendido en el suelo sin responder. Sólo ahí comprendió que siempre sería así, que su cerebro que es el responsable de comandar su cuerpo se había quemado como un fusible incapaz de asimilar todas las cosas que la Luz le mostró, que los conocimientos que ahora poseía estaban albergados en su espíritu y que nunca podría compartirlos con nadie absolutamente. Comprendió porque quedaban todos tarados. Tarados superdotados, pensó. Pero no pudo reír. Definitivamente no me darán el Nobel. Tampoco pudo reír. Ni llorar. José Manuel Ramírez sería considerado para siempre una víctima más del maligno poder de la Luz Mala.

*Andrés Barbaro*

*Rosario, Argentina*

[andres.barbaro@gm.com](mailto:andres.barbaro@gm.com)

## Cd. B. a 17 de ... de 2...



Estimado Carlos<sup>1</sup>:

Te escribo tan sorprendentemente pues te quisiera contar un suceso de lo más extraño que me acaeció no hace muchos días. Como es mi costumbre, salía a hurgar en librerías de viejo con mi consabida lista de libros inconseguibles. En fin, sin más circunloquio, encontré una invaluable historia natural escrita por Von Hämbelton Khyün (como seguramente sabes, uno de los más grandes e ignorados taxonomistas de principios del s. XIX) a un precio irrisorio. La compré

inmediatamente y fui a casa. Tardé más o menos una semana en iniciar su lectura, algo complicada debido a su redacción en alemán y francés. Ávidamente recorrí sus páginas con una pasión desbordada y, muy sorprendentemente, encontré al final de la sección de los artrópodos, una hoja, dibujada a mano con una calidad de detalle impresionante. Al principio creí que era un anexo, un grabado extra que se agregó a la edición cuando ya estuvo totalmente encuadernada, como –lo sabrás tú de sobra– los editores suelen agregar notas aclaratorias, fe de erratas, o alguna información, siendo un libro científico, que debió estar allí, pero debido a su reciente descubrimiento se tuvo que anexar de esa manera. La hoja muestra a tres animales asombrosos (todos con un leve parecido a insectos extraños nunca antes vistos): el primero es algo aplanado con una cola larga que acaba en una punta parecida a un girasol, con tres pares de patas, dos antenas y un par de tenazas en la boca; el segundo es muy parecido al primero, podría decirse que son de la misma familia, salvo que este último está erguido y presenta una serie de espinas en la parte posterior del cuello; y el tercero es, aunque en muy poca medida parecido al segundo, totalmente distinto a los dos primeros. No podría asegurar si es una mezcla de pez, ave, cangrejo, oruga y planta; también posee tres pares de patas. Te imaginarás que quedé totalmente anonadado. Admiré esa hoja toda la tarde, después busqué en todos mis libros especializados en el tema información sobre estas tres –para mí– nuevas especies. No encontré nada. Creí también que sólo habían sido descubiertas por Von Hämbelton Khyün y como –hasta la fecha–, sus descubrimientos no son tomados en cuenta hasta que otro más los descubre; esa pudo ser la razón de que no aparecieran esas especies en algún otro libro. Carlos, yo estaba satisfecho con estas razones y no hubiera indagado más sobre el tema, pero cuando di la vuelta a la hoja descubrí en manuscrito las siguientes

---

<sup>1</sup> Esta carta acompañó al relato que me fue enviado. Y en una posterior respuesta, Federico Ponce –el autor de ésta– me autorizó a publicar la misiva con el fin de darle mayor contexto al relato que aquí se contiene. Nota del Editor.

líneas a lápiz –ahí fue cuando descubrí que no eran grabados–: *la metatransmutación del “regilus cresumatis”, que les ilustro en esta lámina, sucede cuando el “cresumatis común” devora al “cola de ángel”*. También me encontré con el inicio de un dibujo abandonado, que sin duda debió ser el primer intento –obviamente fallido– para dibujar al segundo animal del que te hablé.

Reflexioné inmediatamente que si Von Hämbeilton Khyün no sabía español, esa hoja debió ser dibujada por alguien más. El ejemplar fue editado en Europa: tuve dos teorías: 1- alguien en Europa, posiblemente en España, había comprado el ejemplar, dibujado e insertado la hoja; o 2- el ejemplar se había traído a América para su venta y alguien, en algún país de habla española, había dibujado e insertado la hoja en el libro. Seguramente, pensé después, no fue un español pues no hubiese escrito *les ilustro*, sino *os ilustro*, así que el que lo escribió debió haber nacido –o por lo menos vivido– en las Américas. Este enigma lo aclaré fácilmente: tú sabes que los enigmas son mi especialidad: Fui a la librería donde adquirí el libro, le pregunté al anciano acerca de su antiguo dueño (después de una hábil charla de una hora, para que no sospechara y no se negara a darme la información) y resultó que era propiedad de un arquitecto que vivía a unas cuantas calles de la librería.

Carlos, tú sabes que yo no soy de esas personas enfermas que molestan a alguien que no conoce, sin embargo, dada la naturaleza de este misterio, estoy seguro que tú también lo hubieses hecho.

Fue difícil dar con el arquitecto. Desde que supe quién era y dónde vivía, fui a su casa todos los días para intentar hablar con él: estaba seguro que podría aclararme un poco más el misterio de esa hoja –tenía la teoría de que tal vez algún ascendiente suyo la pudo haber dibujado. Eso fue así durante una semana, después, la siguiente semana fui a buscarlo varias veces por día todos los días. Por fortuna al séptimo día lo encontré. Era un hombre al parecer de nuestra edad, algo flaco y muy irritable. Cuando le mencioné que yo tenía el libro, me ofreció una cantidad considerablemente mayor a la que yo había pagado por él. Me negué a venderlo y él no dio mayor importancia al asunto. Después le hablé de la hoja que encontré dentro del ejemplar: en ese momento se volvió prácticamente loco y quería que se la devolviera, al principio me negué, después me ofreció una considerable suma de dinero, me volví a negar y él elevó la suma al doble. Así sucedió varias veces. Yo siempre me negué a venderla pero al ver su interés, se la ofrecí a cambio de que me dejara xerografiarla y de que me dijera todo lo que supiera sobre su origen. Y así fue. Podrás creer que estoy disparatado si creo en el documento que te anexo, pero tengo dos razones para creer en ella, a menos que mis sentidos me engañen. La primera: después de que me contó el origen de la hoja, se excusó para pasar al cuarto de baño un momento, tardó media hora y me preocupé, le toqué la puerta y como no respondió, abrí la puerta: No había nadie en el cuarto de baño. Había una ventana grande, por la que cabría sin problemas un hombre robusto, cerrada con

pasador. Ésa y la puerta de entrada eran la única manera de salir o entrar a ese lugar. Abrí la ventana y encontré una cornisa por donde, con dificultad, un hombre flaco podría escapar, y un precipicio de cinco pisos de altura. Tal vez me consideres loco, Carlos, pero salí a buscar al arquitecto. Sudando frío entré de nuevo al baño y comprobé que dicha cornisa no llevaba a ningún lado. Esperé, en sus sala, por un par de horas, como no llegó me fui de su casa y cerré su puerta con el seguro únicamente. Pasaron dos días sin que lo encontrara. El tercero me abrió desaliñado. Se emocionó cuando le entregué la lámina con los tres seres. Platicamos acerca de todo lo relativo al texto que te adjunto, él me lo dio, escrito por él, y me autorizó a publicarlo. Yo sólo retoqué la redacción y la ortografía, casi nimias mis correcciones. Es por eso que te escribo inusualmente, para pedirte de favor, como otras veces, que publiques el texto que te anexo y de ser posible las imágenes que te mando, todas son xerografiadas de los originales a lápiz. Sé que te puede resultar algo difícil, no te preocupes si no puedes: lo entenderé. Pero como nunca me has fallado, y además me enteré que te han encargado la publicación de una revista científica en Cuba, aprovecho la oportunidad. Tú conoces el dicho: más vale llegar a tiempo que ser invitado.

Prosigo, Carlos, después de la charla donde me autorizó a publicar su relato, me confió los originales donde ilustra a otros seres para que yo los reprodujera y publicara –te los puedo mostrar si vienes pues aún no se los he podido devolver<sup>2</sup>–; así que espero que lo publiques por el mérito doble esto tiene: el primero, ser verídicos; el segundo, el gran interés que despertarían en cualquiera que los leyese. Y si creyeses que no tienen mérito alguno para ser publicados, publícalos en nombre de nuestra gran amistad.

Abrazos desde Cd. B.

Federico Ponce.

PD: La segunda cosa que me hace creer que es verdad, fue que en plena charla Leinad Amal, que así se llama el arquitecto, desapareció en frente de mí súbitamente. Lo busqué en toda la casa, lo esperé un par de horas y tuve que irme con los originales y cerrando su puerta como la vez pasada. Por eso tengo los originales.

El escrito de Leinad Amal.

Día 1:

Hoy desperté en un lugar extraño. Al principio creí que estaba a punto de amanecer, sin embargo, cuando la luz no variaba, me di cuenta que ésa era toda la luz del lugar. Exploré alrededor de 5 kilómetros a la redonda de donde desperté. Era una especie de llano desértico rodeado de elevaciones regulares –

---

<sup>2</sup> Cuando F. Ponce me autorizó a publicar esta misiva, ya los había devuelto conservando sólo copias al igual que yo. N. del E.

el inicio de una sierra posiblemente—, en un punto noté que el desierto se acababa en el horizonte. Una luz provenía de allí.

Día 2:

Desperté y tuve la sensación del sol despuntando por el horizonte. La luz no había variado. Es como si el tiempo estuviera estático en este lugar, sin embargo avanza; lo sé pues he visto fauna recorriendo la cuarta dimensión igual que yo. Caminé hacia donde el desierto termina y proviene la luz: no llegué. Cuando mis piernas no dieron más busqué resguardo y descansé.

Día 3:

Hoy veo el fin del desierto más nítido, es increíble. Parece una serie de cuevas en dos niveles. La luz se hace más intensa pero encontré algo interesante al respecto: en el camino tuve que subir una elevación y descubrí que la luz proviene de la tierra, como si fuesen tres grandes bombillas eléctricas iluminando el lugar: una venía del costado de ese bosque, otra de un extremo de la isla (al parecer estoy en una isla) atrás del bosque y otra del desierto, atrás de mí. Sorprendente, un espectáculo sin igual.

Día 4:

La mayoría de las plantas que he comido no me produjeron ningún mal salvo la que desayuné hoy. Esta planta crece los agujeros. Son escasas pero se encuentran fácilmente. Sus pétalos son suaves y cierran en círculo hacia abajo, son sostenidos por una especie de tubo seccionado en anillos y muy rígido. Del centro del tubo salen tres apéndices que terminan en una pequeña esfera. De mi refugio se ve pronto el fin del desierto, mas me temo no poder alcanzarlo hoy por atender menesteres corporales.

Día 5:

Tengo fiebre, sudoración constante y me fallan los sentidos, con mucho trabajo concluyo esta línea.

Día 6:

No sé si sea el día 6, puede ser el 8, 9, 10 o realmente el 6; perdí noción de tiempo en mi colapso. Cuánto tiempo estuve enfermo: lo ignoro.

Reemprendí la marcha y llegué al final del desierto: es increíble: es la unión del desierto con dos ecosistemas más. El primero es el bosque que refiero, el segundo es una caverna inmensa, ésta es el origen de la luz que menciono antes. El bosque en realidad es de dos niveles. El primero lo forma el suelo natural, el otro es producto de una formación vegetal. A mi parecer son árboles cuyo follaje forma secciones regulares de tres por tres metros, es una textura como de esponja, la luz y apenas puede penetrar en lo profundo del bosque. Hay algunos pequeños haces de luz —muy pocos— en lo profundo del bosque. Intuyo, por lo que he visto en las afueras, que los haces penetran al subsuelo por sitios donde un árbol ha caído. Los árboles son de tronco robusto en su base, pero se adelgaza considerablemente hasta llegar a la parte de arriba, donde nace el follaje. Cuando intenté cortar un pedazo de follaje me di cuenta que, no obstante su textura de esponja, tiene la tenacidad de una piedra porosa.

La *Gran Caverna*, como la llamé, alberga una fuente luz también en su interior. Me adentré un par de kilómetros orientado por ella. No está muy iluminado pues la caverna está llena de pilotes, estalactitas y estalagmitas que impiden el paso de la luz: hacia el frente logro ver, sin embargo a mi espalda la oscuridad que genera mi propia sombra es aterradora.

Conforme me adentro en la cueva escucho a lo lejos, pero claramente, feroces rugidos y ruidos varios de lo que presupongo animales de gran tamaño. Cerca mío oigo ruidos de lo que creo son animales pequeños, como del tamaño de un ratón y el más grande un conejo, pero no he visto nada.

Me refugié en un nicho superior formado por el desgaste de una estalagmita. Espero recuperar las fuerzas para seguir la travesía.

Día 7:

Seguí avanzando y no tardé en escuchar el fluir del agua, busqué su origen.

Estoy descendiendo y eso lo sé pues el agua corre en dirección del centro de la cueva (he denominado el centro de la Gran Caverna al lugar, que no he alcanzado aún, de donde proviene la luz).

Seguí las curvas del riachuelo y ya, para cuando la caminata fue larga, éste se había convertido en un río de imponente caudal, elegí la costa izquierda para seguirlo: del lado derecho se escuchaban más de cerca los ruidos de animales.

Día 10:

Lo único que varió los días anteriores fue la intensidad de la luz, hoy apenas y puedo ver de frente, protejo mi vista en la sombra que provocan las columnas y demás formaciones. También he registrado al primer ser vivo en mi libreta. Como lo encontré devorando restos de otro, del cual ignoro su fisonomía, lo observé escondido y lo retraté mientras comía; no avancé hasta que el camino fue seguro.

Día 13:

Llegué al centro de la cueva. Es sorprendente. Para poder observar al huevo luminoso tuve que ocultar mi vista tras tres prendas de vestir. Lo retraté. En el lugar convergen varios ríos y siguen bajando. Calculo, por el sonido, que una catarata de considerables dimensiones está a no más de dos o tres kilómetros pasando el huevo. El huevo es el mismo que vi fuera de la Gran caverna, esto lo adivino pues examinándolo a detalle, cuando lo retraté, me di cuenta que sólo es la mitad y la otra mitad sale por encima de la cueva.

Día 14:

Legué hasta donde pude llegar. Hay un abismo infranqueable por donde cae la catarata. Nada más bello que esto. Al otro lado del abismo vi colosales bestias. El único defecto de este espectáculo fue la posición de la luz, como le da de atrás no se puede ver en toda su magnificencia.

Día 25:

Hoy salí de la gran caverna. Fue más difícil que la entrada debido a que con mi propia sombra me tapaba los pasos de regreso. Volví lento con muchos tropezones y una torcedura de tobillo que casi sana.

Día 26:

Había comenzado la internación en el bosque a nivel de subsuelo, me retracté de esta decisión cuando la oscuridad fue casi absoluta e impedía mi avance, sin mencionar que me sentía asechado por alguna clase de animal carroñero (digo carroñero pues de lo contrario me hubieran atacado). Que aventura. Volví y subí al nivel superior del bosque. Avancé poco. Cayó una lluvia que me permitió reabastecer mi reserva, y gracias a ella pude observar como se filtraba el agua hacia el nivel inferior.

Día 28:

No hay nada en el nivel superior, ni siquiera vegetales autótrofos. Lo único que varía son los colores del suelo-esponja.

Día 35:

He llegado a lo que parece ser el centro de la isla. La iluminación aquí es muy buena y se puede distinguir el porqué, parece un mediodía terrestre. En un costado de la isla se ve, como un sol poniente, a un huevo mitad afuera del agua, mitad adentro; al final de un cabo. También se ve la mitad del huevo luminoso que sobresale de la Gran Caverna, y al fondo en el desierto al final de las montañas y detrás de ellas, se ve a otro huevo luminoso elevado por una montaña angosta, que más que montaña parece una estalagmita gigante. Calculo su altura en unos 25,000 msns. A este último lo llamé el pebetero. Al del cabo lo llamé Oriente Acuático y al de la gran caverna El Nido. (Tal vez cambie los nombres).

Emprendí el regreso porque, a pesar de que al principio llovía constantemente aquí, no ha llovido más y si sigo avanzando no podré llegar al final del bosque – donde está el Oriente Acuático–, así que prefiero dirigirme a El Nido.

Día 49:

Creí que llegar a El Nido sería rápido, sin embargo las elevaciones de la cadena montañosa del desierto no han hecho la faena fácil. Afortunadamente encontré una planta de la cual puedo proveerme de agua y he incrementado, en buen número, los retratos de fauna y flora desérticas. Una clase de animales, de los más impresionantes que he retratado, sufre una transmutación. Los bauticé Regilus Cresumatis, Cresumatis Común y Cola de Ángel.

Día 52:

Todo este tiempo me he guiado por un azimut: un pico elevado en el centro del desierto. Hoy estoy en su cima y puedo ver claramente a El Nido. Calculo que llegaré a él en un máximo de quince días. Las sombras que las montañas producen y los valles a los que no les llega la luz de los huevos, en contraste con las cimas iluminadas, recrean la vista de una manera por sobre todo grata.

Día 54:

Se acabó. Lamentablemente desperté en casa.

Viaje 143 Leinad Amal.



*Referencia cartográfica: 45-c /1ª*

*Federico J. Ponce. N.*

*México*

*[puentebr@hotmail.com](mailto:puentebr@hotmail.com)*

## Rara Avis

En la madrugada del martes los unicornios salieron al bar, serían las 3 y cuarto o algo por el estilo. Tras haber vendido mechales de sus crines al usurero Filipino, habían conseguido suficiente como para pagar la cerveza de una semana, pero la noche era larga y, según se comentó, la cerveza nunca había estado tan fría y amarga como entonces. A su encuentro más tarde acudieron los centauros vestidos de gala para celebrar la primera mudanza del pelaje de sus hijos; iban todos juntos porque los de esta especie toman del calendario siempre la misma fecha para la procreación.

Entre abrazos, codazos y apretones se mezclaban todos, riendo y saltando según el vino, la cerveza y el whisky hacia efecto camino abajo, en el estómago. A los centauros, pese a su contentura, lo de beber no se les daba bien: por su condición de rumiantes devolvían treinta veces el mismo buche hasta hastiarse y terminar en el baño.

Los unicornios, con su coquetería habitual, mantenían el ritmo de la bachata endulzando con los cuernos los tragos de los vampiros que en esta especial ocasión habían sido invitados. Los vampiros, mas vulgarizados, se apartaban para entregarse al billar donde, entre copas y zalamerías, rozando siempre con las brujitas, mantenían el bar activo. Muy por el contrario a lo que deba pensarse, nuestros vampiros, de clase media alta, no tomaban sangre puesto que un científico, representante de la comunidad, convino en aceptar como correcto que este compuesto degradaba el ánimo y disminuía las defensas, razón por la cual la exposición al sol fue siempre imposible. Por tradición y norma más que por deseo se han mantenido atacando, de vez en cuando, a aquellos que por descuido llegaban demasiado lejos, mas allá de las murallas de la ciudad; de esta forma la dieta se fue restringiendo y la alimentación se limitó a borrachos que en noche cerrada olvidaban su trayecto de vuelta. Fue entonces cuando esta desesperación por la sangre de antaño y la falta de jugos frescos les indujo a consumir fluidos contaminados por los alcoholes más fétidos y horribles, combinaciones nefastas de melaos de caña empobrecidos con caca de palomas y purificados por los bateyes domésticos de los solares habaneros.

Alcoholizados, los vampiros miraban anonadados a las brujas quienes, por falta de transporte público, han retomado en los últimos años las escobas y viajan descaradamente frente a todos provocando la envidia del pueblo. Sin embargo, a la caída del día, todos olvidan y se entregan a sus pócimas en el bar frutícola donde ellas combinan con maestría pulpas, semillas y mejunjes que de contrabando sacan de las farmacias cercanas.

El éxito de las brujas se debe a que han sabido enlazar los saltos de los ogros y gnomos, en un escenario teñido de rojo repleto de tambores y guitarras trinantes. Las copas huyen de las manos y se estrenan las facetas descaradas de los ogros que antaño cultivaban el miedo como diversión; sonrisas, volteretas,

sayas a cuadros, panderetas y chistes del bosque hacen la noche, se olvidan los malos tragos y emergen las historias ocultas.

A las tantas de la madrugada el ambiente se torna oriental y la plebe constipada saca los rostros chinos decorados con ojos de vidrio. La pulpa se disuelve y las semillas se trituran, se trituran los chocolates y se sirven los tragos VIP, la gente espera y paga, los unicornios presumen y hablan en francés... el romance los envuelve y se agitan los bombos pues ha llegado el momento de la rifa: con dedos a punta de boca se pide silencio y se saca del público al más feo de la noche, privilegiado que esta noche aprenderá por embrujo las notas del ritmo brasileño, bailará zamba y cantará como loco, mientras de un beso despide la noche en la que por última vez le muestran su imagen otrora desfigurada, ahora entregada a la belleza más absoluta.

A la ronda de las 5 se suman alegres los trotadores. Son sujetos contraídos de mirada firme y un solo rumbo, determinado sin duda, pues con la única pierna que le dio la divina providencia no se les esta permitido ni siquiera dudar en su camino: han de seguir siempre el mismo rumbo. Su llegada fue triunfal y los demás le dieron la acogida cordialmente chocando las pintas. El cómo y por qué han de tener una sola pierna no puede ser explicado por el causal proceso evolutivo, donde seguro Darwin se hubiese quedado pensando que pasó con esta débil raza que sin dudas sobrevivió rompiendo todos los esquemas de selección natural. Los dioses, sin embargo, reunidos hace años, intentaron aclararle a la prensa especializada que esta minoría se había ganado un espacio en la sociedad por su carácter templado y su pisada fuerte - asunto éste que nadie cuestionó.

El bar estaba ahora completo, la bebida chorreaba fría por las heladas paredes de las jarras repletas, repletas y coronadas de espuma a desbordar. En la barra un enano deforme mostraba su columna en forma de x, a la par que silbaba y sonreía alegre de mostrar sin complejo sus jorobas. La barra atestada de engendros ya no más sobrenaturales, era el anticipo de las generaciones por venir.

Un cíclope, con uniforme militar de la marina, enamoraba en la esquina a la señora Clotilde, una pulpo de ocho miembros que al cruzarlos provocaba el lagrimeo del único ojo de su adversario sentimental. La tentación de las ocho piernas cruzadas, el vestido justo al cuerpo y la indiferencia de la señora, provocaban en el uniformado una sensación de inseguridad que le motivaba a luchar por la quimera amorosa, que la vida le había servido en este rincón de la ciudad. La mesita que sostenía los tragos renqueaba de una pata; era vieja y estaba astillada a saltos cerca del centro, pero lo importante y realmente relevante era el dibujo de un mapa tallado en la madera. El ambiente se cargaba de magia, la señora palidecía dejando pasar entre las piernas la mirada aguda del conquistador, el mapa se iluminaba y cada espacio en la vida de los enamorados desfiló ante los ojos de ambos. El bar se enteró del romance y el festejo giró a partir de entonces en torno a la inusual pareja. El mapa, sin ellos saberlo, había

catapultado la relación a un nivel en el que cada integrante del público se convertía en narrador y testigo de la rara unión.

El humo cubría los rostros y las expresiones mientras el can can y la bebida mantenían el ritmo entre el gentío. De pronto, un intrigante personaje hizo sombra en el umbral. De figura conocida y aspecto desencajado, el forastero no se presentó: entró con la mirada gacha como quien no quiere que le pregunten y pidió agua. Aquella petición provocó tal conmoción entre los festejantes que más de uno fingió desmayarse en son de burla. Los colores del bar se tornaron ocres y el enmudecido público comenzó a sentir la sobrecogedora sensación de lástima que se apoderaba de todos. Muchos tendieron los brazos y movían los dedos buscando tocar la cabellera del que, sentado en el taburete de patas altas, tragaba a sorbos agua de la jarra.

Desde la esquina de la barra se alzó gitana, adivina, deliciosa, la bruja mayor. Nadie lo notó pero de su boca un susurro salía acariciando el paso del aire que conducía a los oídos de todos. La historia del hombre fue narrada: su orgullo, su ingenio, su vida, de los grandes momentos y errores de su complicada raza se habló de forma entrecortada, porque entrecortada era ahora el aura que se respiraba sobre aquel que hoy navegaba perdido en un mundo para él sobrenatural. El paso del agua a través de la garganta parecía no satisfacer la sed de fortuna y alegría de quien, a todas luces, lo había perdido todo salvo la forma. Cosa rara, en silencio se llegó al consenso de la ayuda, no hubo discusión ni querella, no hubo opuestos; hubo, eso sí, lágrimas saltonas combinadas con prontos de risas. El hombre, sordo, no escuchaba, no entendía, no podía ver que entre sus fantasías había encontrado el camino de regreso.

Los vampiros, haciendo gala de su clase, convinieron en lo ilógico: donarían sangre, darían vida al engendro que había trocado el placer de vivir por un vaso de agua. Un tanto de la sangre, un tanto de alcohol y mucho más de mundo recorrerían las venas inhabitadas del forastero, devenido huésped ilustre.

El cíclope fijó su vista en la nuca del sujeto mientras repetía las palabras que su padre le tatuara en la espalda cuando se convirtió en adolescente; el tatuaje fue labrado entre los omoplatos para que en el futuro al caminar por la vida, él, cíclope como todos los de su género, buscando el consejo de los ancestros, tuviese que voltearse y reconocer en el pasado, en la historia, en sus pasos, el origen y los por qué que tanta falta hacen. Las raíces, en fin, el tatuaje, quedaría mirando hacia delante iluminando el futuro, garantizando la guía de los que antes por él han transitado. Pero tan enamorado estaba el cíclope de la señora Clotilde que entre sus palabras mezcló alabanzas para con la pulpo y parte de lo transmitido quedó más como moraleja contra las muchas piernas que aturden a los hombres, que como mensaje del buen vivir.

Las brujitas, lindas y extrovertidas, soportaban en el aire las plegarias de los que en el bar deseaban convertir al hombre en un habitante alegre dentro de su propio mundo. Así, en los segundos que pasaron entre cada sorbo de agua que el apagado sujeto bebió, el líquido transparente se fue trocando por cerveza justo a

la altura de los labios, de manera tal que el hombre al separarse la jarra de la boca quedaba confundido pues el sabor tan conocido de la cerveza se le cruzaba con la imagen inequívoca de lo que para muchos era el líquido máspreciado. Lleno de dudas y sentimientos cambiantes cual ruleta del azar, el hombre vaciló, miro a su alrededor y se corrió la sotana raída. Negando con fuerza, se echó el agua en la cara y buscó en la vacía habitación alguna señal de encantamiento; en vano recorrió las esquinas mohosas de la habitación, suspiró y soltó un hilillo de aire. Casi se desmaya cuando, entre nubes y desvaríos, comenzó a sentir el abrazo de un centauro, el guiño de una pulpo con vestido rojo, las miradas de las brujas y las gárgaras de unos gnomos. Rodeado de fantasías, se aterrorizó sintiendo la presencia de lo incierto, de lo vivo, de lo realmente mágico. Tembló, abrió los brazos y se lanzó despavorido, maloliente y quebrantado, hasta alcanzar el umbral por donde había entrado sin rostro momentos antes. Huyó.

Los del bar quedaron petrificados sin entender cómo un monstruo se negaba a compartir la noche y el placer de una buena cerveza. No entendían el pánico y orgullo del extraño. Ofendidos olvidaron la interrupción y regresaron a la música y a la danza; perdonaron al infeliz, cargando contra las guitarras y panderetas mientras acariciaban el calor de las velas y la estufa. En las afueras, el frío de la vía desierta no dio amparo al errante. El pacto de separación entre el hombre y sus fantasías fue cerrado olvidándose cada cual del mundo ajeno.

La historia lo registró al revés, escrita quedó en los libros la verdad de este desenlace: los sueños y fantasías, sobrenaturales pero comunes y tangibles, quisieron de buena gana revitalizar al hombre. Este, desconcertado ante la belleza inaceptable de lo increíble, saltó al vacío de lo cotidiano y rechazó la única cerveza que debió tomar.

*Carlos Manuel Leal Sánchez*

*Cuba*

[margsanchez@wlam.cult.cu](mailto:margsanchez@wlam.cult.cu)

## Barrio Sur

Tardecita de verano en el barrio más al sur, bordeando con el zanjón de desagüe que se lleva los desechos. Apenas más acá, el parque, bocaza negra marcando la incógnita de un interior poblado de leyendas. Como cuando en el ombú grande del fondo, aparecieron los duendes. Muchos los vieron salir, en hilera. Eran cuatro: el padre, la madre y dos hijitos. Venían cargados de cosas, víveres tal vez, nadie sabía cuál era su procedencia.

Al principio, los observaron de lejos, temerosos, desconfiados. Poco a poco, se animaron a acercarse y llegó el momento en que fue el paseo acostumbrado rodear el tronco buscando huellas: nada.

Tejieron fantasías: eran livianos, como etéreos, borran el rastro para no ser descubiertos, venían de un lejano planeta, eran seres malignos y peligrosos, se sumergían hasta el centro de la tierra deslizándose por las raíces del árbol. Un día, terminó el encanto y todo volvió a la aburrida rutina. Fue cuando uno, el más corajudo, los espío durante varios días, y se encontró con una familia de monitos. Los trasladaron al zoológico y se quedaron también, sin fantasías. El parque volvió a ser la enorme bocaza negra, anónima, escondiendo su vida entre el espeso follaje. Porque vida tenía, todos lo sabían, pero callaban, cómplices.

Ahora era noviembre, y las luces tenues de la calle desapareja de tierra original, se poblaba. Aquí y allá, las parejitas buscaban un lugar para agregarle tibieza al aire. Cómo no enamorarse, con esa brisa que acaricia la piel, aún aterida por el frío del invierno con una sola manga y una sola frazada, con todo ese perfume de madreselvas y alelíos que sube hasta la luna redonda y plateada, hasta el tintineo de las estrellas, broche final, espacio de luciérnagas; que embriaga la nariz hasta hacer olvidar el cansancio, el hambre, las voces agresivas llenándole de reproches el pecho rebelde y callado, aliviando el ardor de las manos llenas de cal, de polvo de ladrillos, los brazos doloridos de levantar pesadas cargas que había comprado el patrón.

Justo a la hora de encender el corazón a los sentimientos, cuando la luz aplaca su resplandor para entrelazar realidad y sueños, Enrique recorre la callecita del parque, donde sabe, cruzará el borde de la laguna, el cerco de florecillas, el viejo ombú de las leyendas, el nido del hornero, para llegar donde ella, sentada sobre la gramilla, lo espera. Marisel y sus catorce años apurados tendidos sobre la frescura de la tarde, hoguera encendida ( necesito tu calor para olvidar el crudo invierno), el mundo diluído en un entorno que ya no importa, los ojos ahondándose para beber toda la ternura sepultada en las amarguras diarias, recuperar la sonrisa y empezar otra vez cada anochecer, justo cuando todos terminan la jornada. Nadie podrá encontrarlos entonces. Los protege el secreto más dulce, el que le enciende chispas en el alma y ablanda las manos en las ternezas del amor. Sólo el árbol lo sabe, dos iniciales cerrando el círculo al que nadie penetrará, que los convierte en reyes de un exclusivo tiempo donde estalla una primavera propia e incomparable de colores, aromas y sonidos

interiores. Después, regresarán por senderos distintos, cada uno a su pauperridad, junto a los perros, felices como ellos, callados, con un silencio poblado de sueños que van más allá del zanjón pútrido, de la mugre en las calles, de las sábanas oscuras y el bocado que no alcanza.

*Carmen Beltramo*

*Argentina*

[cbeltramo@ciudad.com.ar](mailto:cbeltramo@ciudad.com.ar)

## **Bastián, el duende granadino.**

La niña abrazaba impaciente el cojín púrpura, mientras que balanceaba sus piernecitas en el aire, pues no alcanzaba el suelo desde el sillón donde estaba sentada, para su edad era una chica bajita aunque bien formada, y de aspecto sano. Tenía los ojos negros, vivos y brillantes como una noche de luna llena que miraban a su abuelo, situado a su lado implorando las respuestas a las preguntas que bullían en su interior. El abuelo tenía en la mirada toda la serenidad de aquellas personas que lo han visto todo y no desean ver más.

-Abuelo, ¿porque en el norte hay hadas, duendes, elfos, ogros y gnomos, y aquí en el sur no hay nada fantástico?

-Bueno, quizá sea porque no les gusta el calor, aunque una cosa tengo que advertirte, que no sean tan famosos como los seres celestiales del norte, no quiere decir que no los haya aquí, de hecho cuando yo era pequeño mi abuela solía contarme la historia de Bastián el duende del Albaicín.

-¿Qué?- exclamo asombrada Clarita- ¡Anda ya abuelo, eso sí que no me lo creo; ¿Un duende en el Albaicín? ¡Pero si en el Albaicín lo único que hay son cuevas y casas viejas!.

-Ay Clarita, Clarita, ¿cuantas historias te he contado de los duendes de mi tierra?, donde nací yo por que mí padre era Asturiano, ¿cuántas historias Clarita?

-Miles abuelo.

- ¿ Y que te dije yo que era el lugar favorito para la mayoría de los duendes?

- Las casas viejas abuelo...

-Pues sí mi niña, pues aquí en el sur también hay duendes, aunque yo no los conozco todos, pero si que recuerdo como mi abuela me hablaba del Martinico o del Padre Piñote, también granadinos el Martinico prefiere los sitios húmedos para pasar el rato, como los toneles y el Padre Piñote se paseaba por las noches armando jaleo por dondequiera que iba. Aunque a mí quien más me gustaba era Bastián, porque según me contaba mi abuela era un duende filosofo y pensador, y gustaba de mediar en las peleas entre los vecinos porque era un amante de la paz, aunque una vez a unos vecinos no les gustó que se metiera en sus asuntos y lo arrojaron a un pozo, el pobre Bastián quedó cojo para siempre. No sé si sabrás que quiere decir filosofo, bueno creo que ni yo mismo lo sé, podría decir que es alguien que piensa tanto algunas cosas que consigue volvernos locos a los demás con sus teorías, aunque no siempre los filósofos son tan rebuscados, a veces ayudan al hombre a entender mejor el mundo donde vivimos. Pues Bastián es así, un duende culto inteligente, al que le gusta leer todos los libros que encuentra en su camino, y por eso va de una casa abandonada a otra en busca de nuevos libros para leer, a veces también se pasea por las bibliotecas a horas en las que no suele haber nadie, porque no le gusta que le distraigan de su lectura.

- Abuelo, ¿Bastián es un duende malo, travieso?



- Es bueno Clarita, además como te dije le gusta la paz y la tranquilidad. Hace unos años, en un edificio de la calle Mesones, ocurrieron unos hechos muy extraños incluso alguien dijo que había sido mordido por un ser invisible, pero que le había dejado las marcas de sus dientes en uno de sus dedos. Alguien hablo de Bastián, pero yo no creo que fuese él, Bastián es un ser pacifico y no rehuye a la gente sino que la gente huye de él porque dicen que es feo.

- ¿Todos los duendes son feos abuelo?

- Pues creo que los duendes sí, aunque en realidad no son feos como nosotros creemos, sino que son completamente diferentes a nosotros y por eso nos extraña su aspecto, pero supongo que lo mismo les pasará a ellos cuando nos ven. Aunque creo que los elfos, son digámoslo así “guapos” pues son como las hadas, de cabellos brillantes y ojos muy claros. Mira Clarita, mira la hora que es y tú aun despierta creo que deberías irte a dormir antes de que lleguen tus padres.

- Pero abuelo yo ya soy mayor, tengo 10 años puedo quedarme despierta hasta muy tarde, además me gusta que me cuentes historias- le protestó compungida la niña, aunque a duras penas podía evitar los bostezos.

- Clarita, yo siempre estaré aquí para contarte mis historias cuando tu quieras, pero hay otras historias más bonitas que las mías que solo tú puedes contarte a ti misma, que solo tú puedes imaginar cada noche cuando cierras los ojos en tu cama. Solo tú puedes soñar miles de historias hermosas, por eso, porque merece la pena sumergirse en el mundo de los sueños y además porque se te cierran los ojillos de lo cansada que estás es el momento de que te vayas a dormir.

Habían pasado cinco años desde la muerte de su abuelo y Clarita aún seguía recordando esa conversación como si hubiera ocurrido la noche anterior. Al poco rato de quedarse dormida, sus padres habían llegado de la cena de negocios a la que habían acudido, y el abuelo se despidió para dirigirse a su casa en el otro extremo de la ciudad. Nunca más volvieron a verle, pues quizá vencido por el sueño su coche se empotró contra un semáforo al final de una calle empinada. Cuando Clara despertó a la mañana siguiente supo la terrible noticia, para sus padres era una chica mayor perfectamente capaz de asumir la muerte de un ser querido, pero no de ese ser querido pensó Clara. Desde entonces nunca volvió a ser la misma niña, fue como si madurara de pronto. Ya no volvió a leer cuentos, ni volvió a jugar con las muñecas que representaban a las princesas de su imaginación. Tampoco volvió a sonreír o al menos nadie volvió a verla esbozando una sonrisa. Se convirtió en una mujercita seria, silenciosa y huidiza.

Tan solo una cosa no había cambiado para Clarita, sus sueños, su único refugio donde cada noche encontraba a su abuelo dispuesto a contarle una nueva historia de duendes, de elfos y hadas. Pero no estaba solo, pues cada noche Clarita encontraba a un amigo con quien vivir miles de aventuras, Bastián el duende. El mismo que entró en el mundo de sus sueños la noche en que su

abuelo falleció. Y cada noche el abuelo contaba una historia, y Clara y Bastián juntos emprendían mil aventuras salidas de la voz del abuelo. Pero al despertar Clara volvía a su tristeza y a su silencio. Pero no siempre los sueños de Clara eran agradables o fantásticos, aunque sus padres no le habían hablado de cómo ocurrió el accidente de su abuelo, a veces soñaba con ese fatídico momento. Se veía dentro del cuerpo de su abuelo, siendo los ojos de este los que miraban al frente al andar, pero siendo Clara la que experimentaba las sensaciones durante el trayecto que lo condujo hasta su muerte. Unos pasos para acercarse al coche y después la noche que lo envolvía todo y la luna menguante lejos, demasiado lejos para iluminar la carretera o para evitar que los ojos se cerraran por el sueño. Y después el miedo, un miedo lacerante que cortaba la respiración de la chica y que la obligaba a salir huyendo del sueño, a despertar violentamente agitada entre convulsiones, otras veces oía la voz de su abuelo llamándola muy lejos, con desesperación. Ella sabía que fue la última persona que pasó por la mente de su abuelo antes de morir, y que se fue preocupado por no poder cumplirle la promesa de permanecer a su lado para siempre y contarle historias sobre duendes y hadas, por eso lo veía cada noche en sueños así aunque fuera de aquella manera permanecía cerca y formaba parte de esas historias.

Era la noche de San Juan, la noche más corta del año, la noche de las brujas, la noche mágica. Todo el instituto hervía de excitación, pues los chicos preparaban pequeñas fiestas en torno a las hogueras de su barrio donde reunirse para quemar en el fuego las cosas malas ocurridas en el año y refrescarse y renovarse con el agua cristalina que unos a otros se arrojarían. Nadie invitó a Clara a ninguna de las reuniones, nadie se fijaba en ella salvo si estaban a punto de chocar con ella en el pasillo. Pero tampoco ella los necesitaba, esas fiestas para ella solo eran una excusa para armar jaleo y escándalo hasta altas horas de la noche. Y sin embargo no pudo evitar estar nerviosa mientras se acercaba la “hora bruja”. Por suerte cerca de su casa habían preparado una hoguera, y entre el alboroto y la confusión se acercó hasta el lugar. Estaban a punto de tocar las campanas de la media noche y la algarabía aumentaba por momentos, la gente se acercaba con recipientes llenos de agua, y Clara sintió miedo. Las campanadas sonaron al fin desde una iglesia cercana, lentamente todo lo que rodeaba a Clara fue cambiando de aspecto, las mujeres se transformaron en brujas que bailaban en una alocada danza sin fin, los hombres se transformaron en duendes que la miraban traviosos bajo las pobladas cejas de su rostro, y los niños se transformaron en elfos y hadas. También había faunos, trolls, enanos y una multitud de criaturas fantásticas y de entre esa multitud surgió una figura conocida por Clara, la de Bastián que se acercaba a ella con su característica cojera y la tomó de la mano mientras la alzaba por encima de las cabezas de los seres fantásticos que danzaban en torno a la hoguera.

-Esta noche es mágica Clara, vamos a ir a sitios donde nunca antes habías ido. Verás cosas que nunca hasta ahora habías visto. Esta noche se harán tus sueños realidad.

Pero cuando Bastián la depositó con cuidado en el suelo de uno de los patios de la Alhambra Clara protestó:

-Yo he estado aquí antes, y varias veces no me estas enseñando nada que yo no conociera.

-¿Estás segura de que has visto este lugar antes Clara?- le contestó Bastián- fíjate bien.

Clara miró a su alrededor, la luz de la luna bañaba todo lo que alcanzaba a ver, produciendo maravillosos claroscuros, los sonidos del agua en las fuentes producían una música que nunca antes ella había escuchado, y de entre las enigmáticas sombras comenzaron a surgir formas fantasmales, sultanes, princesas, visires, guerreros de otros tiempos comenzaron a llenar el patio. Clara asustada intentó huir, pero estaba rodeada entonces Bastián la cogió de la mano, -No tengas miedo- le dijo -observa. Ninguno de los fantasmas parecía reparar en ella, al contrario andaban caminaban y actuaban como si estuvieran vivos, como si más de quinientos años de historia no hubieran pasado por encima de ellos. Clara observó como la vida acontecía entre esos muros mucho tiempo atrás. Y ya no sintió miedo sino que deseó con todas sus fuerzas ser uno de ellos, una princesa mora pretendida por algún apuesto capitán o una odalisca danzando en los salones de la Alhambra.

- ¿Ves Clara? ¿seguro que nunca antes habías visto este sitio? al menos no como lo estás viendo ahora. La despertó de su ensimismamiento Bastián. Y no, nunca había visto la Alhambra de esa manera, tan mágica tan irreal, como en un sueño de otros tiempos.

De nuevo la cogió de una mano y se alzaron hasta el cielo, la llevó hasta un bosque no muy lejano, y de nuevo la depositó en el suelo. Todo estaba en silencio, y bañado por la gélida luz de la luna llena, sus rayos se adherían a los árboles abrazando su corteza y dotándoles de un aspecto fantasmal.

-Observa atentamente Clarita- le dijo Bastián.

Y ella así lo hizo, al poco rato los árboles comenzaron a moverse, al principio casi imperceptiblemente pero después casi a sacudidas comenzaron a desperezarse y a desenterrar sus raíces de la tierra donde las tenían clavadas, de pronto unos sonidos extraños comenzaron a llenar el ambiente, como quejidos lejanos. Bastián le dijo que los árboles estaban hablando entre sí, pero que ellos no los podían entender. Una extraña luz surgió de repente, un resplandor verdoso se acercaba por momentos al lugar donde estaban, poco a poco una figura femenina de corta estatura se fue recortando en la luz, una hermosa muchacha de largos cabellos verdes y vestida de hojas, era la que desprendía esa luz.

-Es el hada del bosque Clara- le dijo Bastián.

La muchacha caminaba entre los árboles casi levitando, sin apenas tocar el suelo. De vez en cuando se detenía ante la llamada de algún árbol y conversaba con él un buen rato. Según le contaba Bastián, los árboles presentaban sus quejas al hada, sobre lo difícil que era ser árbol en estos tiempos con tanta contaminación, y las inoportunas visitas de los excursionistas desconsiderados. Cuando llevaban largo rato observando esa especie de consejo en el bosque, Bastián la cogió de nuevo de la mano y por los aires emprendieron el regreso a la ciudad. La hoguera seguía ardiendo, y los fantásticos seres que habían dejado bailando junto a ella aún seguían a su alrededor. Solo que esta vez había alguien más con ellos, el abuelo de Clara, la muchacha se sintió extraordinariamente feliz de poder compartir aquella noche tan maravillosa con la persona que más había querido, lo abrazó con todas sus fuerzas como queriendo cerciorarse de que no era solo un sueño como tantos otros y agradeciendo que aunque fuera solo por aquella noche, pudiera sentir el cuerpo de su abuelo entre sus brazos, en su corazón se rompieron mil cadenas de tristeza que lo habían tenido aprisionado durante mucho tiempo, lágrimas de felicidad comenzaron a rodar por sus mejillas al tiempo que una radiante sonrisa aparecía en sus labios. Y juntos bailaron alrededor de la fogata hasta que la muchacha quedó exhausta. Pero la noche de San Juan es la más corta del año, y casi sin que se dieran cuenta los primeros rayos del sol empezaron a surgir por el este. Cuando la luz del sol aparece la magia de la noche desaparece y todas las criaturas fantásticas comenzaron a tomar de nuevo aspecto humano. Clara se despidió de Bastián, y abrazó por última vez a su abuelo. Este cogió el rostro de su nieta entre sus manos y mirándola fijamente a los ojos le dijo:

-Te prometí que siempre te contaría historias, pero ha llegado la hora de que tú sola inventes tus propias historias, sé que podrás hacerlo. A partir de ahora no me verás más en tus sueños, pero no llores pues siempre estaré cerca de ti. Sueña Clara, y cuenta esas historias a la gente que no puede imaginárselas. Siempre tendrás un duendecito filósofo y culto que te ayude a escribirlas, ya sabes Bastián estará donde haya un libro. Adiós mi niña.

Desde esa mañana Clara volvió a sonreír, porque cada noche esperaba con ansia que la venciera el sueño para soñar historias maravillosas que al día siguiente volcaba en un papel, y siempre que no lograba encontrar una palabra traviesa o no podía encajar una expresión, llamaba al duende Bastián que la ayudaba. Pues Bastián es un duende muy culto e inteligente, es un duende filósofo como le decía su abuelo.

***Carmen Moliné Martínez***

***España.***

**[scher17@yahoo.es](mailto:scher17@yahoo.es)**

## CUENTO FANTÁSTICO

La noche pintaba a tormenta soplaban el viento del sur, olía a tierra mojada, yo corría presurosa no me quería mojar de pronto cruzó un relámpago que todo lo iluminó, me refugié en una puerta, esta de pronto se abrió, pensé tres veces las cosas, no sabía si entrar, era propiedad ajena y algo podría pasar, pero... no se que sentí, era una fuerza extraña que me invitaba a entrar al calor de esa casa. Estaba prendido el hogar, olía a leña quemada, la tenue luz alumbraba muy apenas el lugar, caminé muy despacito, sin saber a donde estaba, vi un cuadro sobre el muro de una mujer muy hermosa, vestida con terciopelos encajes y bellas plumas se adivinaba otra época en su rostro sonriente.

De pronto se cerró la puerta, yo me quedé ahí parada, me sudaba todo el cuerpo y me ardía la cara, comenzó a sonar Vivaldi, sí, era la primavera, se encendieron candelabros, estaba puesta la mesa, ricas viandas se veían acompañadas de vino dos lugares ya dispuestos frente a mí se encontraban, de pronto escuché una voz, fuerte como una montaña, suave como el terciopelo, cálida como una braza Buenas noches señorita, bienvenida a mi casa... al voltear hacia la voz, me quedé ahí sin habla, era el más bello rostro que en vida hubiera visto, con cabello largo negro que le cubría la espalda, la barba era tan cerrada que le azuleaba la cara, los ojos más bellos y negros que alguien haya imaginado, era alto muy delgado, con un cuerpo delineado con músculos tan bien formados que a través de esa camisa, camisa de seda blanca se formaban uno a uno enfrente de mi mirada.

¡Qué belleza tan extraña! ¡qué hombre maravilloso! ¿qué guarda esa mirada? Nada más pude hacer que seguir lo que ordenaba, me senté frente a esa mesa sin poder dejar de verlo, era como si me sintiera hechizada.

Cenamos casi en silencio no me preguntaba nada, yo no podía pensar, estaba ya enamorada de aquel hombre tan hermoso de la bravía mirada.

***Después me llevo a su lecho, todo de seda y plata, no me pude resistir y me entregue emocionada ante aquel bello ejemplar de la naturaleza humana.***

Sentí como sus colmillos se clavaban en mi garganta, este era el placer mas bello que jamás experimentara, me mordió una y mil veces recostada en su almohada, yo estaba maravillada no quería que parara, nunca mujer alguna se sintió tan amada.

Más de pronto desperté acostada en mi cama todo había sido un sueño me levante angustiada y de pronto observé dos pequeños puntos en mi garganta.

***Elsa Serrano***

***México***

***[tezcattipoca65@hotmail.com](mailto:tezcattipoca65@hotmail.com)***

## **COYOLLI**

“He llegado, me presento, soy cantor.  
Se abre tu corazón, tu corazón se perfecciona”.

Se trata de alguien que no es enano ni duende. Con poderes de alquimista e insobornable para fomentar o hacer la guerra; acarrear miserias. La estatura de Coyolli es singular, nada común; experimenta y supera, no obstante, las ventajas que tienen aquellos.

Ya se reduce aquí o volatiza allá; cabe en un horno pueblerino, en la hendidura de tu puerta, o en la boca de una cueva que promete grandes y gratas sorpresas.

Descendiente de hombres fuertes, sabios y bellos. Él tiene su propio rostro y un corazón de sobra definido; le distingue la generosidad, los nobles actos.

Nuestro amigo fue educado entre otras ciencias, dentro de las cosmogónicas, agrícolas o ciencias de la naturaleza, astrológicas y matemáticas. Sobre todo, hay que decirlo, se le forjó para el gran arte de vivir (saber hacerlo) en comunidad, armoniosamente. Cosa que, ni siquiera hoy en día, buena parte de la humanidad ha aprendido. Menos aún, puesto en práctica entre los suyos e iguales.

Sus tatarata tatarabuelos fueron los creadores de la llamada Piedra del Sol, mejor conocida como el Calendario Azteca; ese monolito nahua sensacional. Deja pasmados a propios y extraños, además de su trascendental significado, tiene un peso de veinticuatro toneladas. ¡Nada menos y nada más!

Sí, acertaste: Coyolli viene de ellos, los que una vez descubiertos, rescataron la flor y el canto. Por eso no te extrañe en absoluto que su anatomía sea, para fortuna nuestra, tan rotundamente musical: lleva por pecho una mexicanísima guitarra; los brazos y las manos son melodiosos violines. La cara es una mezcla risueña de conchas y sonajas precolombinas. Sus ojos, penetrados por luces que escapan a la lógica e imaginación modernas, chirimías que a cada parpadeo te recuerdan que la vida, vista así por ellos, no es más que una danza y una canción. ¡Para qué más en el juego del existir!

Sus dedos, flautas de nostálgicas gargantas que hacen salir las voces que llenan la soledad de muchos y la del viento. Los pies y las piernas son esos timbales estruendosos del silencio; el vientre, amplio y hondo, los tambores de la lluvia cuando llueve juegos nuevos, amores y amigos sinceros. La hermosa, simbólica espalda, un arpa cuya melodía aún se multiplica en las pupilas contemporáneas de la esperanza y un mejor, justo tiempo por venir.

La nariz es muy principal, forma la clave de sol, sin la cual el pentagrama no tendría por qué estar donde está. ¡Y por fin la boca! Dulce, dulcísimo, siempre dulce enjambre de cascabeles: “Llego, vengo riendo, yo el de rostro alegre”.

Emparentado con los tlamatinime (sabios) de su época y de todos los tiempos. Con tan excelentes, benignas influencias y educación ejemplar. Gracias también a

su inquebrantable afán de superarse más y más cada día, Coyolli mismo llegó a ser todo un Tlamatinime, es decir, el sabio:

“Una luz, una tea, una gruesa tea que no ahùma”. De la metáfora pasó, lúcida y generosamente, a otras realidades como la realidad tuya y la realidad mía; nuestras pequeñas grandes realidades diarias. Porque, esto es verdad, la sabiduría de seres como Coyolli-Tlamatinime nos da una visión clara y sintetizada del mundo y de las relaciones humanas.

Coyolli hablaba como el pueblo y la gente culta (macehuallatolli y tecpillatoli, respectivamente). Estas fueron sus formas de expresarse. Quería estar comunicado con los demás, deseaba únicamente que todos le entendieran. Lo consiguió. Supo hacerlo él, cuando niño también protegido por Yohualticitl.

Su música hizo y hará, el milagro de la comunicación. Ella, toda rostro; ella, toda corazón.

No en vano había aprendido, entre lo mejor de los mejores, las doctrinas religiosas y filosóficas nahuas expresadas en el modo de ser “Flor y canto”, inscritas en códices, cuìcatl; así como ceremoniadas en los cantos divinos: teuìcatl.

Tanta sabiduría hizo que trocara las armas y la sangre que éstas hacen derramar, las cambiara por música. Que es como darse uno mismo a los demás, voluntaria y hermanablemente:

“Algunos cantos modulo, yo el de la cara risueña:  
cual tordo precioso, mis cantares.

Vengo a dar matices en donde está la reunión:  
cual tordo precioso, modulo mis cantares”.

La mente y el corazón excepcionales de Coyolli le convencieron de que no hay realización más plena ni dicha más completa como la que propicia, proporciona el desprenderse de todo lo que somos y tenemos: para que otros sean y tengan. Tengan y sean en ellos, o sea, con nosotros.

Éstos eran los pensamientos y sentires de Coyolli. Éstos, no otros.  
Conócelos.

***Emma Rueda Ramírez***

***México***

***[ruhram\\_rueda@hotmail.com](mailto:ruhram_rueda@hotmail.com)***

## Encantado al conocerte

Esta es la historia de un país encantador en el cual todos los adultos creen fielmente en los encantamientos. No son la construcción del discurso, la fragmentación de responsabilidades, ni la noción de la realidad, los factores que establecen las diferencias entre grandes y chicos. Por alguna razón, hay un fenómeno maduro, innato, invariable, con respecto a la inteligencia que ambos grupos comparten.

Sin embargo, por otro lado, el estado natural de los residentes de ese país no permite que los niños crean en cuentos de hadas, ni magia, ni elementos sorprendidos. Por tanto, cuando alcanzan cierta edad, los adultos llevan a sus hijos adonde moran los adultos encantadores que encantan a los niños. Ciertas veces, se precisa la presencia de los magos, y ellos llegan a hacer su trabajo. Ésa es la manera en que muere la historia natural de crueldad que viven los niños, y nace el cuento de hadas, la vida color de rosa que seguirán como adultos.

Las personas mayores vigilan sigilosamente a los niños para librarlos del pecado original que comprende la incredulidad hacia la fantasía. Exploran cada actividad infantil y forjan la esperanza de un hechizo específico que provoque la fijación del pequeño en una tarea, una habilidad, un factor hereditario... una suerte que lo distinguirá del resto durante el resto de su vida. Cada persona del reino posee un rasgo único, diferenciador, que la destaca... exceptuando a los dos hijos de la pareja real.

La reina y el rey, padres al fin, están sumamente preocupados por el futuro de sus hijos, quienes rechazan todo tipo de arte adivinatoria, astrología, búsqueda reencarnatoria, juego con los espíritus, visitas al oráculo, redacción o lectura de conjuros. ¡Los príncipes ya tienen once años! ¡Once años, y no creen en brujería! ¡Once años, y no respetan celebraciones tradicionales!

Una preocupación real conlleva que el paje sea quien emprenda una travesía tortuosa hacia el condado de los encantadores. Tres meses después, regresó con el payaso más afamado de los reinos circunvecinos. La familia anfitriona organizó una recepción para él, en la cual ubicaron a los dos hermanos estratégicamente frente al invitado. Inclusive, las puertas del castillo se mantuvieron abiertas de par en par para que el pueblo presenciara tan magno evento.

Con fallidos esfuerzos, el payaso logró dibujar sólo una línea discreta entre la nariz y la barbilla de los niños. No era cómico; no encantaba. Eso era preocupante para alguien con una carrera tan sólidamente establecida.

De repente, con frialdad, muy serio, el payaso se irguió.

— ¿No creen ustedes en la magia?

— ¡No! — Respuesta a voces.

— Pues ahora la verán. La magia es real. Es un encuentro particular entre lo que conocemos, lo que creemos conocer y lo absolutamente desconocido. Es



esa fuerza incontenible que provoca las pesadillas más horribles, los sueños más hermosos y las aspiraciones que nos impulsan, sin explicaciones, a vagar el mundo buscando nuestro propósito. La magia no es que el Sol salga y se esconda; no es que un ave se mueva y vuele venciendo la gravedad. La magia no es que la lana del cordero sea áspera a los ojos y suave a las manos. No es la cúspide perfumada de una flor cuya ruta a obtenerla es espinosa. No es la magia el llamado de esa voz familiar, o el sonido del timbre de otros en el llanto y la alegría. No es la fruta que comen, hijos. La magia es amanecer vivo para ver el Sol, el ave y sus cambios. Es estar ahí para tocar, sentir la piel del cordero. Es oler la flor, oír voces, gustarlo todo. La magia está desde esa llamada primera que se llama vida y nos despierta los sentidos. ¿Entienden? — No. — Se adelantó uno. — La magia es un invento para hallar explicaciones a todo lo que no podemos entender. Es una magia en sí misma: un recurso fantástico por medio del cual la gente se esfuerza, se inmoviliza, acepta su supuesto destino y cumple con los requerimientos de un grupo inmóvil que se llama pueblo para que todo un sistema permanezca.

— Sí. — Asintió el otro hermano. — La magia consiste en hacer que los niños creamos en gatos y perros que hablan para enajenarnos de la realidad hasta que llegue el instante de pasar de una realidad estúpida hacia una estupidez real. Cuando la reina y el rey escucharon el razonamiento de sus hijos, se percataron que habían dejado pasar demasiado tiempo para someterlos a un payaso encantador. El rey miró al pueblo con inmenso pavor. Parecía que la gente comenzaba a pensar.

Pavorosos, los reyes hicieron una señal al payaso, y éste prosiguió:

— ¡Ja, ja, ja, amiguitos! Mírenme con fijeza si no creen en la magia, que ahora tengo el permiso para poner en su alma el más fuerte de los vaticinios. No es el poder del pensamiento, que ya tienen. No es la gracia o la desgracia de la palabra, que ostentan. No es la certeza del poder de convencimiento, que peligrosamente les entregó el universo. Ahora, serán esclavos de la magia eternamente. De la gloria de unos, de la perdición de otros, y que, para ustedes, será gloria perdida o pérdida gloriosa. Mírenme, niños.

Y los niños miraron.

— ¡Fijamente!

Y los niños miraron fijamente.

— Me voy a inventar el amor. Desde hoy en adelante, cada uno de ustedes será tan irresistible, que la primera persona que los mire quedará catastróficamente enamorada de ustedes, hasta la profanidad, hasta el olvido mismo de sus luchas y el ansia de trascendencia. Entonces, sumidos en la ignorancia, vivirán la fatalidad mayor que pueda impregnarle el destino a cualquier persona.

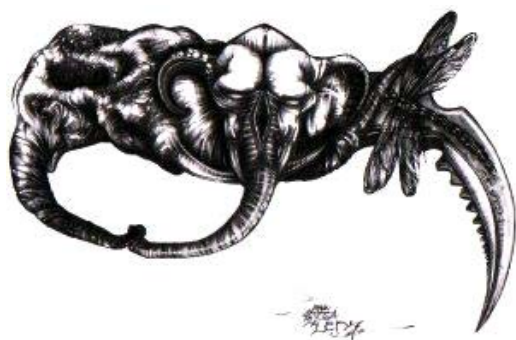
Y los niños no creyeron.

Y los niños se miraron.

Y el reino permaneció tan feliz como siempre lo había sido.

*Enio Cuadrado*  
*Puerto Rico.*  
[eniocuadrado@yahoo.com](mailto:eniocuadrado@yahoo.com)

## Hay muchas maneras



Hay muchas maneras de describir la vida, y sobre todos muchos temas para ponerla en ridículo.

¿Realmente el borracho encuentra a Dios en el punto clave de la ebullición ética?

¿Aquella prostituta realmente folla por necesidad o lo hace por gusto?

¿La naturaleza animal es realmente asesinar

al prójimo por derecho del hambre y miseria evolutiva?

Si esto realmente es así en qué demonios se equivocó, para qué nos dio la vida si nuestra naturaleza es morir.

Esto es el simple juego rústico donde la esencia de las cosas se agota lentamente y nos envuelve en su vientre como una Boa que acoge a su presa muerta y engulle felizmente.

La flor nace, crece y se marchita, es roída por el fantasma del tiempo, de qué le sirve ser bella por un instante y ser apreciada por miles de hombres burdos que no entienden el simple proceso de la fealdad.

Aquel retrato que envejece se encuentra en el closet justo ahí donde nunca evoluciona nada y la furia de los dioses no llega.

Todo estas cosas son divagaciones internas o externas que no comprendo ni yo mismo.

Aunque meramente no sé nada, prefiero quedarme así sin conocer el sentido estricto de la vida y quedarme varado en este mar de estupidez y sensibilidad que tanto daño me hace.

Trataré de vivir sin sueños y ambiciones pues así la caída será menos dolorosa y el golpe no será tan mortal como otras veces lo ha sido.

La daga de la vida se adentra cada día dejando salir mi sangre y tiñendo el suelo de ella, el dolor me empaña la vista y sólo veo muerte, pestes y pesadillas; Dónde quedaron las cosas hermosas de la vida, si alguien sabe dónde están, que me de la dirección ya que yo la desconozco totalmente para poder al menos morir siendo una persona normal con alguna sonrisa falsa como todas las demás que se agota más rápido que la ira de Dios.

*José Luis Céspedes.*

*México*

[guasiku@yahoo.com.mx](mailto:guasiku@yahoo.com.mx)

## La manada

Pudo ser una tragedia. Los vecinos aún agradecen a Santa Silicia, patrona del pueblo, cuando surge en secretas reuniones el recuerdo de aquel acontecimiento. El maestro Hernández, testigo privilegiado del hecho, dejó constancia de aquel asunto con esmerada letra de imprenta y editó un folletín, con paciencia artesanal, en el viejo stencil de la escuela.

La historia se desató hace muchos años en medio de la nada.

Don Chilo proyectó un boulevard, incitado por las fotos de las revistas europeas que llevaban al bar unos chacareros daneses. Era hombre de grandes y silenciosos emprendimientos públicos. Había imaginado la presencia de una ancha calle de doble mano, separados ambos carriles por una fila interminable de eucaliptos. No existían posibilidades en el casco céntrico del caserío por obvias razones de trazado municipal, a pesar de las escasas veinte familias que vivían en esos parajes, así que, movido por su afán de progreso, imaginó la avenida en las afueras de Medanales. Allí estaba, en medio de una desolación llena de ondulaciones reseca y un viento duro como piedra, construyendo por propia idea y cuenta la Avenida de los Ocalitos, cuyo nombre escribió en una pequeña tabla de madera, con pinceladas de pintura verde.

Cargaba tosca en el carro para luego echarla sobre la traza que había terminado días atrás. Con la caja ya colmada quiso agregar varias paladas, motivado por la ansiedad de ver concluida su tarea. Lo calculó rascándose la cabeza, midiendo el cansancio de Bocha, su noble caballo de tiro, y las horas que le quedaban a la jornada. Se animó hundiendo la pala en el fondo de la cantera.

Ese fue el comienzo.

La tierra empezó a temblar como si desde sus entrañas una inmensa bestia se desperezara de larga siesta. Bocha huyó espantado zafando de las ataduras y el carro cayó hacia atrás volcando la carga y rompiendo con mil crujidos el cansado eje.

Las paredes altas de la tosquera se desmoronaron, desprendiendo enormes bloques de piedra caliza, huesos fósiles y remolinos de tiempo olvidado.

Una nube de pájaros negros oscureció la siesta y el piso de la cava se levantó empujado por una fuerza que lo estiró hasta partirlo.

Chilo manoteó el cuchillo de pelar naranjas que llevaba a la cintura y se afirmó sobre las alpargatas, escupiendo el escarbadiente que lo acompañaba a diario en sus faenas.

Una constelación de pupilas dilatadas ocupó la oscuridad de las grietas.

- *Bichaje del infierno!*- gritó retrocediendo. El espeso silencio que obtuvo como respuesta fue roto con su segundo alarido: - *Salgan pa' juera nomás si son machos!*-.

Un vendaval de polvo lo pasó por encima, tronando como una estampida.

Pasado el sofocón pudo ver desde el piso una inmensa nube marrón que se alejaba trepando al cielo. Sin caballo y en medio de la nada se tomó su tiempo, sacudiendo el polvo de la boina con golpes secos contra su rodilla en alto y, de cuclillas, concentró la vista para escudriñar en el boquete rodeado de un halo de polvillo gris en terca suspensión.

Pudo escuchar rumor de agua y el silbido del viento rozando los huecos de un túnel.

Chilo ya lo sabía, conoció decenas de cavernas bajo las barrancas del río buscando cierto tesoro de extraviados vikingos, de quienes hablaban unos dinamarqueses cada vez que se emborrachaban en el almacén.

Conocía el sonido de los anillos del aire girando en las perforaciones de los túneles... cierta melodía repetida en diferentes tonalidades mientras el hilo de viento pasaba.

Prendió un cigarro para charlar con la espera, hasta no poder más con la curiosidad y dejarse caer a la gruta.

Cada tanto la luz del día se filtraba desde el techo a través de los hoyos de las vizcacheras y las cuevas de los cuises.

Pacientemente le contó al maestro acerca de una gruta del tamaño del salón de baile del club, más o menos, y enormes pilas de esqueletos brillando con desvergonzada fosforecencia.

El espacio se angostaba como un embudo inmenso, conduciendo a una abertura perfectamente circular desde cuyo extremo llegaba el más extraño murmullo que haya escuchado. Ese túnel parecía estar hecho por un científico suizo, dicen que le dijo al maestro.

*- Vea Don Hernández, esa caverna era científica. A mí que no me vengán con macanas, ese agujero lo hizo un doctor suizo o algo así. Con decirle que era más redondo entuavía que un reló... usted no me creería.*

La caverna lo dejó atónito. En la oscuridad, atravesada por tajos luminosos que dibujaban lunas llenas en el piso, advirtió osamenta de animales fabulosos.

*-Con estos caracuses de dragones se podrían hacer las columnas de la iglesia a nuevo. Usted se puede imaginar un caballo de veinte metros de alto? No? Bueno, imagineseló, porque yo lo ví ahí abajo, doña!*- le dijo a una vecina que no salía de su asombro días después del suceso.

Al fondo se abría otro pasadizo. Anduvo atento hasta que la sombra de una mole lo detuvo.

Retrocedió con el corazón en la boca, apretándose de espaldas contra una pared. Sin otra alternativa, como fiera encerrada, echó mano de su cuchillo naranjero, afirmándose sobre los talones. Respiró profundo para sorprender con el latigazo de su brazo fuerte.

La sombra, pesadamente, atravesó con indiferencia el centro de la gruta. Un extraño animal de tres metros de alto, redondo, macizo, marrón oscuro, cruzaba ignorante del hombre que abría los ojos hasta las lágrimas.

*-Un peludo como pa' cien personas!-* repitió entusiasmado en su relato.

*- Iba lo más pancho el bichazo sin decir ni mú! Y de enderepente se metió en el hueco de la cava pa' rajarse.*

De un salto se montó sobre el caparazón. El animal no se inmutó, trepando a la superficie lo cargó hasta el río. Podía verse la polvareda alrededor de esas sombras, como si rasparan con sus portentosas uñas el piso seco. Bajó de un salto, enganchándose la bombacha bataraza en unas púas que sobresalían de la caparazón, regada de unos pocos pelos negros y gruesos como pasto.

Herido por la curiosidad, con el cuchillo bien firme en su diestra, se acercó de a poco a los animales. Bebían en la ribera, moviendo sus colas pesadas de un lado al otro azotando la tierra con golpes estruendosos.

*-Me van a espantar los pejes!-* gritó enfurecido.- *Ahí mesmo dejé el trasmayo, caracho!*

Fue hasta ellos como rayo, pateándolos enceguecido, gritando hasta enronquecer la voz mientras era rodeado por cincuenta enormes animales que, amontonándose, parecían camiones oscuros apiñados en un embotellamiento de película.

*- Se me escabullen ya pa' otro lao, peludazos! Vamo, vamo!* -insistió repetidamente.

En el medio del caos de moles apretadas gritó tan fuerte (dijeron que se escuchó en el pueblo)

que las bestias corrieron desenfrenadas río abajo, tomando el camino del caserío.

Fue una estampida fenomenal. Detrás Chilo haciendo girar la boina en alto, enrojeciéndose la garganta al grito de: *arre, arre!* Reía a carcajadas. *Arre, arre!* Los grandes dientes bajo el bigote brillaban al sol mientras a los saltos, sorteaba plantas espinosas.

La manada entró por la calle principal como una horda invasora. El terror sacudió a los vecinos que volaron a protegerse en sus casas, sobre los techos o trepados a los grandes eucaliptos que temblaron como si un huracán hubiera querido arrancarlos de cuajo.

El maestro, que a baldazos regaba la calle para que el polvillo no echara a perder los pocos libros de la biblioteca, no atinó sino a adherirse de espaldas al único álamo de la vereda. Milagrosamente no fue aplastado por las moles que le rozaron el guardapolvo largo hasta los pies. Cuando pasó el último animal, quizá un acto reflejo, echó su baldazo de agua sobre las zanjas abiertas por las pezuñas de las bestias y se quedó mirando los remolinos de tierra suspendidos

en el aire, con la boca abierta. Nunca tragó tanta tierra como en ese minuto y medio, reconoció después.

Los animales se movieron en medio de un estruendo que quedó suspendido en los alrededores por varias semanas. Llegaron hasta la calle costanera y tras una confusión de tierra volátil y horas desquiciadas se perdieron entre los médanos que rodean la desembocadura del río, varios kilómetros al sur del caserío.

Cuando Chilo llegó a su casa encontró a Bocha resoplando, con las cinchas colgándole como hilachas desde el lomo y las pupilas dilatadas, desorbitadas todavía por el susto.

Su mujer, bajando de un pino del que pendían pequeñas jaulas con jilgueros, le gritó con desesperación.

*-Cómo te pudiste meter en medio de esos bichos! Mirá que sos inconsciente!*

El Hombre dibujó una mueca de suficiencia mientras rozaba con las manos callosas su cabeza.

*- Mansitos nomás... medio exagerao los peludos, pero debe ser de tanto andar por las grutas... hay raíces pa'hincharse a lo pavote!... Preparáte unos mates.*

No tardaron en llegar los vecinos. El policía, poniéndose la chaqueta, y el empolvado maestro del pueblo, todavía invadido de un temblor que le hacía sonar los dientes, lo interrogaron exaltados, derramando cierta ansiedad transpirada. A lo lejos, la nube marrón se asentaba sobre una zona de vastos medanales inexplorados; ya no había peligro. Los vecinos lentamente asomaron sus cabezas a los umbrales de las casas tapadas todavía de blanco polvillo.

Chilo contó lo sucedido, mate en mano, ante el asombro de la gente.

*- Acá me ven - dijo sonriendo- provisando confrencia 'e prensa!*

El policía mandó buscar el sulky para hacer una inspección ocular. Juró por sus cuarenta años de servicio encontrar al cuatrero que juntó ese bicherío sin pagar impuestos en su jurisdicción. No quiso entender razones cuando el maestro le hablaba de un fenómeno que revolucionaría la ciencia.

*-Se trata de animales extinguidos hace más de diez mil años - decía. Esto atraerá a los científicos, Medanales será el centro de atención del planeta entero! Debemos prepararnos para recibir a esas multitudes que precisarán alojamiento, comida,*

*comunicaciones, lugares de trabajo, mano de obra. Tal vez se construya el museo que tanto soñamos, una universidad, un centro científico.... Entienden? Progreso para el pueblo!*

*-Má qué progreso ni ocho cuartos! Más sacrificio por la misma plata! -vociferó el policía.*

Uno de los vecinos, acercándose con un peine en una mano y un frasco de gomina en la otra, se sumó a la opinión del uniformado:

*-Mire,- le dijo al maestro- si por un casual va a venir gente por este asunto y empieza a meterse en el río pa mirar qué hay y esas cosas, después va a resultar que ni pescado vamos a tener! No lo voy a permitir. A mí, si me preguntan, no ví nada! Y me voy a encargar de decirle a toda la gente que ni abra la boca al respecto. Lo único que faltaba... por unos bichos deformes pagar el pato nosotros!*

Mientras Chilo destapaba una botella de vino, los hombres discutían a los gritos. Sólo cuando cortó en dados pequeños un queso casero y en rodajas gruesas un salami oloroso, se apaciguaron los ánimos. Pero no terminó el debate hasta que se reunió la comisión vecinal y decidió ignorar el acontecimiento.

Quiso el destino que no se perdiera aquel suceso en el olvido, como tantas veces ocurrió con momentos importantes de nuestra historia. El maestro editó varios relatos en un folletín artesanal para guardar memoria del acontecimiento. Escribió en la tapa: *"Algún día, cuando mis alumnos sean hombres y cambien las cosas, se recordará que una manada de gliptodontes, en estado salvaje, milagrosamente, apareció desde el fondo de una cava para ver la luz de un tiempo que los ignoró torpemente, volviéndolos a perder en los laberintos infinitos de la ignorancia, en las arenas extraviadas de un pueblo desacostumbrado a los dulzores del saber y de la ciencia. Ojalá al menos pervivan estos sueños."*

Cada tanto leo el cuadernillo.

Me contaron que el maestro se mudó a un pueblito del sur, y luego de muchos años, en la época de la sangrienta dictadura militar, tuvo que exiliarse perseguido por sus convicciones democráticas. Quizá ahora viva donde seguramente no suceden estas cosas. Nadie cree lo que esa humilde publicación ha salvado del olvido, por supuesto. Relatos fantasiosos de un antiguo maestro de pueblo!

Chilo, después de un tiempo de solitaria tarea, terminó un tramo de su calle que no llegó a ser boulevard y tampoco se unió a ruta alguna ni sirvió para nada.

En las afueras del caserío, como un misterio que podría desvelar a futuros arqueólogos, la traza comienza en medio de un pastizal duro y reseco donde un cartel desahuciado reza: Avenida de los Ocalitos, con despintadas letras verdes.

Juró no revelar jamás el sitio donde se encontraba la tosquera. Y así fue.

Tal vez no resulte imposible para algún buscador sensible ubicar ese umbral del tiempo olvidado.

Sólo que... quizá ya no tenga sentido.

A esta altura de los tiempos no se estila desandar las huellas de los relatos que merodean sigilosamente cocinas y fogones.

***Gabriel Impaglione***

***Argentina***

***[impaglione@yahoo.es](mailto:impaglione@yahoo.es)***



## ***Unicornio***

La trágica procesión de parcas, predestinadas durante siglos, entrenadas sin saberlo, adoctrinadas en silencio, se enfrentaban por fin al que intuían como su destino.

Con su andar húmedo y patético *\_mezcla de hastío y agitación\_* llenaban de horror, malos sueños y enfermedades infecciosas a todos los seres vivientes, dormidos y despiertos, en la fría madrugada del puerto.

Cuchicheaban agitadas entre ellas en su idioma de susurros, gritos ahogados y llantos contenidos. No se habían visto tantas juntas desde la vez del Unicornio. La misión definitiva hasta surgir esta.

Las parcas que no tenían memoria, solo instintos y recuerdos, recordaban el mayor pecado del universo, ese de matar al último de su especie. Recordaban el aroma argentino de su sangre plateada que antes de dejar de bullir hizo desaparecer a decenas de hermanas por el solo contacto con ellas.

El no tenía nombre porque lo había olvidado. Era una alucinación fantástica de sí mismo. Una alucinación de copiosa felicidad que en las calles de pobreza del antiguo puerto alegraba a todos con sus ritos, su guitarra, y sus canciones.

Cuando llegaron El entonaba una tristísima melodía de sonidos sin sentido, pequeños ruidos y notas desgarradas. Una canción más que atípica dentro de su usual repertorio de aires italianos.

Contrariamente a todas las presunciones no se resistió. Con sus ropas viejas, su barba y sus cabellos largos recordó al final de un Cristo sin cruz. La más inexperta de las parcas hubiera bastado para llevarlo. Un ejercito inútil es también un ejercito vencido.

Finalmente, después de un rato de deambular perdidas, se alejaron con la misma lentitud y patetismo conque habían arribado por la vieja ruta brumosa y sin luces del puerto. Al principio no emitieron sonido, ni siquiera se oía arrastrar sus pies. Más tarde empezaron a cuchichear otra vez.

Hablaban sobre el Unicornio.

***Gabriel Alejandro Cámara***

***Argentina***

***[gabie@fullzero.com.ar](mailto:gabie@fullzero.com.ar)***

## *AL FINAL DEL DIA*

Con frecuencia suelo ensimismarme al recordar unos días de mi vida en los que viví una serie de experiencias que jamás he sabido y nunca sabré si fueron o no reales. Me gusta, quiero pensar, que esos recuerdos son más bien producto de una realidad vivida pero no confesable a todos aquellos que tienen una imaginación que no contempla la fantasía, y no de un sueño producido por la necesidad de salir, al menos por unos días, de una realidad inmersa en la rutina y los hábitos. Aquella noche, me encontraba sentado cómodamente en el sofá del salón viendo en el televisor un documental sobre una tribu africana cuya estructura familiar y social no había cambiado desde la prehistoria. El reportaje me estaba resultando muy interesante, pero el cansancio de un día denso de trabajo me empujó hasta los brazos de Morfeo. Desperté con esa sensación de confusión que produce el haber dormido durante un rato en una posición infrecuente y por un momento padecí una perturbación espacial y temporal que produjeron en mi mente una extraña sensación de irrealidad. Me levanté del sofá en una especie de estado sonambúlico y cuando me acerqué al televisor con el propósito de apagarlo, observé con cierta sorpresa que junto a la gran librería que había en la misma pared en la que tenía el televisor y el equipo de música, se abría una especie de puerta que nunca había estado allí. Me acerqué con curiosidad y descubrí un pasillo, aparentemente excavado en roca que pocos metros más allá de donde me encontraba, y seguía estando en el salón de mi casa, se perdía en la oscuridad. Cogí una linterna que guardaba en uno de los cajones de la cocina y regresé al salón con el propósito de adentrarme en el túnel que improvisadamente había descubierto más allá de la sorprendente puerta. Sin pensarlo, de manera impulsiva, encendí la linterna y entré en la oscuridad solo rota por el haz de luz de mi linterna. Caminé unos metros y al escuchar un ruido a mis espaldas me giré, descubriendo que la abertura por la que había entrado en el túnel, se había cerrado. Con la inconsciencia que da la impulsividad, levanté los hombros en el típico gesto no darle importancia a la cosa, y seguí adelante. El túnel seguía camino descendente, aunque no muy pronunciado, y cuanto más me adentraba en él, las paredes parecían estrecharse más y más, hasta el punto que temí llegaran a cerrarse completamente y no hubiera la salida que en mi fuero interno suponía. Después de un recodo en el que suponía el final de mi aventura, las paredes se ensancharon de golpe y a los pocos metros de seguir caminando, encontré la salida que ya casi había dado por inexistente. Aparté con los brazos unos arbustos y salí al exterior que aparecía iluminado por la luna llena. Traté de recordar si la luna se encontraba en esa fase cuando poco antes de cenar había salido al patio para regar las plantas y fruncí el ceño con sorpresa al recordar que me había llamado la atención el que estuviese a punto de entrar en la fase nueva. Abrí y cerré los ojos varias veces como intentando descubrir si estaba en medio de un sueño, pero nada cambió. El disco plateado me miraba desde el cielo como sintiéndose cómplice de mi confusión. Me puse en camino y apagué la linterna ya que la luz de la luna era más que suficiente para poder andar por la senda en la que me encontraba, que más adelante, a una decena de

metros, se internaba en un bosque. El paraje en el que me encontraba, resultaba completamente desconocido para mí y desde luego muy lejano a la ciudad en la que siempre he vivido. Lo primero que me llamó la atención fue la ausencia de ruidos, acostumbrado como estaba a escucharlos en todo momento tanto en el interior de mi casa como en la calle o incluso en las ocasiones en que con un grupo de amigos solía hacer alguna excursión a la montaña. Luego observé que la única luminosidad que posiblemente había en muchos kilómetros a mi alrededor, provenía de la luna. Continué mi caminata por el bosque sintiendo un ligero cosquilleo en la nuca. No entendía nada de lo que estaba pasando pero me gustaba la sensación de aventura que crecía dentro de mí a medida que me iba adentrando entre los árboles. Habría caminado tres o cuatro kilómetros a través del bosque, cuando el cansancio que algo más de hora y media antes me había dejado dormido en el sofá, volvió a embargar mi cuerpo. Busqué una zona en la que me pudiera tender sobre la hierba al amparo de un árbol que calificué como roble y me tendí en el suelo en posición fetal. Creo que solo tardé unos segundos en dormirme.

Al despertar, los rayos de sol que penetraban a través de las ramas de los árboles, me daban de pleno en el rostro. Me levanté de mi improvisada cama de hierba tratando de recordar qué hacía en pleno bosque en lugar de encontrarme cómodamente en mi cama y no tardé en recordar mi aventura nocturna. Me quité de la ropa algunas briznas de hierba que se me habían pegado durante la noche y me dije que al mal tiempo buena cara y que no iba a pensar sobre lo que me estaba pasando, sencillamente viviría cada instante hasta que me despertara del extraño sueño que estaba viviendo como totalmente real. Tenía apetito y decidí salir del bosque en busca de algún ser humano lo suficientemente caritativo como para invitarme a desayunar ya que cuando metí mis manos en los bolsillos observé que no llevaba dinero. Tomé la senda por la que había caminado durante la noche y a unos quinientos metros de mi improvisada cama descubrí que los últimos árboles del bosque dejaban a la vista un pequeño valle, en el que para sorpresa y agrado mío, vi una cabaña de madera a través de cuya chimenea salía un humo que sugería comida. Me dirigí hacia la cabaña notando como los jugos gástricos anticipaban un posible festín. Cuando me encontraba a poco menos de cinco metros de la cabaña, se abrió la puerta y salió de la casa una jovencita, casi una niña, que se detuvo al momento mirándome como quien ve un fantasma. Me detuve a un par de metros de ella y le pregunté se podía detenerme a descansar y tal vez tomar algo de comida en su casa. Antes de acabar de hablar, la jovencita, con expresión de espanto reflejada en su rostro, se dio media vuelta, entró en la cabaña y cerró la puerta tras de sí. Pensé en acercarme y llamar a la puerta, pero intuí que lo mejor que podía hacer era quedarme donde estaba y esperar a que el padre o la madre de la chica salieran y entonces solicitar su hospitalidad. Me senté en el suelo apoyando los codos sobre las rodillas y me dispuse a esperar tratando de interpretar la reacción que la jovencita había tenido al verme. Era una cría que posiblemente no habría cumplido todavía los catorce años, vestida casi con harapos, pues la especie de túnica marrón que cubría una sucia blusa blanca, estaba deshilachada en los bordes y tenía más de un remiendo. Iba

descalza y el largo pelo castaño estaba enredado y sucio. Pensé que la cabaña, que se veía pequeña y destartalada, pertenecería a una familia muy pobre. A los pocos minutos de haberme sentado en el suelo, se abrió de nuevo la puerta de la cabaña y de ella salió, con actitud cautelosa, un hombre de apenas veinticinco años que llevaba en sus manos un tridente de madera. Vestía tan pobremente como la chica y lo basto de sus ropas iluminó una luz de alarma en mi mente. Le hablé pausadamente y en un tono de voz que trataba de demostrar amistad y afecto. El hombre, que pareció no entender nada de lo que le decía, dio la impresión de bajar la guardia de la cautela con la que había salido de la cabaña. Por fin bajó su improvisada arma de madera y a modo de bastón, se apoyó en ella. Me miró con curiosidad y al cabo de unos segundos, sonrió. Correspondí a su sonrisa con otra y con un gesto de mis manos y el hombre se rió, en una risa que aumentaba de volumen e intensidad hasta convertirse en una gran carcajada. Entonces se abrió de nuevo la puerta de la cabaña y de ella salió la jovencita seguida de una mujer joven y de tres niños, el más pequeño de los cuales apenas tendría cuatro años. Se colocaron junto al hombre y todos corearon las risas del mismo. Por un momento me sentí como una atracción de circo, sentimiento que dio paso a uno más racional por el que llegué a la conclusión de que el lugar en el que me encontraba no correspondía cronológicamente con el lugar del que había salido unas horas antes. Miré hacia el cielo, y tuve la misma sensación de extrañeza que durante la noche al descubrir la luna llena. La luz del sol me resultaba extraña aunque no podía decir si se debía a la luminosidad inusual, o a la posición del astro rey que me parecía diferente a la que podía ver día a día desde mi ciudad. La familia, porque a todas luces el grupo que tenía a pocos pasos de mí, era una familia, me hizo señas para que entrase en la vivienda, cosa que hice no sin cierto recelo. La cabaña estaba casi a oscuras y la mezcla de olores que allí había, casi me tiró hacia atrás. La mujer abrió los postigos de unas ventanas que carecían de cristales y los rayos del sol me hicieron ver la causa de la fetidez que había entrado en mis fosas nasales produciéndome una sensación desagradable. Un par de cabras y un cerdo, dormían cerca de una rudimentaria chimenea y gran parte del suelo de la estancia se encontraba o bien mojado o bien con manchas secas de orines. El hombre me hizo sentar en un destartalado y rústico banco de madera y a los pocos segundos tenía en mis manos un cuenco lleno hasta los bordes de un líquido amarillento que posiblemente querría ser algún tipo de sopa. Acerqué mis labios al borde del cuenco bajo la atenta mirada de mis anfitriones y mojé mis labios en el humeante líquido descubriendo con sorpresa que tenía un sabor y un olor exquisitos. Bebí lentamente el sabroso caldo y cuando lo terminé, la mujer tomó de mis manos el cuenco y lo volvió a llenar adjuntando en esta ocasión un gran pedazo de pan que puso sobre mi regazo. Me observaban mientras comía y de cuando en cuando cruzaban entre ellos algunas frases en una lengua completamente ininteligible para mí, aderezadas con risas mal disimuladas. Cuando hube acabado de comer, el hombre me hizo un gesto con el que quería decirme que le siguiera, así que me levanté del destartalado banco y me dirigí hacia la puerta que ya había abierto el campesino. Caminamos en dirección contraria a la que me había llevado a la cabaña.

El hombre me miraba de cuando en cuando sin mediar palabra y sin desprenderse de una sonrisa que aunque indefinible, a mí me parecía llena de sorna. Salimos del valle, subimos y bajamos colinas, atravesamos un pequeño bosquecillo, y al cabo de un par de horas de camino, nos detuvimos en la ladera de una colina en la que solo crecían matojos. Mi acompañante se sentó sobre una pequeña piedra y sacó de su zurrón un pan redondo y un trozo de queso que partió en dos con la fuerza de sus manos. Hizo lo mismo con el pan y me ofreció la mitad de ambos alimentos. Comimos ambos con apetito y después de un corto descanso, reemprendimos la marcha. Cuando el sol estaba próximo a su declive, avisté a unos pocos cientos de metros lo que en la distancia parecía una gran construcción de piedra que identifiqué como una fortaleza, castillo o tal vez monasterio. Mi compañero de viaje se detuvo un instante y con el brazo derecho apuntó hacia la edificación diciéndome unas palabras que no comprendí. A medida que nos acercábamos a nuestro aparente punto de destino, fui descubriendo que la construcción era un monasterio, con una gran edificación principal y tres construcciones más pequeñas que posiblemente estarían destinadas a guardar grano, animales o aperos de labranza ya que las tierras que rodeaban el monasterio se veían sembradas. En unos minutos estábamos delante de una gran puerta de madera de roble que alguien abrió desde dentro con gran chirrido de sus goznes. Un par de monjes jóvenes, altos y fuertes, aparecieron al otro lado de la ya abierta puerta ofreciéndonos la entrada con un gesto de sus cabezas cubiertas por capuchas marrones de la misma tela basta y vieja que la de sus hábitos. Cruzamos un gran recibidor desnudo de muebles y decoración y entramos a un gran claustro desde el que pudimos escuchar las lejanas y apagadas voces de un coro lo que me llevó a pensar que el resto de los monjes se encontraba realizando sus rezos en la iglesia del monasterio. Seguimos a uno de los monjes jóvenes que nos había abierto la puerta a través del claustro hasta llegar a unas amplias escaleras, a pie de las cuales nos hizo un gesto para que nos detuviéramos. Allí esperamos unos minutos. Las voces se callaron y poco después el monje nos invitó a subir las escaleras. Llegamos a un amplio salón en cuyas paredes colgaban algunos tapices sucios de polvo de décadas y en el que unos cuantos bancos de madera adosados a las paredes, componían todo el mobiliario. El monje señaló los bancos y le dijo unas palabras a mi compañero de viaje, que al momento pareció acatar la orden y se sentó en uno de ellos. Luego se volvió hacia mí y tomándome suavemente del brazo me acompañó hacia una puerta que había en uno de los extremos del salón. Llamó con los nudillos y sin esperar respuesta abrió la puerta, me hizo pasar y la cerró de nuevo a mis espaldas. La estancia no era muy grande para la magnitud del monasterio y estaba ricamente amueblada y decorada con tapices en las paredes y gruesas alfombras en el suelo. Delante de una gran chimenea, encendida a pesar de la temperatura ambiente, un anciano de barba blanca y ojos vivaces, me miraba con el semblante distendido y una elegante pose de bienvenida. Con un gesto de su mano derecha me ofreció asiento en una gran silla de madera aparentemente muy incómoda, y cuando estuve sentado, se acercó a mí mirándome de tal forma que parecía intentar entrar en mi cerebro.

- ¿De dónde ha venido?.- me preguntó en mi propia lengua con un tono de voz muy agradable.

No sé si me sorprendió más el que hablase perfectamente mi lengua o el que no se extrañase de mi aspecto y me forma de vestir tan ajena al lugar o al tiempo en el que misteriosamente me encontraba. Sintiéndome extrañamente desnudado en mi mente por la mirada de ese hombre de fuerte y amable personalidad, decidí contarle la verdad de lo que me había ocurrido. Cuando acabé mi relato pareció haberlo entendido, ya que no me pidió más explicaciones y me respondió con una frase que no comprendí pero a la que no solicité más comentario.

- Resulta extraño, es la primera vez que nos visita alguien de su mundo. Considérese nuestro invitado. Un criado le acompañará a sus aposentos y le proveerá de todo lo necesario para su acomodo. Esta noche, durante la cena, tendremos la oportunidad de departir sobre todos los temas que deseemos. Le deseo un rápido acomodo y una feliz estancia entre nosotros.

Consideré sus palabras como una despedida, así que me levanté de mi asiento y me dirigí hacia la puerta que se abrió para darme paso antes de que llegara a la misma. Un criado vestido con una túnica de terciopelo verde me guió a través de un laberinto de pasillos hasta lo que iba a ser mi habitación posiblemente durante un tiempo indefinido. Me sorprendí cuando abrió la puerta y me hizo entrar a un amplio aposento ricamente decorado con tapices en los que se representaban batallas terrestres y navales y en el que una enorme cama con dosel ocupaba gran parte del mismo. Una pequeña puerta comunicaba con otra sala casi más grande que la primera en la que había un pequeño escritorio y una gran bañera de madera. Me acerqué al escritorio descubriendo con sorpresa el primer anacronismo de mi aventura, un montón de folios en blanco y una pluma estilográfica de celuloide. Abrí la pluma y escribí sobre el primero de los folios unas palabras que luego fueron la primera frase con la que comencé a escribir mi experiencia: “ Con frecuencia suelo ensimismarme al recordar unos días de mi vida en los que viví una serie de experiencias que jamás he sabido y nunca sabré si fueron o no reales.” Cubrí la pluma con el capuchón y la dejé sobre los folios con una extraña sensación de confusión atemporal. Me sobresaltó la entrada en la sala de varios criados que portaban humeantes cubos de madera cuyo contenido, agua muy caliente, volcaron sobre la gran bañera que ocupaba una parte importante de la sala. Tal como entraron, salieron, y a los pocos minutos, otro grupo de criados, o tal vez los mismos, repitieron el proceso. Y así, cuatro veces más, hasta que la bañera estuvo llena hasta sus tres cuartas partes. Me desnudé y entré en la cuba notando en mi piel el agua tal vez un poco demasiado caliente, pero no me importó y a los pocos minutos estaba plenamente acomodado dentro del agua reposando la cabeza en un pequeño pero cómodo saliente que imaginaba estaba construido expresamente para ello. Cerré los ojos y me dejé llevar por las sensaciones. Al rato, el ruido de una puerta me sobresaltó y abrí los ojos. Dos criados se acercaron a la bañera y echaron en el agua unas sustancias de varios colores que inmediatamente se disolvieron en el cálido líquido formando espuma y levantando un agradable olor a lilas. Cuando los criados

salieron volví a cerrar los ojos y relajé de nuevo mi cuerpo. Pensé en disfrutar al máximo todo lo que me deparara la extraña aventura que estaba viviendo.

Creo que me quedé dormido porque no oí la puerta. Me desperté, aunque no abrí los ojos esta vez, cuando sentí sobre mi piel unas manos que suavemente me frotaban con algo que imaginé una esponja. Sonreí para mis adentros al pensar en las comodidades que me esperaban en ese lugar, fuera cual fuera. Las manos pasaron la esponja por todo mi cuerpo impregnándolo de un agradable olor a almizcle. Me relajé hasta el punto de notar como todos mis músculos se diluían en el agua y las manos mágicas, que seguían recorriendo mi piel, parecían formar parte de mi propio ser. Luego las manos abandonaron la esponja y me dieron un largo y suave masaje que terminó en los hombros. Una suave palmada en la cabeza me indicó que el baño se había acabado y me levanté, todavía con los ojos cerrados, para recibir una toalla y secarme. Pero eso no ocurrió, unas manos, tal vez las mismas que me habían lavado y dado el masaje, me envolvieron en una suave tela de textura similar a la de una toalla y secaron mi cuerpo lentamente, do dejando ni una sola gota de agua en mi piel. Cuando estuve completamente seco abrí los ojos y la sorpresa no dejó cabida a la vergüenza. Ante mí, sosteniendo entre sus manos una gran tela blanca, se encontraba una preciosa mujer que me miraba directamente a los ojos con una sonrisa en sus labios y en su mirada. Apenas tendría veintipocos años, sus cabellos castaños caían como una gran cascada sobre sus hombros y su espalda resaltando un rostro perfecto, risueño, cálido e inteligente y un cuerpo delgado pero marcado en sus por la plenitud de la vida y la sensualidad. Sin mostrar tampoco ninguna vergüenza por tenerme desnudo ante ella, me ofreció su mano para ayudarme a salir de la bañera. Acepté la mano que me tendía y sin separar mi mirada de la suya, salí de la cuba de agua. Me colocó en los pies una especie de calzado de ir por casa bastante parecido a unas zapatillas y luego tomó de nuevo mi mano y me llevó hasta mi alcoba. Nos detuvimos al pie de la cama, sobre la cual, cuidadosamente colocada, una túnica de terciopelo negro destacaba sobre las demás prendas de vestir. La mujer me fue vistiendo poco a poco, luego me perfumó y me peinó y por fin me acompañó hasta un enorme espejo de plata en el que como entre brumas pude observar la imponente figura en la que me había convertido con la rica túnica. Sin decir palabra, la joven se retiró y en la estancia entraron dos jóvenes criados, los cuales hicieron ademán de que los acompañara.

Los seguí a través de un laberinto de pasillos de altos techos y regias armaduras junto a las paredes que parecían observarnos, y después de una caminata que al menos duró diez minutos, llegamos a una gran sala que a todas luces era el comedor del monasterio, o mejor dicho del palacio que encerraba el sagrado recinto. Esta, era una habitación inmensa presidida por una mesa para unos doce comensales. En la mesa, que estaba cubierta por un mantel blanco, destacaban unas copas de oro labrado, varias bandejas del mismo metal en la que reposaban jugosas viandas, y cuchillos de hierro muy afilados que descansaban sobre el lomo de dos cabritos asados. En uno de los lados de la mesa, el que enfrentaba el resto de la sala, había una docena de sillas, todas ocupadas excepto una, que presumía me estaba destinada.

Y así fue. Los criados me acompañaron hasta la silla vacía y me la retiraron para que pudiera sentarme. El anciano monje de barba blanca se encontraba a mi derecha, y a mi izquierda, una nueva sorpresa para mí, la muchacha que con tanta sensibilidad me había bañado, masajeadado y secado. Lucía un bonito vestido de terciopelo verde que daba intensidad al brillo de sus ojos. Me recibió con una pudorosa sonrisa de bienvenida. Una vez sentado me dediqué a observar el resto de la sala que estaba ocupada por seis mesas más, en cada una de las cuales se acomodaban no menos de treinta comensales y por lo que pude observar, todos de castas inferiores a los que se encontraban conmigo en la mesa presidencial a los que observé de reojo mientras mi anfitrión pronunciaba solemnemente unas palabras en latín que supuse eran una oración. Al terminar el anciano monje sus palabras, todos los comensales se abalanzaron sobre las bandejas de comida y el bullicio casi se hizo ensordecedor. Me dispuse a comer y beber dada la imposibilidad de hablar y a mirar de cuando en cuando a la joven que tenía a mi izquierda, cuyos modales en la mesa superaban en mucho al resto de la concurrencia. Me gustó el cabrito, el pan, la fruta y sobre todo el vino, un caldo delicioso de olor intenso y un inimaginable sabor que acariciaba la lengua, el paladar y la garganta para luego dejar en la mente una agradable sensación de bienestar sin atacar la razón ni el equilibrio.

Casi tres horas después de haber comenzado la cena, dos criados tañeron sendas trompetas y los invitados de las mesas populares, todos al unísono, se levantaron de sus asientos en silencio y realizaron una larga reverencia hacia la mesa presidencial. El anciano monje se levantó de su silla y bendijo, realizando la señal de la cruz con su mano derecha, a toda la concurrencia, que salió de la sala satisfecha y bien alimentada en cuando el monje se volvió a sentar. La habitación quedó casi en silencio, lo que agradecí sobremanera ya que estaba a punto de notar en mis sienes un dolor insistente que temía llegase a cronificarse ya que imagina que esa gente no conocería los analgésicos. Varios de los comensales que estaban en nuestra mesa no tardaron en levantarse y despedirse de nuestro anfitrión. Eran tres parejas de nobles caballeros y nobles damas barrocammente vestidos y excesivamente alimentados que con cierto aire petulante abandonaron la sala con destino a sus castillos o palacios en los que pasarían una horrible noche de dolor de estómago a causa de la cantidad de alimentos que habían ingerido durante el banquete. En la mesa presidencial quedábamos el venerable monje, la atractiva joven que estaba a mi lado, dos monjes más jóvenes que vestían hábitos más modestos que el otro, un caballero de adusta mirada, y yo. A una señal imperceptible del que debía ser el abad o acaso el prior, los monjes jóvenes y la atractiva damisela se levantaron y después de realizar un leve movimiento con sus cabezas en señal de respeto, abandonaron el comedor, quedando en él solamente, el caballero de mirada adusta, el venerable barbado y un servidor que comenzaba a ponerse nervioso presintiendo que llegaba el momento de las explicaciones. Tomé mi copa y bebí lentamente el vino que quedaba en ella.

- No nos hemos presentado.- Dijo dirigiéndose a mí el anciano monje.- Me llamo Arnaldo de Santacruz y soy el prior de este monasterio. Este caballero- señaló al hombre de mirada adusta- es el conde don Rodrigo de Burgomariz.



Sin esperar mi presentación, se levantó de su silla diciéndonos que estaríamos más cómodos sentados junto a la chimenea. Mientras nos dirigíamos a ella, me pregunté si realmente nos encontrábamos en la edad media como a todas luces parecía, en un gran psiquiátrico o acaso disfrutaba de un sueño que parecía completamente real. La estilográfica de celuloide, los folios y la manera de hablar de mi anfitrión, descartaban por completo la primera de las posibilidades. La segunda, el psiquiátrico, también era descartable ya que dudaba que las autoridades sanitarias estuvieran tan desquiciadas como para crear un centro hospitalario que más bien parecía unos estudios de cine, y la tercera, el sueño, a fuerza de pellizcarme tantas veces con lo que me había producido una impresionante moradura en la parte más carnosa de la mano, también quedaba completamente descartada. Así pues, me senté con los dos hombres en unas confortables butacas delante de la chimenea y esperé con estoicidad la retahíla de preguntas con las que esperaba me bombardeasen. Pero no fue así. Una vez sentados, unos criados nos trajeron unas jarras de madera llenas a rebosar de una suave cerveza pasablemente fresquita que tanto el caballero como el monje se bebieron de un solo trago. Le imité y casi me atraganté, lo que provocó en ambos un largo estallido de hilaridad. Hablaron, y digo hablaron porque apenas intervine en la conversación, limitándome a escuchar y a asentir de vez en cuando con un gesto de cabeza, sobre los astros, las próximas cosechas, la brillantez de algunos novicios, filosofaron sobre la esencia de la vida en un tono descaradamente hedonista y cuando un criado se disponía a avivar el fuego, el prior se levantó bruscamente diciendo que era hora de retirarse. Ambos salieron de la estancia dándome las buenas noches y yo me quedé frente a la chimenea esperando que alguien me acompañara a mis aposentos pues con tantos paseos guiados por el monasterio, no tenía ni remota idea de dónde se encontraban.

Unos minutos después entró un criado en el comedor con una antorcha en la mano. Me levanté de mi asiento y me dispuse a seguirlo imaginando que era el encargado de acompañarme a mi alcoba. Y así fue. Me dejó en la puerta despidiéndose con una ligera inclinación de la mitad superior de su cuerpo y al instante desapareció con la luz por el primer recodo del pasillo. Empujé la puerta y entré en la estancia. La tenue luz de unas velas despejaba la oscuridad de la sala dejándola en penumbra. A los pies de la cama, doblado sobre un arcón, alguien había colocado un largo camisón de algodón blanco, posiblemente con la esperanza de que lo utilizase para dormir, cosa que no hice pensando en que me iba a sentir ridículo, así que me desnudé y me metí entre el exagerado embozo de la cama esperando dormir profundamente para que llegado el amanecer lograra descubrir lo que realmente me estaba ocurriendo. Cerré los ojos y busqué una posición cómoda para mejor conciliar el sueño. Al moverme, me sobresalté, pues no estaba solo en la cama. Acerqué mi mano al cuerpo que estaba junto al mío descubriendo que pertenecía a alguien que tenía una piel suavísima. Al instante me vino a la mente la mujer que me había bañado y masajado y deseé que fuese ella mi compañera de lecho.

Al notar mi mano sobre su piel la mujer se giró hacia mí, descubriendo complacido que sé era la jovencita que había estado a mi lado durante la cena. Me sonrió y

acercó sus labios a los míos al tiempo que su cuerpo se enroscaba a mi cuerpo y sus manos acariciaban mi espalda en un abrazo del que no parecía querer salir. Me gustó el sabor de sus labios, la suavidad y calidez de su piel, la ternura que demostró en cada caricia y la mirada con que me regalaba cada vez que su cuerpo y su mente se fundían en un orgasmo total. Ambos nos dormimos, el uno en los brazos del otro, cuando la claridad del amanecer se entreveía por las rendijas de las ventanas. Cuando desperté, ya bien comenzado el día, me encontraba solo en mi cama, aunque junto a mí, todavía podía sentir la calidez del cuerpo de ella.

Me levanté y rápidamente me vestí con las ropas que había llevado la noche anterior. Tenía apetito y no pensaba quedarme en mi habitación a la espera del criado que viniera a recogerme para acompañarme a desayunar, así que salí de mi alcoba y me dispuse a recorrer el dédalo de pasillos hasta llegar a la cocina del monasterio. En mi deambular por pasillos, salas y claustros, me crucé con varios monjes y algunos criados que me miraron con curiosidad pero que no me hicieron el menos caso y continuaron con sus quehaceres. El olfato me guió hasta una enorme cocina, en la cual un monje de mediana edad y bastante obeso trajinaba con cacerolas, jarras de madera y cuchillos. Al verme entrar me hizo sentar a la mesa que había en el centro de la habitación y al momento tuve ante mí un gran bol lleno a rebosar de leche tibia probablemente recién ordeñada. Terminé mi desayuno y deambulé por más pasillos y claustros hasta encontrar la salida del recinto. Frente a mí había un frondoso bosquecillo de árboles frutales en el que varios monjes realizaban tareas agrícolas. La claridad del día era espléndida y me despecé levantando la mirada hacia el cielo. Y entonces lo vi. Un sol extraño, casi de color blanco y forma ovoide que tenía una trayectoria de oeste a este. Durante unos minutos no fui capaz de reaccionar y cuando por fin comprendí que me encontraba en un planeta ajeno a la Vía Láctea, sentí que una mano se apoyaba en mi hombro. Me giré y me topé con el blanco semblante de Arnaldo que me miraba con actitud paternalista. Me sentí mareado y el prior que notó el empaldecimiento de mi rostro, me tomó del brazo y me llevó hasta un pequeño muro en el que nos sentamos ambos. Estuvimos hablando cerca de dos horas y aunque al comienzo de sus explicaciones, me sentí morir, poco a poco fui aceptando la situación y acepté mi destino esperando que este fuese igual o mejor al que había tenido en la anterior etapa de mi vida.

Nos levantamos del muro y Arnaldo llamó a un monje joven al que le dio instrucciones para que me llevara a mis aposentos. Una vez en mi alcoba, me tendí sobre la cama y reflexioné sobre mi situación. Me encontraba en un planeta lejano al sistema solar en el que sus gentes vivían en una época de su historia similar a nuestra edad media y al cual jamás había llegado nadie ajeno a él. Arnaldo, el hombre más ilustrado de su tiempo conocía nuestra civilización a través del estudio de una especie de jeroglíficos que según él se habían encontrado en una nave construida con un metal desconocido para ellos. Al descifrar los jeroglíficos había llegado a la conclusión de que alguna vez había habido vida en un planeta del sistema solar llamado Tierra cuya civilización se había extinguido tras una guerra de religiones. De la nave había rescatado algunos objetos, entre los que se encontraban los folios y

la estilográfica que descansaban en el escritorio de una de mis habitaciones. Me giré sobre la cama y pensé que no era tan malo el lugar en el que me encontraba y que la época en la que me estaba tocando vivir, estaba llena de posibilidades. No tardé en dormirme por el cansancio de tantos y tan intensos pensamientos y al despertar, apenas entraba luz por las ventanas. Oí el sonido de la puerta al abrirse y cerrarse y al momento, la joven que había pasado la noche, se encontraba de nuevo en mi cama. Hicimos el amor con ternura y cuando estaba a punto de dormirme, ella tomó mi mano y la puso sobre su vientre. Al mirarla a los ojos supe que ella intuía que se había quedado embarazada.

Desperté con dolor de cuello, medio tendido en el sofá del salón. Miré hacia la pared y ya no había puerta, solo las librerías, el televisor y el equipo de música. Me miré en el antiguo espejo, recuerdo de mi abuela materna y descubrí en mi rostro que no había estado soñando. Arnaldo, el monasterio, la joven dulce y atractiva y el sol blanco de forma ovoide habían sido reales.

Desde entonces me gusta quedarme adormilado en el sofá esperando, al despertar, recuperar todo aquello que para mí se había convertido en una ilusión... y tal vez conocer a ese hijo del que, estaba completamente convencido, algún día tendría noticias.

***Guillermo De José Cencillo***

***España***

***[carpediem@ctv.es](mailto:carpediem@ctv.es)***

## Volver a Volar

".. And one day,  
With no warn and no last goodbye,  
In the dawn of a morning sky,  
The eagle will raise again."  
"The eagle will raise again" - Pirámide  
The Alan Parsons Project

Las historias crecen. Independientes del magnetismo del orador, la habilidad del cuentista o la afabilidad del borracho, ellas crecen. Esto es del conocimiento popular, y un axioma que el escritor aprende a respetar, reverente, ante su propia obra. Todas las historias crecen, a veces un poco, a veces mucho. Creo que la mayoría crece al doble de lo que eran cuando nacieron; pero si bien los protagonistas de las mismas nunca están presentes para dar valioso testimonio de tamaño, creo que las hay, que han llegado a crecer ocho y diez veces antes de llegar a nuestros oídos.

Baste esta confesión entonces, como excusa y razón del tamaño de mi historia, que no peca de exagerada sino más bien de pequeña, o al menos así la juzga el escueto tribunal de renglones apiñados en estas páginas. Sirva su pequeñez al hecho de que la misma no ha ocurrido aún, sin que por ello pueda presumirse que nunca acontecerá, ya que si extraños son los caminos del Señor, más aún lo son los de los hombres. No quisiera yo entonces, al menos por propia mano, parir esta historia tan grande que cuando llegue a madurar, aplaste al mundo entero.

Así que pues, salvedad de por medio, permítanme contarles lo que no sucedió hace un puñado de días.

Desde muy pequeño, una tal cantidad de años atrás que no tengo el ánimo de contar, vengo observando paisajes y fotos de la catedral de Santiago de Compostela; emplazada esta, como seguramente se trasluce, en la ciudad del mismo nombre, allá por el norte de la madre patria. Y no podía ser esto de otra manera siendo yo hijo de gallegos, que en aquellas tierras el separatismo es tanto que ni de españoles se trata.

Pues bien, estaba yo revisando cajones los otros días, buscando la pluma perdida de algún cuento atascado, o el mellado sacapuntas de mi imaginación, ya no recuerdo, cuando tropecé con una trasapelada imagen de la vieja catedral.

La contemplé unos minutos, con mirada ociosa, perdido en recuerdos de viajes antiguos y emociones olvidadas. Mi mente se hundió en las brumosas y oscuras aguas del pasado, solo para ser sorprendido, en el remolino de los recuerdos, por

una corriente distinta, anormal. Sin duda había algo en la imagen que inquietaba mi vista. Me concentré en la escuetamente delineada figura, sin llegar a encontrar aquello que la hacía distinta de la tantas veces observada; y sin embargo, algo estaba mal, algo perturbaba las impecables líneas, las exaltadas curvas, la magnificencia de un edificio desde todo punto de vista excepcional.

Y lo encontré, o la encontré, debería decir. Como la botella mensajera que aparece súbita en la playa, como esa nueva pincelada en la harta estudiada pintura, así su imagen llegó a mí. A los manotazos, abrí el cajón grande de mi escritorio, donde almaceno, entre innumerables porquerías sin sentido, una vieja lupa, herencia de un abuelo casi perdido en los brumosos recuerdos de mi infancia. Bajo su efecto, las curvas tomaron forma.

Allí estaba. Justo enfrente de mí. Desafiando mi inteligencia con su tosca simpleza. Una vieja gárgola de curvada espalda y fiero rostro, posada, con sus alas recogidas, sobre la abertura de uno de los campanarios de la catedral. ¿El secreto? El secreto es que esa catedral nunca tuvo gárgolas, nunca hubo en sus paredes más que grotescos de santos y ángeles de triste mirada. Nunca se vistió con esas infernales esculturas que se lanzan desde los góticos muros de otras catedrales, tanto en Francia, como en Inglaterra, o Alemania.

Primero sospeché. Deduje. Presentí. Algo importante se ocultaba tras ese detalle de las formas, algo me llamaba a su misterio. Algo se escondía de mi mente, agazapado bajos los toscos trazos de la vieja imagen. Luego me reí de mí mismo. Razoné. Descreí. Lapidé. En un impulso arrojé la imagen al cajón, que aún permanecía abierto, y por el bien de mi tiempo, mi bolsillo y mi salud, seguí con mis asuntos mundanos y pretendí olvidarla.

Pero volvió. Esa noche, hacia las tres de la madrugada, la vieja gárgola era un pensamiento fijo, un imán, un zahir, una obsesión. Cuando sonaron las cuatro, sudoroso y revuelto en mis sábanas, no podía pensar más que en ella. Sus zarpas rozaban mi espalda en cada momento. Su cara de piedra se asomaba desde todos los rincones en la oscuridad. Inclusive, con los ojos fuertemente cerrados podía sentir su mirada sobre mí. Su graznido me llamaba desde las profundidades del cajón como un corazón delator. Colérico, al fin me levanté ignorando las quejas de mi mujer y me lancé, a matar o morir, tras el misterio de la gárgola.

Desparramé mi colección de fotos sobre la mesa del living, y con la misma y sagrada lupa con que esa tarde había contemplado la abandonada imagen, revisé cada una de las que tenía. Desde las pinturas, antiguas e indefinidas, hasta los posters ahora vetustos que alguna vez adornaron mi pieza de adolescente. Todas allí, todas expuestas. El living era una orgía de catedrales y peregrinos congelados por el tiempo. Miles de caras, siempre enfocadas a la puerta, y la

gárgola en todas ellas, siempre distinta, siempre presente, siempre cambiante. Simple. Descreída. Destrozando las leyes de la razón y arrebatándole al hombre el sueño de la inmovilidad de la piedra.

Desde esa noche, no he vuelto a ser el mismo.

En cada momento, en cada pensamiento, viviendo dentro de mí hay una gárgola apresada. Una gárgola que espera impaciente por emprender el vuelo. Somos dos los que nos ahogamos en un dolor de piedra. Quizás le falte el aliento de Dios, quizás mi credulidad de hombre, o quizás vea al mundo, desde aquellas alturas, y sufra pánico de adentrarse en él. Yo lo tendría.

Sin embargo, esas son todas excusas, puedo sentirlo. Dios, ese dios de las sinrazones, el dios caprichoso que juega a los dados con el universo, ha hecho nuevamente de las suyas. Ahora sé, con esa certeza que da el corazón y no las razones de la ciencia, que la gárgola me espera.

Sólo yo puedo salvarla. Sólo yo puedo salvarme.

Un día de estos viajaré a Santiago de Compostela. Compraré mi boleto, empacaré unas mudas de ropa y partiré sin despedirme. Viajaré como un pasajero más, anónimo y absurdo. Ni la joven del mostrador de los pasajes, ni el hombre que revisará mi papeles antes de entrar al avión notarán nada especial. No seré para ellos, sino un rostro más entre el río de rostros que fluyen diariamente hacia ese extraño mar llamado destino.

Llegado ya a la ciudad, me perderé entre los fieles. No necesitaré pedir sospechosas indicaciones a ningún vagabundo, podré seguir mi propio camino. Me cruzaré con el rebaño de turistas que todos los días desborda las calles en busca de la catedral: la atracción para algunos, la salvación para otros; pero para todos ellos, como lo fue para mí en un tiempo, la foto en la puerta y los aromas del Botafumeiro.

Caminaré despacio, quedará relegado. Los últimos lentos se darán el lujo de dirigirme arrogantes miradas mientras fingen ser de la elite de los primeros. ¡Desquiciados corazones en desdicha!

Creo recordar que a la mitad de la nave mayor de la catedral hay una puerta sencilla, que adivino, lleva a la torre. Detrás de ella se alzan peldaños silenciosos, atrevidos. ¡Cómo me encanta la osadía de las escaleras, desafiando a la física por elevarse hacia el cielo! Subiré. Me detendré a la mitad de los vertiginosos escalones, escucharé paciente. Interminables minutos aguardaré en un silencio crispado, conteniendo la respiración, por si el ruido delatara alguna patrulla de religiosos, que, agazapados en el eco de los muros, se escabullesen dispuestos a interceptarme.

Avanzaré por un lento pasillo descuidado, polvoriento y descascado de pintura. Doblaré a la izquierda, seguiré un tramo, y al final de una enclenque escalera de mano, modificando el monótono cuadrado interior del campanario, veré su espalda. Habré llegado.

Me acercaré despacio, para no asustarla. ¡Qué terror despertará en ella saberse descubierta después de tantos lustros! ¡Que alegría inundará sus venas de piedra, al saberse liberada! Me quedaré a su lado. Juntos, veremos pasar a los juguistas, los vampiros y los más tardíos amantes de la noche. Aguardaremos impacientes el amanecer. Y cuando por fin el sol comience a diluir del cielo, la oscura tinta de la noche, con mi voz quebrada y mi corazón al fin entero, temblando con la emoción de un dios, llorando con la alegría de un hombre, susurraré a su oído las palabras que tanto tiempo aguardan por ser dichas.

¡Volvamos a volar!

***Gustavo D. Ripoll***

***Argentino***

***[gdripoll@yahoo.com](mailto:gdripoll@yahoo.com)***

## CRIATURA AL AGUA

Había una vez un mundo al revés como todos los mundos que alguna vez, ves.

Lo único especial de este mundo respecto a otros, era una hermosa criatura capaz de convertir el agua en vida. Nadie sabía cómo lo hacía, pero lo hacía, y también lo deshacía. Y eso era lo grave, pues las gentes y los poderosos, querían obligar a la criatura a convertir en agua al montón de presos y delincuentes que habitaban entre esas gentes. "¡Que se conviertan en agua! ¡Que calmen la sed de los niños! ¡Que alimenten nuestros ríos!", así, así nomás decían y decían.

Pero la criatura no quería.

Y la criatura habló en la lengua de los humanos.

- Ustedes que aquí ven estas manos, quieren ordenarme manipular la vida hasta volverla agua. ¡Qué error! Obviamente son humanos. ¿Creen que acabando con todos los delincuentes presos y no presos, van a terminar con el mal en sus cantones?. Ay, ay, ay, puedo convertir en agua a todos los delincuentes, puedo; pero no puedo llevar del mal al bien vuestros corazones. Me gusta convertir el agua en vida, hacer lo contrario no es la vía. No me obliguen, no me obliguen. Si no me hago caso, estoy delinquiendo contra mí mismo. No me obliguen, no me obliguen. No quiero atentar contra mí mismo.

Pero la gente no hizo caso a la súplica, y le rogaron y rogaron, hasta incluso le amenazaron.

Entonces la criatura, convirtió en agua a todos los delincuentes, pero también, se transformó en agua a sí misma. Las gentes vieron crecer los ríos y los mares, pero no sintieron que de sus corazones se alejaran los males.

Pasó y pasa el tiempo, quedaron las leyes, normas de conducta ciudadana para convivir en armonía. Palabras escritas. Palabras que protegen el medio ambiente, la flora, la fauna, el aire, el agua, la vida.

Pero todos sabían, que cumplir leyes sin la criatura, era más difícil, más difícil todavía.

*Huáscar Vega*

*Bolivia*

[hvega@ceibo.entelnet.bo](mailto:hvega@ceibo.entelnet.bo)



## ***AMISTADES***

Mi hija pequeña tiene una amiga difícil.

Siempre está presente. Si vamos a comer, cuando tiene que bañarse, inclusive a la hora de dormir. Aturde.

Dispone los muebles, los juguetes, decide la ropa que la niña debe ponerse y hasta impone sus opiniones sobre los problemas familiares más delicados. Confunde.

Hace tiempo un consejo logró que alguien así desapareciera de mi vida.

Con ella no vale. No importa que trate de ignorarla, que olvide sus recomendaciones constantes, que no repare en ella por más que insista, ni que me haga la desentendida cuando me toma de la mano. Asombra.

De noche, después que Aitana se duerme, utilizo los métodos más creativos para deshacerme de ella. Sorprende.

Al otro día, invariablemente, amanece enrollada con su sonrisa de papel sobre la mesita del cuarto.

***Irene Griñán***

***Cuba***

***[cardeltoro@cubarte.cult.cu](mailto:cardeltoro@cubarte.cult.cu)***

## *DALMON*

De pronto la luz se apagó y de entre las nacientes sombras que crecían a pasos agigantados tragándose todo lo que encontraba a su mano; surgió ese ser que jamás había visto ni en mis más extravagantes fantasías allá en mis años infantiles.

Cierto es que de niño viví el aislamiento que me regaló el puritanismo de mi padre, que había enviudado a causa de una complicación en el parto. Dos lágrimas vertieron sus ojos esa lejana mañana, uno de alegría por la vida que tenía entre sus brazos y la otra de amargura al saber que la muerte tenía tan bien abrazada a la persona con la que había compartido 5 años de feliz matrimonio. Tiempo después supe que la balanza de ambos sentimientos se había inclinado a la amargura.

Cuando ellos se casaron hace ya lejanos 23 años creyeron que la vida se les daba lozana y hermosa. Él ingeniero agrónomo y ferviente miembro de la iglesia luterana de la ciudad, ella hija de un acomodado bodeguero de la misma iglesia de mi padre, allí se conocieron y entre cánticos, salmos y plegarias nació, creció y asentó el amor que un día para siempre se juraron, Soñaron con la casa donde he vivido todos estos 18 años que tengo de vida, la imaginaron llena de luz, rodeada de niños que correteaban de aquí para allá y que subían y bajaban escaleras regalando risas, alegrías, colores, pero como siempre la realidad se impuso y sólo vivimos allí mi padre, yo y la empleada que contrató para que vea las cosas de la casa, que entre otras tareas estaba la de verme a mí. Rocío que así se llamaba esta mujer fue tan eficiente que me enseñó la mejor de las lecciones: “si no me valía por mí mismo la vida dejaba cualquier día”, era tal su indiferencia hacia mí que me obligó a asilarme en mi interior. Mi padre que se había refugiado en el trabajo para mitigar su dolor no miraba nada y su encallecido corazón estaba tan débil como para irradiarme una sonrisa, una caricia, un abrazo, un beso.

En los primeros años de vida mi lugar preferido era el ático de la casa, allí entre miniaturas de soldados de plomo y casas de cartón recreaba ciudades fantásticas, aquí el bodeguero, allá el hospital, acullá la escuela y al final del camino los sembríos donde padre agonizaba día a día. Había también una muñeca de trapo que alguna mano omisa había descuidado guardar en las maletas donde se guardaron las viejas cosas de mamá. Hablaba con Josefina, así había bautizado a la muñeca, a diario y me aconsejaba ser bueno, hacer caso en todo lo que Rocío me pidiera, pero sobre todo amar a papá por todos los años que mamá no podía ya amarlo yo le prometía siempre así hacerlo y me parecía que Josefina sonreía con esa boca grandota pintada con unos plumones negros, los ojos eran dos botones grandes y verdes que se iluminaban cada vez que me hablaba, aunque a veces yo no hacía caso a Rocío y ella se quejaba con papá y él ponía sus rostro más compungido y me reñía con amargura, amargura que compartía Josefina porque sus ojos dejaban de brillar y su boca grandota se

hacía pequeña y no me hablaba por varios días. Y así pasaron los años y al irse mi niñez se llevo a Rocío que conoció a un marinero y se fue con él a navegar por mares lejanos. Sólo quedamos papá y yo ya el cerco que él había construido entre nosotros era más alto y más tupido, por eso me sorprendió esa tarde cuando al regresar a casa había una nota en la mesa donde me pedía que fuera a su habitación en cuanto la leyera. Fui a verlo y lo encontré en echado sobre la cama, sus ojos le brillaban como a Josefina cuando estaba por hablarme y lentamente los sonidos fueron saliendo por su boca y yo abría cada vez más los ojos por la admiración que me daba el oír a mis anchas el tono de su voz, la flexión que le daba a sus palabras, tanto esperé este momento que al llegar a vivirlo estaba tan desesperado que el instante se me escapaba, era más real mis charlas con Josefina que estar allí al lado del lecho de mi padre tratando de escuchar lo que sus labios me decían, sentía la cabeza explotar, el suelo se movía como se movería el barco donde Rocío ahora vivía con su marinero, estaba mareado y entonces corrí, vi que padre levantaba sus brazos hacia mí, como para que lo abrace, para que lo levante de la cama no pude ni quería hacerlo, apreté más el paso y salí despedido como se despide a la desgracia, así de rápido me fui de la casa.

Llegué a un lugar donde no conocía a nadie, en realidad pudo ser a 5 minutos de mi antigua casa, ¿quien me conocía a 3 minutos de distancia de ella? Ingresé a esa casa desabitada para pasar la noche, serían las tres de la tarde y ... De pronto la luz se apagó y de entre las nacientes sombras que crecían a pasos agigantados tragándose todo lo que encontraba a su mano; surgió ese ser que jamás había visto ni en mis más extravagantes fantasías allá en mis años infantiles. Parecía Josefina, pero era más grande, medía como dos metros y sus ojos flameaban de llamas encendidas, maldijo con fuerte voz mi falta de apoyo a padre, lamentó mi corazón de piedra y me dio un nuevo trabajo, mientras me lo daba mi cuerpo iba mutando, sentí mis labios agrandarse y adelgazarse, los dedos de las manos se alargaban y las uñas dejaban sus lugares para nacieran unas garras largas y afiladas, el color rosado de mi piel se iba poniendo del marrón de la tierra, se me cayó el cabello, los párpados se pegaron a la frente y ya jamás se iban a cerrar mis ojos para dormir, la lengua se alargó como se alarga la lengua en los ofidios y los dientes incisivos cambiaron en poderosos colmillos, dos alas brotaron de la espalda, caí al suelo porque los cambios producían un gran dolor que amenazaba romperme el cerebro y al levantarme sé que soy “Dalmon”. Señor de la oscuridad y el sueño y esta noche he sacado una cita contigo.

**IVAN BAZAN**

**PERU**

[ivaneitor@hotmail.com](mailto:ivaneitor@hotmail.com)

## El eclipse de luna.

Nadie nombra el nombre del pueblo pues eso atrae la mala suerte, dicen que el mismo diablo ha hecho de el su lugar de descanso y quien moleste la siesta del diablo, será castigado con horrores nunca antes soñados.

Como todo pueblo abandonado abundan las historias de sus ex habitantes, se comenta que cuando baja la luna a beber en el río que circunda el pueblo trae con ella dos unicornios azules, con cuernos de plata, y una bella ninfa que en sus labios una dulce melodía nunca se aparta.

Pero sucedió que una noche muy oscura Shincal, tal el nombre de la ninfa no volvió con la luna y se quedo para siempre en el pueblo, nunca lo abandonaba hasta que alguien la vio cerca del camino principal, toda vestida de blanco y cantando con su larga cabellera amarilla.

Ushnu es un mulato que no cree en leyendas ni en las consecuencias de la desobediencia, una noche, se detuvo el camión que manejaba, al desinflarse una de sus ruedas, fumando mientras trabaja en la rueda, sintió a sus espaldas una dulce melodía que sabía a miel virgen y almendro recién cortado.

Se dio vuelta despacio y pudo verla, fresca como una flor de rocío, Ella lo miro y rió con sus blancos dientes, él la siguió, de pronto se dio cuenta que estaba en medio del bosque de la nada.

Donde nada crece, donde nada vive, donde el diablo pasea de noche. Era tal la belleza de la doncella y tal la incredulidad que la siguió hasta que se detuvo a orillas del río, donde se acerco a ella y la desnudó y la besó, hicieron el amor acostados sobre un pasto seco y sin vida.

Ella le contó que tenía miedo, que había vivido demasiado tiempo sola, Le pidió que nunca se fuera de su lado, que todos los hombres se asustaban al verla y nadie quería con ella hablar.

Y además esta el pueblo maldito, jamás se había acercado, solo en el bosque se sentía bien, a veces salía a orillas de la ruta, pero nadie detenía su marcha, de repente se sintió una risa que cubrió todo el bosque y el pueblo maldito, llegó hasta el pueblo donde un casamiento se realizaba, nadie quiso hablar de esa noche y la risa duró hasta la madrugada.

El negro no paraba de reír, miro el cuello de la mujer, un río de sangre se confundía buscando la tierra, volvió a su casa esa noche, seguro de que había matado la aparición y que nadie lo molestaría ya.

Pasaron los años y Ushnu buscó una mujer del pueblo y la llevó a vivir con él, en pocos años tres hermosas niñas corrían alborotando la casa,

de las tres una sola había salido a él, morocha de grandes ojos, sin miedo a los cuentos de las viejas, que decían que su padre estaba maldito junto con su familia.

Un día una de las niñas se perdió en el bosque donde nada crecía, la buscaron por todos lados pero nunca apareció, era la maldición, decían las viejas en voz baja, la madre no encontró consuelo para la niña.

Una noche se escuchó en todo el pueblo una pequeña vocecita llamando y gimiendo de dolor, nadie quiso asomarse, mas el valiente Ushnu salió a buscar a su hija, se internó en el bosque maldito con su escopeta y su daga de plata, mas nada vio, ni nada encontró.

Al regresar desconsolada la mujer, preguntó por su segunda hija que corriendo había salido tras sus pasos, volvió el valiente padre a la oscuridad y regresó cansado al amanecer sin rastro de las niñas.

Se volvió a escuchar otra vez el lamento como si estuviera pegado al aire, nadie podía respirar si no respira ese gemido, una mezcla de dolor con nostalgia, un sueño difuso en la oscuridad, que nunca llegaba a concluir, siempre se detenía como un eco del mas allá.

La mujer abandonó con su hija última la casa compartida, algunos dicen que rumbo al pueblo maldito, lo cierto es que jamás las volvieron a ver. Quedó solo el negro maldecido por sus vecinos, por su arrogancia, o por su delito.

Desesperado, solo, asustado, amargado, sin saber que hacer pensó en matarse, pero se dijo que no, que buscaría la ayuda del mismo diablo si fuera necesario.

Primero fue al pueblo maldito y allí durmió una semana pero no encontró al diablo solo ruinas de una civilización olvidada, fue al bosque maldito y otra semana durmiendo en sus pastos muertos pero tampoco allí había nada, ni nadie.

Entonces fue al pueblo y visitó a las viejas curanderas, pero éstas, llenas de miedo, nada pudieron hacer, el pueblo sentía por las noches el mismo grito de siempre, una mezcla de dolor y melancolía.

Alguien propuso la idea de matarlo y terminar así con la maldición que pronto consumiría al pueblo, pero nadie se animaba por temor a ser castigado por algo que no comprendían.

Se fue del pueblo y empezó a visitar pueblo por pueblo, pero era rápidamente echado cuando decía que venía buscando al diablo.

Muy cansado una noche se echó a dormir a orillas de un viejo camino que conducía en antiguos tiempos al templo indio de los antiguos incas, pueblo del que él descendía según las palabras de su abuelo.

De sus sueños apareció el kelpie, un caballo de colores mezclados entre la lila y la plata, con leves toques de oro en sus patas y ojos, se sabe que cuando este animal aparece puede traer en su regazo a la dama de negro sedienta y que no se lleva nada bien con los humanos, pero el valiente

Ushnu nadie tiene ya para perder, por eso no se asustó como los demás, solo atinó a preguntar si él podría llevarlo a ver al diablo.

No es a el a quien tienes que ver, contesto el kelpie, conozco tu dolor, también su solución, sacudió su modorra de pronto el valiente negro y se enderezo para prestar atención.

Es muy sencillo le explico el Kelpie, tus mujeres están atrapadas por la luna en revancha por la muerte de su hija, a la que tú, valiente negro diste muerte sin compasión,

Lo que necesitas es tomar la sangre de uno de los unicornios y derramarla sobre el río que cruza los senderos que se conocen como el sendero de los sueños, pero eso no es todo, solo podrás tomar su sangre con uno de sus propios cuernos de plata, provocarás de esa manera un grito de dolor en la luna que romperá los barrotes donde están prisioneras tus mujeres, deberás aguardar tres días para la medianoche que la luna baja con sus hijos al arroyo de Sofía, deberás frotarte con escandio de duende para permanecer oculto y que no puedan olerte al acercarte, recuerda que una vez muerto el unicornio y su sangre derramada deberás arrancarle el corazón y traérmelo, ese será el precio convenido por ayudarte y por llevarte adonde están los duendes y luego al gran arroyo.

Cerrado el trato, volvió a dormirse el gran negro, hasta que tres días después fue despertado por la misma criatura.

Ya montado arriba de la bestia y camuflado por la piel del duende llegaron al lugar de la cita, se escondió detrás de un gran árbol, que no era igual a los demás, este estaba vivo y era de un color rojo muy fuerte, Pero el valiente solo tenia en su cabeza la muerte del unicornio, nada lo llevaría a otro sitio de su memoria.

Se escuchó un rumor a lo lejos, alguien se acercaba, se preparó el valiente y entonces vio aparecer una hermosa mujer completamente desnuda y cuya luz lo cegaba, era tal la hermosura que lo hizo pensar en alguien de hace mucho tiempo, pero apareció uno de los unicornios y el pensamiento se fue por el aire.

Vio acercarse al unicornio y se preparo para saltar, calculo la distancia hacia el cuerno y como lograría quebrarlo, encorvó su cuerpo y desprendió sus pies del árbol cuando sintió en sus entrañas algo muy frío, demasiado frío que penetraba sus entrañas, cayó al piso mientras su sangre se confundía con las raíces del árbol donde recién estaba acurrucado, miró a sus espaldas y la menor de sus hijas aun sostenía el puñal de plata, que acababa de entrar en su cuerpo, vio salir a la mujer desnuda del río y reconoció a su esposa, esta lo abrazó muy fuertemente que ambos se fundieron en uno solo, esta lo subió al unicornio y se fueron por el sendero de los sueños, nunca más bajó la luna al arroyo,

nunca mas los unicornios han vuelto a verse, pero en ciertas noches cuando la luna brilla en su esplendor y de pronto se oscurece toda, Las viejas del pueblo bajan la vista y cuentan la historia del enamorado de la luna.

Dicen las viejas que cuando la luna se oscurece, es que enamorada.

Está besando a su amado.

Mi abuela no se cansa de repetirle la historia a mis hijos, pero calla cuando le preguntan por la hija mas chica del valiente padre.

*Seudónimo: Jaro Godoy.*

*Jorge Alberto Hotasegui*

*ARGENTINA*

*e-mail: [jarogodoy@yahoo.com.ar](mailto:jarogodoy@yahoo.com.ar)*

*“Encontrarás en los bosques más que en los libros:  
los árboles y las piedras te enseñarán cosas que no  
podrás aprender en los libros de ningún maestro”.*  
(San Bernardo)

## EL AGUA Y EL FUEGO

Era aquel sitio un lugar medio escondido, en un mundo que sólo existía para aquellos ojos que sabían distinguir toda la hermosura que había sido regalada por los dioses. El alegre verdor, denso y vivo, que rodea la amplia extensión de esas tierras, se perdía en la espesura de frescor y humedad ante la vista de cualquier humano: se diría que podía ser comparado con el mismísimo edén.

El sonido de las dulces e ignotas canciones que desprenden las cristalinas aguas que discurren cauce abajo, se eleva a la atmósfera en forma de nubes de colores, para después perderse en el horizonte de la paleta del pintor que tuvo la gracia de inmortalizar ese mitológico bosque en un bello cuadro.

Manantiales de generosos chorritos, disimulados veneros, solitarias y ocultas fuentes, buscan desesperadamente el discurrir de sus aguas por las sinuosas sendas de esos campos que a su paso fecunda. Grietas, recodos y pequeñas hondonadas son aprovechadas por la madre naturaleza para que el nacimiento del arroyo corra pendiente abajo hasta perderse más allá de la línea arbórea que cierra la amable campiña. Cuando se abrazan el párvulo regato de arriba con el docto riachuelo de abajo, se abre el paisaje en una desenfadada explosión de tierras fértiles donde el cauce de aguas ya remansadas es un espejo de miradas en la frondosidad del bosque y en la inmensidad del cielo.

En medio de ese poético paisaje se encuentra una laguna que fue bautizada con el bonito nombre de “El Rincón de las Aguas”.

Es allí donde la vida da amplitud a la belleza, y el tiempo cuaja en un ambiente de armonía y felicidad. Moran por sus alrededores ninfas cantarinas y duendes encantados que susurran al viento efluvios de una fragancia tan especial, que hace que todo aquel que lo respire sienta en su corazón el encantamiento del amor más puro y verdadero. En esa tierra llena de quietud y beldad, junto al lago de cristal, desterró de por vida el padre del eterno pensar a la muchacha más bella que el Olimpo conociera: Asira.

Era su pelo como las espigas que el sol dora con sus rayos. Su piel de claro marfil y rosa florida, es el marco ideal para el descanso de unos ojos verde menta, siempre revoloteados por multicolores insectos al acecho de poder libar el néctar oculto de lo más profundo de su mirada. La pequeña nariz, risco grácil de capullo de seda, descansa con placidez de soberana sobre el marcado nardo de unos labios rojos amapola, besados por la brisa del alba que le dan ese tono de color tan especial. Su cuerpo, prohibido a cualquier humano, tenía tal gracia juvenil que, al pasear junto a la laguna, desprendía una exuberancia de ternura



que hacía que sus pies casi no pisaran la tierra al caminar. Asira era una flor más.

Al nacer, Asira, había sido agraciada por su madre de una gran belleza. Los dioses supieron desde que la vieron en la cuna que no había hermosura comparable en todo el Olimpo. Presagios y venturas de todo tipo fueron elevados a las alturas más infinitas por el futuro de la niña.

No podía ser menos Asira; su madre era la diosa Afrodita, y de ella no sólo adquirió la belleza sobrenatural genética, sino que fue adquiriendo tal grado de madurez con el tiempo que era la envidia de muchos de los dioses. No había lugar alguno en la residencia mitológica donde no se hablara de Asira; así que poco a poco se fue convirtiendo en un problema para Zeus, padre del Olimpo. Primero, porque un día, ya muy lejano, fue rechazado su amor por Afrodita; ¡imperdonable! Y en segundo lugar, iba sintiendo que perdía protagonismo entre sus gentes; ¡inadmisible! Pensó y pensó, sentado en su trono, cómo deshacerse de Asira. El repudio no tenía razón de ser, no le correspondía a él, y, además, no había motivos de justificación. Los dioses discuten de vez en cuando, pero no se pueden rechazar; cada uno tiene su propio oráculo y su parcela de rogativas entre los humanos. Así que después de darle muchas vueltas a su cabeza y a sabiendas que la joven, por su corta edad, aún no había heredado el cetro de brillantes de su madre, decidió enviarla al Rincón de las Aguas con la excusa que tuviera un contacto real con algunos de los sentimientos que poseían los hombres. Sería un aprendizaje armonioso en cualidades y que supusiera para ella el paso decisivo para ser diosa algún día. En definitiva, un destierro encubierto y muy bien justificado.

Por supuesto que Zeus en su comparecencia ante los demás dioses para comunicar su decisión no dijo toda la verdad. Se guardó para sí una pequeña y malévolas maldición: ningún hombre podría lograr conseguir el amor de Asira mientras ésta estuviera en la tierra de los seres humanos.

Pero toda maldición lleva parejo un antídoto y en el báculo de Zeus quedó escrita en letras de oro las cualidades que había de tener el que quisiera alcanzar el amor de Asira: persistencia y bondad de corazón.

Transcurrían los días en aquella idílica laguna sin sobresaltos para la muchacha. La tranquilidad envolvía sus juegos y paseos: baños en la charca y descansos sobre la fina hierba. A veces deshojaba alguna flor de bonitos pétalos en deseos de acertijos de amor. No era extraño ver a Asira, en las frescas tardes de la temprana primavera, pasear acompañada de doncellas con largas túnicas de tal variedad de colores que parecía que iba de la mano del mismísimo arco iris.

Cuando la llamada del amor revoloteaba por los alrededores y todos los habitantes de la laguna sentían las albricias de esas emanaciones, Asira se sentía sola y desdichada: ¿por qué ella no era igual que las demás doncellas de la laguna?. Un aciago sentimiento embargaba su mirada al contemplar en la cara

de las jóvenes esa iluminación tan especial, que hace que sea el gesto el que ría y no la boca, cuando están enamoradas.

Hefesto, dios del fuego, solía descender de los túneles volcánicos del Olimpo a la tierra llegada las fechas previas al seco estío. Necesitaba descargar toda la energía concentrada durante el letargo del gélido invierno. Tanto había escuchado hablar de Asira y del Rincón de las Aguas que decidió hacerle una visita. Sibilino y perverso, no dijo nada a Zeus de las habladurías que habían llegado a sus oídos, pues éstas eran de bellezas extremas y de enamoramientos eternos. Él era un dios menor del Olimpo y tenía la seguridad de dominar sus sentimientos, nunca se enamoraría; tenía que llegar más lejos. Bajaría, por tanto, a contemplar la hermosura de Asira, y así tener su propia opinión de ella, sólo iba de paso por aquel lugar. Su cometido estaba más lejos.

Llegó el día en que Hefesto bajó a la maravillosa laguna. En su mano el eterno báculo hecho de rayo y fuego que ahora se encontraba mimetizado en una extraña vara de avellano a modo de bastón. En su apariencia de apuesto pastor, vagó por las sendas marcadas y por el manto verde de hierbas junto al bosque; indagó por todos los rincones del lugar y llegó por fin a la laguna.

Quedó embelesado; era tal el equilibrio de la zona que se sentó sobre una piedra para contemplar más detenidamente lo que sus ojos le mostraban. Parejas de enamorados iban y venían por los caminos declarando su amor; unos se escondían cobijándose a la sombra de los recios árboles; otros nadaban y jugaban en el lago, chapoteando y salpicando multitud de gotitas de aguas cristalinas. Había una áurea de felicidad en el ambiente que se palpaba sólo con la vista. Pero la cerril mente de Hefesto no llegó a profundizar en el porqué de la vida en el bosque, ni en la felicidad de sus habitantes, ni mucho menos en el encantamiento general que reinaba allí. Sólo se dedicaba a contemplar con pura envidia lo que le rodeaba.

La explicación de tanta energía vital y tanto enamoramiento no era otra que la visita primaveral y perenne del simpático Cupido, pequeño querubín aprendiz de dios, arquero soñador de flechas doradas con bellos mensajes destinados al corazón humano. Estaba, Cupido, bien derrotado de lanzarle flechas a la bella Asira; todas ellas salían rechazadas y rotas, como si rebotasen en una sólida armadura de acero invisible. Así que al notar en las proximidades la presencia inhumana de Hefesto, se escondió tímidamente en la espesura del follaje, pues sus flechas en lid abierta con el rayo de fuego siempre saldrían perdedoras.

No le gustó a Cupido la inesperada aparición de Hefesto. Un sentimiento de temor y un recelo, propio de quien se siente único protagonista, caló más allá de su pequeñito corazón de principiante, y como niño que es aún, no se le ocurrió otra cosa que preparar dos dardos con una carga muy especial, cuyo destino no sería otro que el propio Hefesto. Desconfiando de su idea y temeroso de reacciones incalculables hacia él, invocó a la diosa Afrodita y rogó una mayor belleza para Asira. Explicó a la diosa detenidamente su infantil plan, y

presagió para Hefesto tal embrujo que no tardaría en cambiar su báculo de rayo y fuego por uno de algodón y ternura.

Afrodita daría a su hija una belleza mayor de la que ya poseía a cambio que el hechizo ofrecido por Cupido fuese sólo temporal. Necesitaba dar un escarmiento a la arrogancia y maldad del herrero Hefesto.

Asira, mientras, en su ignorancia mitológica, recolectaba las florecillas que nacían al borde del camino en su paseo. Al llegar a la orilla de la laguna se sentó sobre la hierba y se colocó en su regazo el ramo multicolor de flores. Comenzó un ritual de nudos con sus manos y fue trenzando una corona de rosas, claveles, lirios, jazmines y tulipanes que no envidiarían nada al nimbo del padre Zeus. Su voz se elevó y entonó una bella canción.

Hefesto escuchó la procedencia de la melodía y supo enseguida de la lozana garganta que salía. Así que, con un leve giro de su cuerpo, se escondió detrás de unos juncos observando la llegada de la joven muchacha. No pararon sus ojos de ver y analizar cada movimiento, ni sus oídos de admirar la melodiosa y dulce voz. Era en realidad muy bonita, pensó, y nunca antes había contemplado tal grado de belleza en mujer alguna. Dentro de su fascinación por tanta beldad en Asira, empezó a tomar conciencia de que él era un dios y que debía abandonar cuanto antes el mundo terrenal de los vivos, pues lo que había venido a ver ya lo había conseguido, ahora debía emprender otro cometido.

La mirada de Cupido estaba justo en el centro del torso de Hefesto; al fondo, Asira seguía enfrascada en su manual faena; no lo pensó dos veces: tensó lo más que pudo el arco, afinó la mira con la máxima extensión de su brazo. Las flechas resplandecientes eran pinzadas por unos dedos que la sujetaban a la fina cuerda de pita. Por último, un burlón guiño de uno de sus ojos y todo listo; solamente una línea recta desde la punta de los dedos de la mano al pecho de Hefesto. Los dardos, invisibles, salieron con fuerza y tino; sólo una radiante estela de doradas estrellitas, como la cola de un cometa, rompió la calma de la tarde; cruzaron a la velocidad del rayo y se clavaron limpiamente, sin dolor, primero uno y después el otro. Una ligera convulsión parecida a un escalofrío agitó el cuerpo de Hefesto y éste quedó sumido en una profunda conmoción.

Nadie escuchó las carcajadas de perversidad del niño arquero. El dardo del amor hizo diana, pero lo que no dijo en el pacto con Afrodita era el contenido del segundo dardo: la incomprensión, y también había hecho blanco.

Con lentitud, como quien se despierta de un letargo, salió Hefesto de su escondido rincón. Aún se dejaba ver en él un movimiento de cabeza de lado a lado intentando tomar conciencia de lo que le había ocurrido. Fue espabilándose mientras caminaba en dirección a la muchacha; a cada paso que daba iba notando como su corazón palpitaba con más intensidad. No tenía dudas, sentía un amor tan desbordante por Asira que era capaz de perder toda la divinidad con tal de estar a su lado. Aceleró su caminar hasta que llegó a la altura de ella.

Asira quedó sorprendida al ver a tan apuesto pastor dirigirse hacia ella; notó un no sé qué, que le hizo dejar su corona de flores sobre la hierba y huir despavorida a la carrera. Sus pensamientos no explicaban bien la decisión tomada, pero la verdad era que no dejaba de correr por el laberinto de caminos del bosque.

Tal acción dejó nuevamente a Hefesto fuera de lugar, ¿por qué huye la muchacha de esa manera? Llamó a voces a Asira, y al no contestarle corrió tras ella; tuvo que acelerar el paso más que ella, pues Asira era ágil como una gacela y no sería fácil alcanzarla.

La joven, agotada por el esfuerzo, se dejó caer sobre el fresco césped a sabiendas que su perseguidor era más fuerte y veloz. Hefesto llegó al instante sin dar muestras de cansancio, le preguntó, con desilusión y tristeza, el motivo de la huida. Asira no contestó a la pregunta, pero ante la insistencia de éste, se excusó en el desconocimiento que tenía del pastor al aparecer delante de ella como un relámpago. Luego, se sentó con delicadeza al lado de Asira, habló y habló cuanto pudo para mostrar que era persona de quien se podía fiar. Contó mil experiencias con una exquisitez tan especial que tenía la total seguridad de que Asira caería rendida a sus encantos masculinos. Ella, en su asombro, escuchaba con atención lo que decía él. Cuanto más tiempo pasaba, mejor y más confiada se iba sintiendo.

No pudo Hefesto con la presión ejercida por su corazón, y con las rimas más escogidas, las más tiernas y bellas, aquellas que un día salieron de labios de poetas y trovadores, comenzó un recital de hermosos poemas. Al final de sus palabras se rindió a los maravillosos ojos de Asira, y le confesó el amor que sentía por ella. En un acto de madurez impropio de su edad, calmó la obsesión de ese hechizo de amor que por ella estaba padeciendo Hefesto, pidiendo tiempo para conocerse más y mejor. No podía enamorarse así como así de un humilde pastor sin destino conocido, que para colmo de males no tenía ni rebaño. Tendría que trabajar mucho para ganarse su amor y ocupar un lugar en el Rincón de las Aguas; también, labrar con paciencia y persistencia su amistad, para llegar a ser dueño algún día de un trocito del corazón de la muchacha.

Asira hablaba con la sencillez del mendigo, con el corazón en la mano, y Hefesto parecía no comprender nada de lo que ella intentaba transmitirle con sus palabras. Perplejo al no entender las pretensiones de ella, notó cómo el corazón se le desgarraba en su interior, partiéndose en dos mitades por la aflicción de sentir ese inesperado rechazo de la joven. Fue tan grande el dolor que pasó a ser rabia. El dardo estaba untado con un veneno de incomprendibilidad y no existía antídoto alguno para poderle dar al pastor. Huyó cobardemente por los laberintos de follajes del bosque, pisó y partió todo lo que le salía al paso hasta perderse en el interior de los gigantescos pobladores arbóreos del lugar.

Desde ese día, el odio y el rencor inundaron todos sus deseos y sin dudarle un instante no quiso que una sola pareja de enamorados en el Rincón de las Aguas tuviera la oportunidad de ser feliz.

Apuntó, con el báculo de rayo que portaba en su mano derecha, al bello y exuberante bosque, y lanzó dos bolas incandescentes de fuego, que no tardaron en provocar un incendio. Pronto, el incendio fue tomando tamaño y ganando terreno. Nadie podía controlarlo ya, todas las criaturas vivas huían despavoridas. El color verde del paisaje cambió por un denso e inestable rojo en toda su gama. La confusión en el vuelo de las hojas secas al caer de las copas de los árboles dejaba paso a las grisáceas pavesas que inundaban el cielo del que había sido el lugar más bonito de la tierra. Era desolador ver la vida morir de esa manera.

Asira puso todo su empeño e intentó apagar el fuego hasta donde pudo, pero el poder de las llamas fue mayor y la lengua incandescente fue empujando a la joven, poco a poco, hacia el borde del lago. Cuando no pudo más, se lanzó a la laguna. Notó que el agua había perdido su transparencia y frescor, empezaba a estar densa y caliente; nadó y nadó hasta llegar al centro del, ahora, dorado estanque. Desde allí, Asira pudo contemplar el desastroso panorama que le rodeaba. Lloró largamente con lágrimas de amargura y, casi sin fuerzas por la falta de aire, deseó morir en aquel que fuera un día su lugar ideal de juegos; no puso resistencia, pues sabía que no había salvación. Las aguas abrazaron dulcemente a la muchacha y como si de un hada se tratara, sumergieron a la niña en aquellas aguas que parecían brazas escapadas de los infiernos de Vulcano.

Asira murió ahogada sin conocer hombre a quien querer, pero sí conoció el esplendor y el amor por las cosas bellas: el bosque del Rincón de las Aguas.

Zeus, juez supremo, sintiéndose culpable de lo sucedido en la tierra, desde su cetro convocó al Consejo de dioses y expuso con total claridad lo acontecido en el bosque. Todos quedaron apenados por lo ocurrido, y reunidos en mayoría dictaron justa sentencia: Asira murió por la rabia y la incomprensión de quien no supo esperar ni luchar por su amor, Hefesto. Así que decidieron por unanimidad sacarla de la laguna donde había perecido ahogada, darle vida en el Olimpo y convertirla en la diosa de las aguas.

Cupido, que con su inocente juego había sido hacedor sin culpa del origen del mal entendido, fue condenado a ser niño de por vida en el Olimpo.

Hefesto fue desterrado a trabajar en las fraguas de las profundidades de los infiernos, junto a Hades. Sobre sus espaldas tendría siempre la culpa de todos los incendios provocados en la tierra.

Por último, quiso Zeus darle tal poder a la diosa del Agua que, cada vez que Hefesto provocase algún incendio en el bosque, las lágrimas derramadas por el dolor que padeció en su agonía Asira, tuvieran la fuerza necesaria para poder apagar todos los fuegos de la tierra.

La vida volvió al bosque, la belleza y lozanía inundó cualquier rincón de la laguna. Nacieron nuevas flores, brotaron nuevas plantas y crecieron nuevos

árboles. Regresó el verde en su máximo esplendor y sustituyó al manto negro..., pero habrá que estar siempre al acecho porque Hefesto vive con apariencia de humano; aparecerá, y será la mecha y cerilla que encienda ésta historia para que vuelva a repetirse.

*Francisco Javier Esteban Lorenzo*

*ESPAÑA*

[frajaeslo@teleline.es](mailto:frajaeslo@teleline.es)

## **SIRVALA**

Hace ya varios años, cuando me encontraba tomando una cerveza en una pequeña taberna de pescadores llamada “El Diablo Azul”, escuché una bella historia de labios de un viejo marinero que hablaba del amor de un galeón español por una ola llamada Sirvala.

Según contaba, el galeón, que tenía por nombre Ermitaño, regresaba de las Américas con un cargamento de oro y plata obtenido en las colonias de ultramar. Cuando estaba a punto de llegar a las costas de España, una galerna lo sorprendió en plena noche. El barco fue empujado violentamente por las olas hacia los arrecifes, los cuales se asemejaban a las fauces de una bestia. El capitán Rivera hizo lo imposible por salvar al Ermitaño y su preciado cargamento. Pero viendo que no tenía ninguna posibilidad de evitar la desgracia, prefirió abandonar el barco con sus hombres, dejando al Ermitaño a merced de las olas.

Justo cuando parecía que se iba a estrellar sin remedio contra los arrecifes, una gigantesca ola surgió de la profundidad del océano. Una hermosa ola de más de diez metros de altura por treinta de longitud se elevó majestuosa sobre aquel mar embravecido para salvar al Ermitaño. Éste fue elevado sobre las aguas y mecido dulcemente en la cresta de su salvadora. Unos segundos que el Ermitaño no olvidaría jamás.

Una vez que se habían alejado de los arrecifes, fue depositado mansamente en las aguas de una bahía cercana. El Ermitaño apenas se había percatado de lo sucedido cuando vió como su heroína se alejaba silenciosamente. Tan sólo tuvo tiempo de preguntarle su nombre. Y ella, mientras se perdía en el mar con un ritmo suave y elegante, susurró con ternura la palabra Sirvala.

Entonces, aquel viejo galeón curtido en cien batallas contra ingleses, holandeses y demás piratas que infectaban el Atlántico, sintió un escalofrío que le corrió de babor a estribor, de proa a popa. Y no fue de miedo precisamente ese temblor, sino que fue uno de esos escalofríos que padecen los enamorados. Sí, el Ermitaño se había enamorado. Con esa pasión fuerte y desgarrada que sólo pueden sufrir los hispanos. El oro que almacenaba en sus entrañas apenas reluciría si se comparaba con la luz que le había hecho ver Sirvala. Desde esa noche no tuvo ninguna duda, su vida la dedicaría exclusivamente a la búsqueda de su amada.

Esa búsqueda, que al principio no parecía tan larga, terminó por abarcar años, décadas, siglos... El Ermitaño recorrió miles de leguas en espera de alguna señal, de algún vestigio de su paso, de alguien que la hubiera visto. Preguntó mil veces al tifón, consultó a las sirenas, bajó hasta los más profundos abismos en espera de una respuesta, blasfemó ante los dioses por su constante ignorancia sobre el paradero de su amada...

Una tarde, sintiendo lástima las olas por la desesperación del Ermitaño, le contaron la historia de Sirvala. Ésta era una de las más bellas hijas de Neptuno. La hija a la que más quería. Poseía ella un corazón bueno y desinteresado que la había convertido en el ángel de la guarda de los barcos que surcaban el océano. Cuando un peligro acechaba a los navíos, allí estaba Sirvala para salvarlos. Sin embargo, el dios del mar tenía miedo de que su bella hija se enamorase de alguno de los rescatados y la perdiese para siempre. Por eso, cada vez que ella actuaba, Neptuno la arrastraba rápidamente hacia las profundidades marinas, permaneciendo allí prisionera hasta que alguien volviese a necesitar ayuda.

El Ermitaño escuchó con pena aquella falta de libertad a la que estaba sometida Sirvala. Ella tenía derecho a amar y ser amada como los demás, se decía a sí mismo. Desde ese momento, el sufrimiento de Sirvala aumentó aún más el del viejo galeón. Pero no sintió nada cuando sus velas se rajaron por la fuerza del viento, ni al partirse el palo mayor al ser alcanzado por un rayo, ni cuando perdió sus cañones, ni al tirar al mar todo el oro y la plata intentando así comprar la libertad de prisionera... Sólo sufría por ella, por su soledad, por la de él mismo.

Por fin, una noche, cansado del escaso éxito de su empresa, se dirigió contra los arrecifes de una costa tropical. Ya estaba a punto de estrellarse y acabar de una vez por todas con su desgraciada existencia cuando de pronto, como la otra vez, Sirvala apareció en su vida. Como ya había sucedido antes, lo salvó de una muerte segura, depositándolo suavemente en las tranquilas aguas de una bahía. Sin embargo, en ésta ocasión fue más rápido y cuando Sirvala se alejaba casi sin dejar rastro, el Ermitaño le dijo te quiero.

Fueron unos segundos eternos que lograron que el mismísimo mar se estuviera quieto unos momentos mientras esperaba ansioso la respuesta de Sirvala. Una respuesta que no se hizo demorar, levantando al Ermitaño hasta una altura considerable y alejándose mar adentro a través del pasillo que respetuosamente les hacían las demás olas. El Ermitaño se mecía acaramelado en la cresta espumosa de su amada, sintiendo ésta por primera vez en su vida lo que era la felicidad. El viento sopló con fuerza entonces, guiando a la pareja hacia un lugar misterioso donde las redes de Neptuno no pudiesen llegar nunca.

Y todavía, en casi todos los puertos del mundo, existen marinos que aseguran que cuando se produce una galerna, provocada por el dios del mar para destruir al galeón español que le robó a su hija, se puede ver cerca de la costa una gigantesca ola en cuya cresta se halla un navío llamado Ermitaño, alejándose de los arrecifes.

*Jose Félix Carrillo*

*España*

[rdlago@hotmail.com](mailto:rdlago@hotmail.com)



## TRANSMIGRACIÓN

Cuando la esfinge agonizante penetró en el templo, hacía milenios que los dioses callaban como si hubieran muerto por hambre de ofrendas. Musitaba su extraña plegaria y se acercó al altar vacío; sus patas heridas por el largo camino entre rocas, mancharon los olvidados peldaños. En el vértigo de su impaciencia, la esfinge confundió con un milagro la luz del amanecer que irrumpió a través de un agujero. Se echó bajo la nueva claridad como si se bañara otra vez en las arenas de su desierto de origen y le sonrió a la puntualidad de aquella bendición desconocida.

—Si has venido a morir, puedes quedarte —dijo una voz desde el fondo de la maleza que poseía el resto de la nave, alargándose hacia el este en una ligera curvatura.

—He venido para salvarme —replicó la esfinge abriendo con esfuerzo sus ojos amarillos.

—Ah, pero yo no sé que significa salvar. ¿Acaso podrías tú explicármelo?

—No, pero creo que es una especie de dulce y esperada condena.

—¿Entonces quieres otra juventud para seguir custodiando tu enigma?

—¿Qué enigma? —la esfinge alargó su cuello como quien teme ahogarse de pronto en el túnel ciego en que se le ha transformado el alma.

—Ellos me olvidaron —continuó la voz—, y tú has olvidado tu propia misión. Casi no hay nada que hacer.

La esfinge comenzó a llorar, y la voz pregunto aún:

—¿Por que lloras?, ¿no eres acaso inmortal, a pesar de las heridas y la duda?

—Lloro porque no recuerdo, y porque tal vez eres el sueño riguroso que precede a la muerte.

—No, lloras porque nunca tuviste respuesta y porque te he descubierto justo ahora cuando más la necesitabas.

—¿Podrás, sin embargo, perdonarme tanto desastre? —suplicó.

—Tú lo has dicho: sólo soy un sueño; ¿qué puedo yo contra el llanto acumulado en la infinita arena que te sostiene?

—Despiértame entonces --la voz callaba pero sólo lo necesario para implementar la secuencia de irregularidades que exige la arquitectura de un prodigio.

—Bien —exclamó—, ¡abre los ojos y sálvate tú misma!

Pero en lugar de obedecer, se hundió en el instinto que la aplastaba, cerró los ojos y murmuró con avidez remotas palabras que imitaban el sonido de la lluvia.

No mucho después, Edipo despertaba sobre las dunas ardientes con un familiar sabor amargo en la garganta. Sus manos apretaban una pluma tallada en piedra donde podían leerse los antiguos signos: "*Vuelve a dormirte.*"

*José Luis Fariñas*

*CUBA*

[farinas@cubarte.cult.cu](mailto:farinas@cubarte.cult.cu)

## LA OTRA VERSIÓN



Se lo voy a contar porque va día por día tras de mí con su cantaleta, pero es para usted solo; después si quiere lo repite, entonces será asunto suyo.

¿Usted sabe a quien se le llamó cimarrón? Bueno para por si acaso, cimarrón era aquel negro que se le escapaba al amo para ser libre; pues si ay hay algo que el hombre, y la mujer también ¡que cará! necesitan tener, es libertad.

No le voy a narrar todas las cosas sufridas en aquellos tiempos por estos seres humanos, pero si asegurarle lo vivido por uno de estos hombres al escabullirse un día de la “yunta” que le había tocado, dejando carnes y sudores mientras huía para los lomeríos avistados por el a lo lejos. No se puede

imaginar lo pasado por aquel negro, con los pies descalzos, pisando cuanta piedra, polvo y ¡hasta espinas se le atravesaban en su correr!

Tratando de “en por todos los medios” esconder su olor, lleno de temores ligados con la rabia y los ruegos a sus dioses todo se esfumase, para así enredar a los rancheadores con sus hambrientos perros y se perdiesen por esos caminos del diablo, porque lo cierto caminos de dios no podían decirse fueran.

Después de un largo peregrinar llegó a un paraje, lleno de frondosos árboles, donde las mariposas se daban el lujo de competir en belleza y luz con el sol. A cada vuelta que daba, las guayabas más grandes desde que pisó esta isla, se le brindaban para mitigar su canina hambre, mas como se imaginará “no solo de guayaba vive el hombre”, así llego un momento en que necesitó algo más y recordó como en su tribu cazaban a los peces y más temprano que tarde encaminó sus pasos al río, ¡o mejor dicho! Arrastró sus destruidos pies hasta la corriente. Las palmas tan altas, semejante a torres de ingenio, escoltaban las frías aguas donde se escondían “los pescados”. Pero fíjese como era la cosa allí: cuando se desgajaban las pencas, en vez de caer de “sopetón”, como en todos los lugares, lo hacían de una manera que abanicaban el aire, permitiendo a los sinsontes posarse en ellas durante la caída y gorgojear maravillosamente. Las pencas al tocar tierra elevaban ligeros murmullos pudiendo confundirse estos con las despedidas que se le hacen a las vírgenes cuando suben al cielo.

Bueno, pues quien le dice, se pone este joven cimarrón dentro del río y mientras refrescaba sus pies, dejo andar su mente hasta el tiempo de cuando era príncipe, allá en su mudo yorubá; y a las aguas se unieron las viriles lágrimas del negro, quien ciertamente no podía volver a su África. Le dolía el engaño, la lejanía, su soledad y ¿quién le dice? de nuevo en vez de empezar a buscar los peces, con la urgencia de llevarse algo de alimento a sus labios inicio a cantar en lengua lucumí las notas tristes salidas de su corazón. Los sinsontes, al oírlo, callaron;

las mariposas dejaron de volar quedándose lo mas cerca posible de la orilla y en susurros hacerle coro. ¡Hasta los perros jíbaros se echaron a oír la melodía! gracias al eco rodado de piedra en piedra. Luego el hombre calmó su dolor y los peces se ofrendaron para saciarle el hambre, ¿y el río? Pues el río dio sus aguas para mitigarle la sed. El conjuro duró días. Mas se fue corriendo la voz entre los habitantes del monte, de los ríos y lagunas; nunca se ha sabido de donde llegó hasta él un manatí hembra. Ella por supuesto, quedó prendada del príncipe y su melodía, y como por allí, creo habérselo explicado varias veces, había algo de magia cubriéndolo todo inició el amor entre el cimarrón y la manatí.

Toda unión tiene fruto y esta no fue excepción. Tras los idílicos encuentros nació un negrito, el cual podía vivir en el agua, salir a la tierra y hablar con los animales, como lo estamos haciendo entre usted y yo ahora. Pero sabemos nada es eterno y aún donde hay encantamiento existe un final; este ocurrió cuando, después de tanto tiempo, llegaron primero los perros y a continuación los buscadores de negros escabullidos: no se habían olvidado del príncipe esclavo. El cimarrón entre la alternativa de la esclavitud y la muerte, se fue con esta ultima y cuentan que se oyeron tambores sagrados con luto tocar.

La manatí huyó con su hijo quien le seguía por los ríos de la zona; enseñándole del temor a los hombres perseguidores de esclavos huidos y de silbidos que erizaban la piel a los viajeros nocturnos. Ella también al tiempo desapareció y solo ha quedado el negrito envuelto en la magia de su nacimiento, diciéndose que aun sale por las noches con un diente de oro regalo de su padre y gritando en protesta contra la esclavitud y la desaparición del manatí:

- ¡Soy el guije! ¡Soy el guije!

*José Rodríguez Acea*

*Cuba*

[cardeltoro@cubarte.cult.cu](mailto:cardeltoro@cubarte.cult.cu)

## HABÍA UNA VEZ... UNA MITOLOGÍA GRECORROMANA

EXTRACTO

*Al perfil de la ñata de Hércules...*

"Apolo, querido mío, ¿no te da celos que los turistas me miren tanto las piernas de mármol? ¿Qué? ¿A vos las turistas te miran el bulto de concreto? Ay, querido mío, cuan rústico eres...".

Breve dialogo entre Atenea y Apolo, dioses mitológicos, a puertas cerradas. Febrero de 1992. Museo del Helénico, Martinetas, Prov. de Buenos Aires.

### LOS DOCE TRABAJOS DE HÉRCULES

Euristeo, al momento de imponerle a su hermano Hércules aquellas horribles tareas, ignoraba dos cosas: Que Hércules ya en la cuna había matado a dos terribles serpientes enviadas por Hera con la intención de robarle la mamadera y el sonajero de oro. Que Hércules también era Hércules, por lo que se repartieron la docena de faenas a razón de seis trabajos cada uno. El primero de los trabajos impuestos por Euristeo por instigación de Hera estuvo a cargo de Hércules. Mató al feroz león que asolaba la selva Nemea. Lo aniquiló de una tremenda cachetada en la jeta y luego lo despellejó porque Euristeo le ordenó que después de matarlo debía usar su piel a modo de sabanilla. Este enorme pañal lo hizo invulnerable. Por cierto, también lo protegió de las terribles paspadas. Al rato nomás, le tocó el turno a Hércules y a la Hidra, serpiente monstruosa de la laguna de Lerna que tenía muchas cabezas, las cuales renacían a medida que Hércules se las cortaba. Hidra era muy inteligente y le costó mucho trabajo a Hércules matarla con su espada. Durante más de cinco días la cosa fue pareja. Hércules le había cortado la cabeza unas 128 veces y a Hidra le renacieron exactamente 128 cabezas. De pronto, a Hidra se le trabaron todas las cabezas porque no podía completar el crucigrama que estaba haciendo y Hércules aprovechó la ocasión para cortárselas a todas al unísono. Se las cortó con un serrucho eléctrico porque la espada ya no tenía filo. Mientras tanto, Hércules, como parte de la tercera tarea, la alcanzó corriendo y mató a la cierva Cerineta que tenía los cuernos de oro, los pies de bronce y el lomo de hierro metalizado. Hércules pudo agarrarla porque Cerineta era muy pesada. Sin embargo, esta persecución duró más de un año. Parece ser que Hércules era la antítesis de Flash Gordon. Hércules fue quien castigó a Diomedes, rey de los Bistones y monarca de los Pistones, un pueblo de Tracia, porque el soberano déspota alimentaba a sus tres caballos con carne humana. Los caballos se llamaban: Podargos, Lampón y Xantos. La carne humana era Hipólito Calpo, un ex- sirviente. Hércules lo castigó con una regla de madera de

20 centímetros. Para llevar a cabo la cuarta tarea, Hércules, cazó en el monte Erimanto de Arcadía a un jabalí que pesaba unos 500 kilogramos. El jabalí se parecía a un elefante africano con orejas cortas, colmillos pequeños y cola enroscada tipo sacacorchos. El jabato inmenso estaba asolando toda la comarca y no eran pocas las quejas sobre su conducta. Irónicamente, Hércules, lo mató con una jabalina. Hércules, sin atisbo de piedad, mató a flechazos a las horribles aves del lago de Estinfalia. Y las mató sin fallía alguna. Estas aves eran muy feas porque en vez de pico tenían un embudo. Eran horribles. Y beodas, además. Para la sexta tarea, Hércules, domó a un toro furioso que asolaba los campos de Creta. Luego de la domada, con el toro más calmo, todos se comieron un asado espectacular y no es necesario aclarar de "quien" se trataba la carne asada. Después del festín, siesta mediante, Hércules, ahogó entre sus brazos al gigante Anteo, hijo de Poseidón y de la Tierra, quien se quejó todo el tiempo porque la molleja que le ofrecieron estaba fría. Por su parte, Hércules, dio un paseo por los alrededores y ya que estamos se robó las manzanas de oro del jardín de las Hespérides, después de haber matado al feroz dragón que las custodiaba. Al dragón lo mató con un extinguidor de un kilogramo de peso, el que se requiere para viajes largos. Hércules, percibiendo que ya no era necesario seguir apretando al gigante Anteo, decidió aliviar a Atlante sosteniendo sobre sus hombros el peso del cielo. Luego, se lavó la cabeza porque las palomas habían comido mucho aquel día. Al rato, sin esperar a Hércules, domó a los Centauros a puro rebenque y limpió las caballerizas del rey Augias con una aspiradora, posterior pasada de gamuza con frenesí. Su excitación iba en aumento. Le sobraba resto. Así que destruyó a las Amazonas y entregó su reina Hipólita a Teseo a cambio de un alicate para cortar sus uñas. Apareció el perdido Hércules, quien bajó a los infiernos, encadenó al Cancerbero y sacó de allí a Alceste, que devolvió pronto a su esposo Admeto. Este, una vez que Hércules partió raudo, metió en una cesta a su esposa y continuó jugando a las barajas con sus amigos. No lejos de allí, Hércules, mató al águila que roía las entrañas de Prometeo y por lo cual este último no podía hacer la digestión en términos normales. Por último, Hércules, separó con un golpe de su maza los montes Calpe y Abila, haciendo así que se comunicasen el Océano y el Mediterráneo, quienes no se hablaban desde otrora por cuestiones de corales. Creyendo que éste era el fin de la tierra, levantó dos columnas que tiempo después se llamaron "columnas de Hércules". Detalle: Por este auto- homenaje, al día de hoy, los descendientes de Hércules, todos de apellido González, mantienen un litigio judicial por parte del linaje de Hércules, todos de apellido Gómez. Mientras Hércules ilustraba su nombre con estas hazañas extraordinarias tuvo tiempo para llevar a cabo otras no menos asombrosas que no han sido incluidas en estas célebres tareas del héroe mitológico. Estas son: Le mojó una oreja a Gelasio, un elefante sin trompa que aterrorizaba los dominios del rey Lipomedes. Pisó con su sandalia griega una hormiga, de nombre Aetis, la cual había picado el talón a Aquiles derribándolo lleno de ronchas coloradas. Le dio

un beso de pico al oso hormiguero Argonauta y luego huyó corriendo riéndose como un enajenado. Mantuvo su cabeza entre las fauces de un león hambriento llamado Rómulo durante dos días. Luego se supo que Rómulo, pocos minutos antes de su llegada, había ido al dentista y aún tenía su boca anestesiada.

Al finalizar las doce tareas, Hércules, con intención de reponer sus fuerzas, viajó por el Mediterráneo en un crucero de madera, y durante la travesía, se enamoró tremendamente de la bellísima Onfalia, reina de Lidia, que se avino por complacencia a las más serviles actitudes y sumisiones. Hasta llegó a vestirse de mujer e hilar en su compañía por pedido de la enamorada. Incluso, las malas lenguas, dicen que Onfalia castigaba a Hércules pellizcando sus enormes brazos. Y Hércules, muy enamorado, a cambio del doloroso castigo, con lágrimas en sus ojos, le sonreía.

Durante este complicado matrimonio, Onfalia, le impuso a Hércules una serie de actividades que se conocen con el nombre de "Las doce tareas domésticas de Hércules", las cuales el héroe debía realizar todos los días.

Estas fueron por orden horario: Preparar el desayuno y llevarlo a la cama.

Barrer todo el templo. Encerar todos los pisos, incluso el patio y el veredón.

Pasar el plumero por los frisos, monumentos interiores y exteriores. Alcanzar la toalla en el momento adecuado. Preparar el aperitivo aunque jugo de naranja.

Cocinar el almuerzo de acuerdo al menú diario. Lavar los platos. Traer el café y el pergamino con las noticias del día a la terraza interna que da a los grandes jardines. Repasar con la gamuza los frisos y monumentos y los leones de piedra a la pasada. Preparar la cena. Lavar los platos. Bostezar y/o gasificar en uno de los jardines externos.

Y ya que hablamos de afuera, cuan anexo opcional a estas terribles actividades diarias, Hércules, debía pasear todas las noches al gato fenicio para que éste llevase a cabo sus necesidades fisiológicas menores y ello dependía de las ganas que tenía el felino. También, debía colocar un trozo de queso gruyere en la trampa de aquel rincón antes de acostarse en el otro rincón.

Ciertamente, quién había logrado sobrellevar aquellas hazañas heroicas impuestas por el tirano Euristeo, Hércules, el héroe mitológico griego por excelencia, no logró sobrevivir a estas viles pruebas ordenadas por su esposa Onfalia.

Y así murió el más vigoroso de los héroes. Con la gamuza en una mano y el plumero en la otra. Como diría muchos años más tarde el escriba troyano Yuturno Clitemnestra durante una conferencia de prensa realizada en Atenas para la muchedumbre machista:

- Hay Onfalias que matan, señores y señores...

*Juanca Vecchi*

*Argentina*

[jcvecchi@coopenet.com.ar](mailto:jcvecchi@coopenet.com.ar)



## ***SOLEDAD***

Dafne abrió los ojos y antes de comprender qué la había despertado vio la luna colgada en el vacío. Estiró la mano hacia la derecha y el frío de la sábana le recordó la ausencia y la huída. El golpe sordo de las olas quebró el silencio. Era una noche griega, azul como el Egeo, y ella una isla más, sin mar sin sal o arena.

***Julia Guzmán***

***Argentina***

**[juliaguzman@arnet.com.ar](mailto:juliaguzman@arnet.com.ar)**



## *El eterno volver.*

Era la humedad en la caldera, la cegante neblina, el olor a hígado de pollo y a hiedras venenosas lo que hacía tan repulsivo el lugar. Todo el ambiente era viscoso, espeso y asfixiante. El piso frío con una capa de polvo asentado a lo largo de los siglos, tenía las huellas de vidas pasadas, de los muertos que sirvieron como nutrientes del caldo apestoso que preparaba Elka una vez a la semana para evocar los poderes del universo. Sólo así se mantenía cuerda a pesar de su senectud. El efecto le duraba una semana nada más, así que en medio del idilio semiconsciente y los mareos de irrealidad de las últimas horas, se apresuraba por inercia a terminar su mágica poción.

Exprimía los sesos de gente joven que atrapaba a la orilla de la ciudad, en la carretera que cruzaba el bosque. Normalmente lo hacía con los saludables deportistas que iban a correr y limpiar sus pulmones los domingos por la mañana. Les disparaba un dardo con veneno sedante que los desmayaba por varias horas. No volvían a ver la luz, ni el cielo. Por lo menos no sufrían, pues los jalaba de las piernas arrastrándolos hasta su carreta y ahí los montaba para llevarlos a su casa. Las víctimas ya no despertaban. Todavía dormidos les abría la cabeza como una lata para sacar la materia prima de su hervido de sesos con otros ingredientes secretos de los cuales no se tiene referencia fidedigna.

Ésa había sido su rutina desde hacía varios cientos de años. El secreto del elixir lo había robado de un anciano mago de la Edad Media. En medio del bosque negro, a media noche, en su lecho de muerte, le puso la mano en la frente y le succionó todos los secretos que poseía.

Pero la magia no es blanca ni negra, es gris rata, con destellos de maravillas y vetas de mal. No hay nada fuera de este mundo que no tenga el toque ambivalente de los dioses, a los que tanto nos parecemos.

¿Qué maldito egoísmo le impedía dejar este mundo? O tal vez era el invencible miedo a la muerte, o a dejar el poder. Ni ella misma lo sabía a veces. Como las brujas de muchos cuentos tenía todos los defectos de la humanidad. Era vengativa, aprehensiva, mentirosa, cruel, casi insensible, rencorosa, envidiosa, engreída. Pero ¿qué sentido le podía encontrar a la vida en ese estado de supervivencia forzada? En realidad sí tenía un motivo para estar ahí.

Cuando estaba cuerda y no tenía que hacer los preparativos para su pócima, se la pasaba leyendo en reliquias de libros, desempolvando cada letra de los millones de páginas antiguas de su enorme biblioteca. Leía en todos los idiomas, aún en los extintos. Buscaba y buscaba desesperada la fórmula para anular una parte del hechizo. Cada vez que ingería el preparado, evadía la locura por una semana que le daba más tiempo para seguir investigando, pero al mismo tiempo le prolongaba la vida por un año. No podía evitarlo. Tenía hasta el momento dos opciones solamente: vivir loca por todos los años acumulados hasta que por fin llegara la muerte, o seguir acumulando años de vida semana a semana para buscar el remedio a su eterno malestar.

Se había decidido por la segunda opción. No soportaba la idea de estar loca por interminables años. Siempre fue controladora, independiente, obsesiva, inteligente. No podía dejarse perder en un mundo de pesadilla que, por momentos, le venía a la mente al recordar el estado que adquiriría cada vez que el efecto del hechizo comenzaba a desvanecerse. La locura era el peor infierno que jamás hubiera imaginado. Era peor que la misma muerte. Pero claro, incontables veces había intentado el suicidio, fracasando continuamente. Había probado la soga, la cual le dejó un grueso y negro collar agusanado de carne podrida y desgarrada, el cual le duró varios meses y que resolvió finalmente con una crema de aceite de rana, colágeno y cortisona. Después trató de quemarse en la hoguera y lo único que consiguió fue un bronceado perfecto y una rozadura en las nalgas que daban directamente a las flamas más grandes de la leña. En otra ocasión, se cortó las verdes venas de las muñecas pero en vez de salirle sangre, se derramaba aceite a borbotones que al llegar al suelo era absorbido nueva e involuntariamente por las plantas de sus pies.

Ya había perdido la cuenta de los años que se le sumaban por vivir, pero cada vez que quería torturarse, se asomaba por la ventana de su cuarto a media noche de luna llena y después de trece aullidos de los lobos de la colina, aparecían en el tronco del viejo álamo, las marcas de encarcelado que agrupa de cinco en cinco con cuatro palitos y una diagonal que las cruza. La última vez había contado novecientos treinta y seis años. Y de los que ya había vivido, no tenía ni idea.

Había hecho tanto daño por su capricho de despistar a la locura, había matado gente inocente y ni siquiera aportaba algo a la humanidad. No tenía amigos y su destino era absurdo e irónico.

Pasaron semanas de lucidez que se convertirían en más años de impaciencia. Elka pensaba entonces, que de todas formas la conducirían a la locura. Pero no se daba por vencida y seguía investigando.

Un día martes de cualquier año, se encontró un manuscrito de la misma época y región de donde había hurtado los secretos al mago. Era de un mago mayor que al parecer fue maestro del otro. Comenzó a leer con dificultad, pues estaban borrosas las letras, como si le hubieran caído algunos líquidos de laboratorios, ya que las manchas eran de diversos colores. Encontró el hechizo, el título decía: *El eterno volver*. Elka se emocionó tanto que ya se le andaban quemando los sesos, no los suyos, sino los que estaba cocinando para su poción. Después de apagar la lumbre pudo continuar con su lectura:

*El eterno volver.*

*Ingredientes: 1 ración de sesos humanos tiernos, 1 cubeta de aceite virgen, 3 cuorapas do granas de trrgo, 4 essscollooprwev. & trtg... (ya sabemos que esta parte de la receta se perdió, así que mejor la omitimos).*

*Este preparado es peligroso pero efectivo. A aquel que lo tome una vez, se le prolongará la vida por un año. Es la fuente de la juventud. Es el elixir de la vida. En la primer semana, la potencia estará al máximo; después de eso, el*

*efecto comienza a decaer y aún cuando la vida se prolonga, la condición de la persona vuelve a ser la misma que antes de beberlo.*

*Contraindicaciones: No se tome después de los ochenta años o en etapa de locura senil, ni en estado de embarazo o lactancia, no se tome en ayunas, no se tome después de un paro cardíaco, ni si tiene alguna enfermedad crónica.*

*“Que barbaridad, maldición, estoy frita”,* gritaba Elka mientras se jaloneaba los blancos y tiesos cabellos de alambre hasta quedarse con algunos en el puño. El libro no decía nada más de lo que ella ya había aprendido por método empírico. Maldijo toda la noche mientras veía el viejo árbol desde su cama, hasta que se quedó profundamente dormida.

Por la mañana, la despertó el constante golpeteo del portón de la entrada. Era algo sumamente extraño, pues nadie se había atrevido a acercarse a su casa en los últimos siglos, debido a las leyendas con fundamento de la bruja asesina. Consternada, se levantó a abrir la puerta. Mientras caminaba amodorrada, pensó: sólo un loco se atrevería a visitarme. Efectivamente era un loco que se había escapado del manicomio tres días antes y se había perdido en el bosque. *“Ashhh, lo único que me faltaba en esta retorcida vida, un maldito loco”.* Después de analizar la situación por un momento, decidió dejarlo pasar y averiguar sobre su esquivado destino. *“Hay muchos tipos de locuras, ¿cuál será la mía? Cuando por fin pueda saberlo con certeza, ya no tendré la coherencia para analizarlo”,* Reflexionaba confundida.

El loco, por su parte, observaba el techo de la casa con la boca abierta y giraba sobre su eje con los brazos estirados simulando un avión, después repetía las palabras incoherentes que le dictaba su mente: *“Paájaros, gotasss, aszuucarr, tigre, pelota, nuubess”.* Eran las imágenes que veía en las vetas de la madera. Elka se sentó a observarlo por varias horas, lo que veía, lo que tocaba y lo que decía. Mas tarde se le acercó y trató de platicar con él. Le resultó muy interesante el funcionamiento de su mente. Un mundo interior que tenía pánico de explorar en ella misma. Decidió estudiarlo y tratar de entenderlo. En un principio no comprendía nada pero al pasar el tiempo, poco a poco fue aprendiendo ese lenguaje secreto de expresiones espontáneas y sensaciones exaltadas, de palabras sin frase, de miradas perdidas. Vio el mundo desde esa otra perspectiva que de repente ya no le pareció tan extraña ni peligrosa. De pronto se sentía en paz con su nuevo amigo. Hacían las mismas cosas, eran dos seres en su propio mundo, contentos de recibir la lluvia en la cara, de enterrar la mano en la tierra húmeda, de recoger las hojas secas en el otoño y apilarlas por tamaños. Nada faltaba para Elka, ni siquiera la pócima que había olvidado preparar desde hacía varias semanas.

***Katia Sandoval***

***México***

***[aspenpro@host.userver21.com](mailto:aspenpro@host.userver21.com)***

## Confesiones de un hada.



Un hada tiene la piel tan suave y se unta de aceite las piernas para que quien la toque la confunda con el viento...

Un hada se siente triste si algún duende la regaña y pone carita de pena y parece una niña pequeña.

Un hada sabe bailar bien si persigue incansable los rastros del humo.

A cada hada le gusta un color... algunas se visten de morado; otras, de verde, rosa, o amarillo.

Un hada se pone el abrigo de papá y sale a pasear y se ríe de todos.

Un hada de ciudad tiene que rendirse a utilizar los medios de que dispone para decir a cada persona que la quiere.

Las hadas de ciudad llevan anchas sus mangas de camisa para hacer sus alas más reconocibles.

*Laura Virumbrales Serrano*

*España*

[\*lauravirumbrales@hotmail.com\*](mailto:lauravirumbrales@hotmail.com)

## **Hallequin (Arlequín)**

Pasabas. Rítmicamente, pasabas.

Tu cabeza oteaba a uno y otro lado como buscando un punto entre el cielo y la tierra.

Rodeado de abrazos, cuerpo y pies seguían el sintético y ancestral remolino de la murga.

Desde la catedral de pinares, yo te miraba.

Primero se desprendió la cabeza. Luego, los retazos multicolores de tu estructura.

Cuando fuiste sólo un montón de brillantes despojos, bajé las escaleras y aplaudí.

*Lilí Muñoz.*

*Argentina.*

[lidiar@arnet.com.ar](mailto:lidiar@arnet.com.ar)

## **Cambio de piel**

Estaba agotado, había tenido un día particularmente difícil tratando de dilucidar un laberinto financiero que podría comprometer seriamente el volumen de sus finanzas. Se sirvió un whisky y se hundió en un sillón y en sus pensamientos.

Hubiera querido salir al balcón, contemplar las calles arboladas de su barrio antiguo y señorial, disfrutar con la vista de los bajorrelieves en los frontis de las construcciones, bajo la protección proporcionada por las amenazantes gárgolas que custodiaban su casa. Sin embargo no se decidía, porque sabía que en el edificio de enfrente, ella estaría acechándolo como siempre.

Al principio no le había prestado atención, hasta que un día se sorprendió al descubrir esa figura pétrea de mujer en el edificio de enfrente, mirándolo atrevida, con un amago de sonrisa en su rostro de deidad romana. Luego se fue acostumbrando a la luminosidad de sus ojos a pleno sol, al claroscuro de sus cabellos en el atardecer y, sobre todo, al maquillaje de embrujo con que la retocaba la luna. Ese raro halo lo inducía a tener con ella un comportamiento que jamás se hubiera permitido con ninguna de sus amantes: le hablaba quedamente desde el balcón, contándole los secretos de su infancia y los pecados de su adolescencia. La hizo confidente de sus problemas y cómplice de sus estrategias laborales, como si ella, en su letargo, lo pudiera escuchar, aunque a veces creía ver emerger su pecho apenas cubierto como para acercarse a sus susurros.

Fue por entonces que su imagen comenzó a perturbarlo. Le intrigaba su presencia cautiva y su porte de diosa inveterada, pero fue capaz de darse cuenta de que el suyo era un amor de delirio, e hizo colocar una muralla de plantas para separarla de su vida. Hasta que no pudo soportarlo más y se dedicó a pasar las noches en vela, con los ojos clavados en las hojas, como hipnotizado, esperando que la brisa abriera una hendidura por donde poder entreverla, aunque sólo fuera por un segundo.

Cuando salía del trance se sentía un alienado, juraba que clausuraría el balcón, que se alejaría del barrio, a pesar de lo que eso significaba para él. Pero eran propósitos fallidos porque cada noche repetía absurdamente el mismo rito, atisbando entre el follaje, escondido como un delincuente y casi adivinando la cintura escultural o el pliegue inequívoco del vestido marcado entre las piernas.

Se sirvió otro whisky y levantó la vista. Entonces supo que iba a sucumbir sin remedio, porque no había muralla vegetal ni acceso a la cordura que pudieran evitar lo inevitable. De alguna manera ella había llegado hasta él y se le acercaba lentamente, como respondiendo al sortilegio de un amor alucinado y encantando el aire con un aroma a musgo.

El despertar fue lento y pesado, como si hubiera dormido durante siglos. Tenía frío y, más que entumecido, se sentía aprisionado. El sol caía directamente sobre sus ojos y quiso protegerlos pero no pudo porque sus brazos

parecían bloques de mármol cincelado. Su mente trataba de discernir la realidad en medio de un embrollo de ideas sin sentido, que atribuyó a la resaca del alcohol, cuando una sensación de cosquilleo lo obligó a enfocar la vista. Percibió muy cerca la dorada tela de una araña que se estremecía con la brisa y le pareció que algo andaba mal, tenía la vaga sensación de estar suspendido sobre la calle. Miró mejor y comprobó que el tránsito circulaba a la inversa, entonces sintió un fuerte vértigo que no pudo erizarle la piel. Alzó la vista; en la vereda de enfrente vio su propia casa, las gárgolas, y el balcón atiborrado de plantas donde un revuelo de hojas le reveló la presencia inefable de una figura que ya no era de piedra.

Desde allí esa mujer, viva, transmutada, lo saludaba con la voz discordante de quien no ha podido hablar durante miles de años, tiempo en el que sólo había cumplido un rol decorativo en las moradas del mundo.

*Lina Caffarello*

*Argentina*

[linarello@yahoo.com](mailto:linarello@yahoo.com)

## Las ninfas

Allá... a lo lejos un niño remonta su barrilete multicolor junto a este cielo plumizo.

Me siento en la piel que tuve hace cuatro años, en el mismo lugar y en la misma escena. Puedo ver a la lejanía en este día gris de los fríos inviernos en las costas, desde el solitario muelle y el mar, que todo lo destruye, que todo lo quiere, como si estuviera en guerra consigo mismo, las dulces y encantadoras siluetas. Hermosos movimientos de esas criaturas en las que una vez no creí. Y sí... las ninfas suelen cantar los días como hoy.

Como no tuve hermanos me hice amiga de la soledad. La conozco, sé cómo se viste, cómo gusta disfrazarse y engañar. Siempre me acompaña.

En esta época del año el mar siempre está solo, por eso me acostumbré a venir a contemplarlo, pensé que tal vez necesitaba un amigo.

De niña cuando venía miraba los tonos del cielo, del agua. Me miraba en su reflejo. La arena y sus figuraciones. El muelle y su amplitud. Después volvía a mi casa y esperaba a mi madre, mientras gozaba del aroma de los pinos y la lluvia goteaba sobre los vidrios.

Parecía tan melancólico pero era feliz, existía tanto vacío que me llenaba. Ansiosamente aguardaba a escuchar el piano de mi vecino dando el toque perfecto a mis plegarias. Y rezaba a Dios, a todos sus santos y ángeles que fueran amigos del mar para que ya no estuviera solo, pues la soledad no podía estar junto a él, ella debía cuidarme.

La vida era muy rutinaria, sin embargo era un ser libre. Reinaba en mi alma y ella siempre me traía al mar. Muchas veces me sentí identificada con él. Él está en permanente cambio y yo también. Era distinta, aunque según mi madre yo estaba loca. Ella decía que tal piano no existía, que tales sirenas no eran reales. Eso decían todos, pero yo un día vi a las ninfas, semejaban bailarinas que volaban en el agua, aunque no lograba divisarlas muy bien, yo sabía que eran ellas.

Intenté que los demás me creyeran, pero nadie me hizo caso. Mamá me castigó y perdí lo que llamaba libertad. Y sin ella ya no tenía sentido el mar, las notas del piano, ni las ninfas. Juré por odio, en ese momento sentí tanto odio que no comprendí porqué el mar me había jugado tan mala pasada.

Y estuve años sin visitarlo, maldiciendo la sepultura de rencor que había cavado, pero como todo lo que juro jamás lo cumplo. Aquí me encuentro contemplando las sirenas en el mar que se refleja en el cielo. Están danzando en el horizonte, en la línea divisoria, en el límite de lo que es de aquí y lo que es de allá, entonando su extraña canción. Ellas nunca abandonaron al mar como la soledad tampoco lo hizo conmigo.

Vuelvo mi vista atrás y veo un barrilete en el cielo como un ave en plenitud, el niño me está mirando, le escucho decirme –Cuando las sirenas cantan se lo llevan todo.



*Marcia Gabriela Spadaro*  
*1995, Ituzaingó, Argentina*  
*corregido 2004*  
[marciaspadaro@fullzero.com.ar](mailto:marciaspadaro@fullzero.com.ar)

## *EL PAJARO ROJO*

El automóvil se detiene frente al edificio del Instituto de Enseñanza Privado. El chofer solícito, abre la puerta a la joven vestida con el reluciente uniforme, que baja y se aleja sin saludar.

Ya sola en la habitación, afloja su tensión y llora olvidando su soberbia fingida. Tendida en la cama, con el uniforme arrugado, la descubre por la mañana la celadora de turno.

Con algunos minutos de retraso se presenta en el aula, con ojeras y desaliñada, intentando en vano ignorar las miradas de sus compañeras.

Al finalizar la clase, solicita permiso a la rectora para permanecer en cama el resto del día, aduciendo un fuerte dolor de cabeza.

Corre las cortinas, en penumbras saca de su bolsillo las pastillas que le robó a su madre y mientras las ingiere, se convence que de esa forma podrá dormir y dejar de pensar en él.

Se desviste y totalmente desnuda se acuesta. Sabe que esta lloriqueando, pero un sopor muy dulce la va conduciendo al sueño deseado.

Las horas transcurren entre violentos espasmos, voces que le llegan desde lejos, luces y sombras, hasta que despierta aterrada, empapada y con la mente tan confusa, que necesita varios minutos para entender la realidad.

Se cubre con la sabana húmeda y tambaleante logra llegar al baño. Sentada en el piso abrazando el inodoro, vomita. Siente que se ahoga entre las cuatro paredes y sale en busca de aire fresco, olvidando su desnudez.

La ancha puerta de vidrio con cerrojo, no le permite salir al jardín, pero no se detiene y continúa su loca carrera hasta la escalera que la conduce a la terraza. Casi sin aliento, se arrodilla y con fervor inicia un rezo: Te lo suplico Señor, me perdones... papá por favor papá, llévame con vos, vuelve a buscarme...

Un relámpago ilumina el cielo oscuro y la lluvia cae furiosa, lastimándole la piel, pero no se mueve.

En algún rincón, en algún lugar muy cerca de ella, hay unos ojos que la observan. Se incorpora lentamente, mirando hacia ambos lados, buscando al intruso que la perturba. Una caricia muy suave, un leve roce en su cabeza, la hace gritar al mismo tiempo que corre hacia la salida. El terror la entorpece y no puede esquivar el filo de la puerta que la golpea, pero puede ver antes de desvanecerse, un pájaro rojo que con las alas extendidas, como dos manos en cobijo, la persigue.

Despierta en medio de susurros, pero no se atreve a abrir los ojos. Aún asustada, reconoce la voz de la rectora diciendo: El portero la encontró en la terraza, desnuda y sobre su pecho tenía esta pluma roja... y lamentablemente su madre ya partió en viaje de luna de miel...

Una vez mas los pensamientos atropellan con crueldad.

Se fue... se fueron los dos... malditos... ella no me escuchó, no creyó lo que le decía... y él se burló de mis sentimientos, me engañó, jugó conmigo y ahora nuevamente me dejan sola.

La rectora acompaña en silencio, como comprendiendo su dolor.

- Por favor, corra las cortinas... Deseo ver el sol y descansar, no se preocupe, la llamaré si necesito algo.

Un ruido interrumpe sus cavilaciones. Le hace levantar los ojos y allí esta, majestuoso, con el pico tan rojo como sus plumas. La observa. Esta vez ella no se inquieta, pues el vidrio le impide el paso, cosa que no molesta al pájaro.

- Que extraño- piensa - parece manso... juraría que me mira como queriéndome transmitir algo.

A partir de ese instante, todos los días el pájaro rojo se posaba en su ventana, convirtiéndose en amigo y confidente. Por primera vez, ella sentía que alguien la comprendía y la escuchaba. Un aleteo, un movimiento de su pico o el guiño de sus ojitos, eran siempre una respuesta.

Volvió a las clases y estudió con más ahínco, pero sin olvidar, ni una sola tarde abrir la ventana para que entrara el misterioso pájaro.

Una carta le anunció el regreso de la feliz pareja y el reintegro obligado a su hogar.

- Vuelven, pájaro rojo... y yo voy a morir...

Estas palabras trastornaron al pájaro, que revoloteaba enloquecido por toda la habitación, hasta que pudo atraparlo y calmarlo con sus caricias.

Llorando, con el pájaro a su lado se quedó dormida.

La despertaron los golpes insistentes en su puerta, por la mañana temprano. La ventana estaba abierta y su pájaro rojo se había ido.

Bajó las escaleras rogando que no fuesen ellos, en su búsqueda. Respiró aliviada, al ver que en el escritorio solo estaba la rectora.

- Es una mala noticia, querida... el avión privado de tu madre sufrió un accidente... murieron todos... hasta un extraño pájaro rojo que encontraron entre los restos.

***Maria C. Álvarez***

***Argentina***

***Correos: [alvarezmaco@yahoo.com.ar](mailto:alvarezmaco@yahoo.com.ar)***

***[maco@cpsnet.com.ar](mailto:maco@cpsnet.com.ar)***

## LA SIRENA Y EL DELFÍN

Llevaba horas y horas esperando sobre el acantilado. Había nadado sin descanso y había recorrido cientos de singladuras, fiordos, océanos, islas y continentes, pero no pudo encontrar lo que buscaba.

Las olas batían con furia las rocas y los peces saltaban alegremente para divertirse y de paso admirar la belleza de la sirena, aunque ella no lo advertía, pues su atención se dirigía a otra cosa y su pensamiento volaba sobre la espuma y los gritos de las gaviotas.

Infinidad de especies marinas desfilaron ante ella para pedirla en matrimonio, pero la sirena los rechazó uno a uno mientras acicalaba sus cabellos de algas con diadema de corales.

Pasaron tiburones que la aterrizaban con sus dientes, atunes que la aturdían con su prisa, besugos que detestaba por su vulgaridad, sardinas que rechazaba por su pequeñez o ballenas por su tamaño.

Morsas, focas, pulpos, mariscos, boquerones, cachalotes, serpientes marinas y caballitos de mar pasaban ante ella y se volvían por donde habían venido, no con el rabo entre piernas, porque carecían de él, pero sí que abatían sus aletas o colmillos.

La oscuridad se iba a cernir sobre el acantilado y el Sol teñía el horizonte con el polvo rojo de la tierra mientras la Luna esperaba al otro lado del Mundo su turno para engañar a los seres humanos. La luz del horizonte se iba tornando lila y la negrura avanzaba.

Los animales marinos, frustrados, se disponían a retirarse a dormir, pero ¿a dónde?, pues no se sabe si en el fondo de los mares existe un sitio donde peces y cetáceos se acuestan soñar con un mar limpio de contaminación.

La sirena sí. Ella iba a retirarse a su lugar, al lugar donde habitan los sueños de los niños y de los que conservan su alma infantil, al lugar secreto donde moran las ilusiones.

Recogió su cola plateada, tensó su cuerpo para lanzarse al vacío, cuando de pronto, una risa la detuvo. Era un delfín. Un hermoso delfín. Su lomo brillaba. Aleteó, palmeó, surcó el agua vertiginosamente, en difícil equilibrio vertical, sujetándose con su cola, dio varias vueltas de campana y realizó todas las monerías que un delfín sabe hacer, hasta que, un poco cansado, reposó su cabezota sobre las escamas de la sirena.

Ella acarició su lomo, le sonrió y le miró a los ojos. Él la obsequió con una canción plena de silbidos y grititos. Ella le contestó con la canción que guardaba para él y sólo las gaviotas entendieron su lenguaje.

Saltó al agua y al hundirse su cuerpo en las olas, millones de prismas se elevaron en el aire, cuando las gotas de agua se expandieron como universos de luz.

Sus cuerpos describieron arcos plateados en el claroscuro del anochecer, mientras la Luna contemplaba envidiosa su idilio.

*María del Carmen Guzmán*

*España*

*[E\\_AGUEDA@telefonica.net](mailto:E_AGUEDA@telefonica.net)*

## EL MAGÍN

“...si tales sucesos son ilusiones o verdades.”

CALDERÓN.

Cuando el magno emperador añil da la orden, los corazones laten a la par; la respuesta es espontánea, global, como si se esforzaran por abastecer de oxígeno un enorme pulmón colectivo. En el mar, el silencio espanta; es mejor cuando canta su salmodia el viento y don Rigoberto saluda, con la gorra en alto, el atardecer colmado de melancolías, palmípedas que huyen y pescadores que desempolvan prístinos cánticos de alta mar.

—¡Todo a Sotavento! —Vocifera don Rigoberto. La alquimia abisal lo convierte en un fantasma amarillento, escarchado, matizado por la luz del sol que se va apagando en el horizonte. Lo asaltan los recuerdos que confunden a los peces en un romanticismo reflexivo, genérico, saturado de algas y corales, en un piélago de irrecuperables cadáveres. Los sueños afloran con el desafío de las madréporas. Se entumescen los corazones helados por la lejanía y ya no hay secretos en medio del mar.

Don Rigoberto se rasca la cabeza de pelos escasos y obstinados, frunce el entrecejo y su rostro, se convierte en una pasa gigantesca que guarda dos zafiros chispeantes y redondos que atisban el mar. Sonríe, y empina la garrafa de cazalla. El tiempo se detiene en un pasaje infinito; las corrientes juegan a destapar olvidadas ánforas, y con la espuma, los fantasmas enraízan sus eclipsadas hazañas a los anales de la travesía. Ve en sus sueños, los sueños de los marineros que se conjugan con el atardecer, abigarrados al olor de tripas de pescado y resina. El espectro de la tarde agoniza, pletórico de quimeras que dibujan sus contornos en lontananza, se entrega a su habitual destino subrayando los atributos del crepúsculo.

Las almas de los naufragos, perpetuas, aferradas aún a sus antiguos maderos, aparecen de vez en cuando reflejadas por el aura solar, que en el poniente, despide la tarde como una naranja incandescente, impregnada de recuerdos que son devorados gradualmente por el filo del horizonte. Un enorme iceberg, cristalizado en el ángelus, se levanta soberbio, neptúnico, agujoneando el gélido espacio.

El embrujo del ocaso se apodera de la tripulación que percibe las vibraciones del universo marino; las sirenas escapan de sus recónditas mazmorras abovedadas, como náyades que ascienden de las profundidades para ser descubiertas; entonan su melodiosa solfa que se origina en una desesperada búsqueda. Los argonautas, con escafandras de membranas salobres, se recrean en la asiduidad de sus coreografías heredadas. Los peces se avalanchan en una aluvión de estirpes que pugnan por prevalecer, mientras los caballitos, las

estrellas y las ostras, desfilan en una alegre marcha de alegorías, encarnando su papel de graciosos personajes de fábulas.

La colosal naranja acaba por sumergirse en un simulacro sempiterno para irse al otro lado del mapa astral. En la calígene, fulgura apenas la estrella circumpolar y las bioluminiscencias de los extraños moradores del océano.

Calados por el frío y la humedad, apesadumbradas ánimas que sucumben ante la majestuosidad de las tinieblas, los marinos, sometidos a una voluntad inexorable, consumen licor para avezarse a la lobreguez de la noche, a la resonancia de las corrientes que arrastran inagotables, inmortales moluscos plateados.

La embarcación sin timonel se adentra en las sombras, renuncia a la erudición de la brújula que permanece fiel a sus registros, silenciosa. Una mano inmaterial empuña el gobernalle, impone el enigmático rumbo. Don Rigoberto se abandona a sus sueños plácidos y soleados al socaire de la bovedilla, impregnado de la cazalla del Santo Pirata Aburrido. Persigue mariposas en un valle saturado de flores silvestres y calamares que cantan al compás del ábrego. Una ballena con un collar de girasoles, se deja arrastrar por la pendiente de una cascada transparente, jacintina. Sus compañeros, humedecidos por la salpicadura del torrente, recogen flores policromadas para alegrar las tumbas sin epitafio. Los muertos descansan ya en lugar sagrado, no a merced de los depredadores marinos, ni al desamparo de la noche infinita, pero el enigma de sus patronímicos, el rompecabezas de sus miembros mutilados, que yacen confundidos con otros fantasmas sin nombre, es causa aún del desconcierto.

El mar burla la fantasía del navegante. (Los zafiros avistan un punto brillante en el cielo, allá en el horizonte austral). El Magín lo aborda en sueños, el embate sumerge el valle escarchado de flores y filamentos dorados. Los argonautas se desplazan a babor, esgrimiendo enormes anzuelos con señuelos de bailarinas desnudas que se agitan aferradas a los garfios, lanzando excitantes invitaciones a los marineros. Sopla el austro, y es posible amodorrarse por la brisa, caer en las redes de los fantasmas acorazados que vienen tripulando El Magín, o perecer en manos de las divas embrujadas que muestran sus vergüenzas sin recato. —¡A ellas! —vocifera el capitán fantasma, víctima ya de un padecimiento atroz, que lo obliga a retorcerse, rueda por cubierta con los rolidos del barco y lo despierta el rugir de sus tripas que aclaman un poco de fiambre. Los alfilerazos del chubasco lo hieren en pleno rostro. La galerna viene con el aquilón, acompañada de copiosa lluvia, rizando la superficie del mar como un espejo plagado de burbujas. La realidad secular se impone, reanuda su frecuencia irremediable. Los marineros despiertan a su rutina. Rugen sus entrañas al compás de la carpanta y la borrasca, se rinden al soberano que arruina el abordaje, mientras el intrépido mástil del Magín desafía el maleficio del viento y la resaca. Desaparecen las bailarinas, y las flores, y la ballena con el collar de girasoles, y las tumbas sin epitafio..., don Rigoberto, rescata la gorra de galones azules y amarillos de entre las redes revueltas en la cubierta del barco. —¡A la

capa!— Avanzan, ajetreados fantasmas, campeando el temporal, hundiendo la proa en la codiciosa boca de espuma. Poco antes de salir el sol, don Rigoberto se quita la gorra aliviado, ve como El Magín se alza de proa, augusto, dejando atrás una estela de espuma gris.

El regreso del astro rey entusiasma la mañana, asciende gradualmente para ocupar su estrado en el cenit, que lo espera, cerúleo y acicalado. Sopla un viento favorable del norte y del este. —¡Tierra a proa y a estribor!, ¡Todo a sotavento!—. El barco vira a bordo en una disciplinada maniobra. Las gaviotas reanudan su vuelo rapaz incorporándose al paisaje entre los cirros que irrigan el zarco espacio. El magno emperador azur, muestra su inmensidad como un sabio hierático que conserva la vastedad de su dominio in aeternum. Y otra vez, los corazones laten simultáneamente. El Magín avanza diligente, hechizado, como si el aliento de un pulmón colectivo, impulsara su viejo caparazón de madera.

*María Eugenia Caseiro (Mariu)*

*Cuba*

[mecaseiro@yahoo.com](mailto:mecaseiro@yahoo.com)



## ***INDICE DE ILUSTRACIONES***

***PORTADA: JOSÉ LUIS FARIÑAS, CUBA***

***SOLEDAD: CARMEN MIR, CUBA***

***CONFESIONES DE UN HADA: LAURA VIRUMBRALES, ESPAÑA***

***CD. B. A 17 DE... DE 2...: DANIEL SALAZAR, EL SALVADOR***

***HAY MUCHAS MANERAS: OMAR ARCEAGA, MÉXICO***

***LA OTRA VERSIÓN: LORENZO MOYA, CUBA***